



**SABES QUE TE QUIERO**  
**... a mi manera**



**SABES QUE TE QUIERO,**  
**... a mi manera**

NOVELA ROMÁNTICA

**IRIS T. HERNÁNDEZ**

IRIS T.HERNÁNDEZ

SABES QUE TE

QUIERO,



... A MI MANERA

© Irirs T. Hernández, 2015

© 2015 Para esta edición GRAMNEXO

Editores

ISBN : 978-84-944151-3-5

Impreso en Europa

Printed in Europe

Diseño portada y maquetación: Ramon

Rovira

Fotografía portada: Shutterstock / Eviled

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema informático, o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Este libro se lo quiero dedicar a mi media costilla.

Ese hombre que está siempre a mi lado,  
que me ama y  
consigue que me sienta especial a su lado.  
Te quiero, por y para siempre.

## **PRÓLOGO**

**La verdadera amistad, al igual que el amor, es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido.**

**(Rabindranath Tagore, versionado un poco por mí misma)**

Creo que esta frase es, sin duda, una de las que mejor pueden encajar con la preciosa historia que nos brinda Iris T.

Hernández. No hace mucho que conozco a esta autora, pero entre ella y yo, ha surgido un vínculo especial. Una amistad de verdad, que espero dure y dure por siempre. Desde hace un tiempo ha estado ahí apoyándome en todo momento. Ha demostrado ser una magnífica persona, nos hemos tirado hasta las tantas hablando y hablando, intercambiándonos ideas, leyéndonos mutuamente y animando a seguir adelante con nuestros proyectos.

Cuando Iris me dijo << ¡Quiero que me hagas el prólogo! >> pensé << ¡Madre del amor hermoso! ¿Qué yo le haga el prólogo? ¿Yo? >> No me lo podía creer, nunca me habían propuesto algo así, nunca había escrito nada así para nadie que no fuera yo misma, y ahí estaba yo; diciendo la palabra Sí. (si a lo del prólogo, ella está casada y yo también)

Es un sí, porque ella se lo merece, porque aunque es la primera vez que hago algo así y, que sepáis que acojona y mucho, creo que se lo debo, y me apetece mucho hacerlo. ¿Qué por qué acojona? Muy fácil. Para mí es una gran responsabilidad escribir estas palabras, porque es lo primero que vais a leer de esta magnífica historia. Y creerme cuándo os digo que es magnífica. Así que espero que al leer mis palabras, sigáis pasando páginas y descubráis los entresijos de esta novela. En ella, vamos a encontrar la historia de dos personajes que, aparecen como secundarios en otra novela de Iris. Acepté por ti. Otra preciosa historia que estoy segura de que os encantará. Podéis leerlos independientes, así que tranquil@s. Pero os recomiendo que os leáis las dos.

¡¡Bueno a ver que me voy por los cerros de

Úbeda!! Como os decía, vamos a encontrar a dos personajes que tienen una historia peculiar entre ellos, pero que a pesar de todo están muy unidos. He de decir que esta historia es corta pero intensa. La autora ha sabido dar ese suspense que te tiene en vilo con el ¿Qué pasará?

Necesarios para no soltar en ningún momento el libro y no dejar de leer hasta que te la terminas. Con deciros que estaba ansiosa por recibir un mail suyo con cada capítulo escrito... Sí, habéis leído bien. Cada capítulo que acababa, llegaba a mi bandeja de correo y yo solo quería más, más y más.

Han sido unas semanas intensas, llenas de emociones, mensajes repletos de posibles ideas, especulaciones por mi parte y de muchas risas. Sobre todo de eso, risas. Creo que si leyerais parte de lo que nos escribimos, llegaríais a pensar que estamos realmente locas. ¿Pero qué es la amistad, si no existe en ella un poco de locura? (que conste en acta que esta frase es mía) Locura pero de la sana, que quede claro.

Lo que quiero deciros, es que, disfrutéis de la novela, que os enamoréis de los personajes, especialmente de Jason. Tío buenorro donde los haya (si eres tío y no te van los hombres, obviamente enamórate de ella) No os pongo el nombre para que os pique más la curiosidad. Sí lo sé, soy un poco malvada, pero si queréis saber de ellos... Ya sabéis que hacer y si no, yo te lo digo ahora mismo. Gira página y disfruta con todas y cada una de las palabras que esta magnífica autora nos regala entre estas páginas.

Y ya por último, os lo juro ya os dejo en

paz para que podáis leer, quiero dar las

GRACIAS a mi compañera y amiga Iris, por

dejarme participar de alguna manera en

esta preciosa historia. Por dejarme vivir día

a día la vida de Jason y regalarme cada día

esas

charlas

que

mantenemos.

¡¡GRACIAS!!

¡Ale! Y ahora... ¡A leer!

¡¡Tatimuuu preciosa!!

Marta de Diego

## **CAPÍTULO 1**

Estoy sentado en el taburete de piel

roja de un bar, uno muy especial

para mí, suelo frecuentarlo un par

de días por semana, e incluso en

épocas pasadas hasta cuatro.

Aquellos momentos fueron estoicos,

me sentía el rey del mundo para las

chicas, todas caían rendidas. Solo

con lanzarles una mirada lasciva,

deseaban tener sexo conmigo.

Pero ahora estoy esperando a

Hanna, mientras doy un casto sorbo

a un whisky sin hielo; para que el

sabor sea más intenso y arda en mi

interior. Sonríe al recordar el primer

día que la vi, como no, gracias a

Abi, la actual mujer de mi mejor

amigo Mike, ella fue la encargada

de llamarla e invitarla a ver un

partido de fútbol a mi casa. Cuando

la vi, mi entrepierna se endureció,

apenas podía disimular el efecto

que causó. Me bastó unos segundos

para estar seguro de que ella era

diferente al resto, su forma de

mirarme me penetraba, incluso

podría decir que me retaba. Jamás una mujer me había mirado de aquella forma. Y eso fue lo primero que me cautivó, era una mujer dominante, y no sabéis como. Se me escapa una sonrisa mientras lo recuerdo.

Muevo el vaso en círculos y miro a mi alrededor, pero nada de lo que veo es lo que espero. Mi mente se traslada de nuevo al primer día que la vi.

En cuánto nos quedamos solos, la invité a tomar una copa; a la vista de todos me la quería ligar, llevar a la cama, pero los dos sabíamos que iba a ser una demostración de poder. Y así fue, al llegar al salón de mi casa lanzó la copa que sujetaba entre mis manos al suelo, y me arrancó la camisa. Pocas mujeres habían conseguido dejarme estupefacto, pero ella lo logró. Comenzamos a luchar el uno con el otro por dominar las riendas de la pasión.

La cogí en volandas apretando sus glúteos contra la pared, reteniéndola, pero sus besos, su sabor, vencían a mi mente logrando recuperar el control y lanzándome sobre el suelo para contonear sus caderas sobre mi vientre, a la vez que su

ropa

desaparecía

lentamente de mi campo visual.

Mi garganta se congeló al sentir el

trago de alcohol que la recorría. Mi

mano se dirigió a mi erección,

resoplé y miré hacia la puerta, pero

ni rastro de ella, comenzaba a

pensar que no vendría. Miré a mí

alrededor

sabiendo

que

era

observado,

muchas

chicas

esperaban ser las elegidas, alguna

pareja tentándome a participar,

pero debía esperar un poco más.

Topé con la mano mi miembro,

estaba descontrolado, necesitaba

liberarse y no lo podía ocultar, pero

no era el momento. Maldije entre

dientes.

Sabía que en aquél lugar era un

reclamo pero yo no acudía solo, no

en este último tiempo, busqué en

mi bolsillo el teléfono móvil y lo

saqué en busca de un mensaje,

algo que indicara que iba a venir.

Cuando la luz iluminó tenuemente

el lugar en el que me encontraba, vi

un mensaje, sonreí sabía que era

ella.

“Ven a casa necesito tu ayuda”

—Joder Abi ahora no —farfullé,

mientras volvía a lanzar una mirada

al local. Estaba solo, esperando,

pudiendo entrar y devorar a

cualquier

mujer

de

las

que

esperaban delante ansiosas, pero no, dudaba en largarme y hacer caso a la petición de auxilio de mi amiga.

Estaba claro que no era mi noche, así que me bebí el whisky de un trago, le lancé cincuenta dólares a la camarera que sonrió agradecida y caminé hasta mi descapotable, mi nuevo coche, el reclamo de las nenas. Aceleré en dirección a la zona más privilegiada de Manhattan donde vivía el idiota de Mike, si ese que estaba jodiendo mi noche, pisé el pedal aumentando la velocidad y continué hasta llegar a su casa.

Cuando entré por la puerta me recibió ella con un gran abrazo mientras repetía en mi oído cien veces gracias por haber ido, no podía negar que al fin y al cabo era la mejor mujer para mi amigo, una cabezota testaruda que se lo ha hecho pasar mal. Aún recuerdo el día que me enteré del secreto que esta guardó durante un año; estaba pálido, y sin habla, por fin una mujer le demostraba que no quería ni su empresa, ni su dinero, así es Abi. La pena que mi amigo me haya prohibido proponerle una noche, no quiere compartirla ni con su mejor amigo. Cualquiera querría probar ese bombón una noche, pero debía respetarlos y dejarla al margen de mis relaciones.

—Dónde está el capullo de tu  
marido.

—¿Lo preguntas?

—Joder, ¡voy a perder la noche  
trabajando! —subí las manos en  
señal de rendición.

Caminé hasta llegar a su despacho  
y lo vi delante de su ordenador, con  
la mirada fija en él, y cientos de  
papeles desordenando el escritorio.  
Me senté en la silla de al lado y me  
crucé de brazos esperando que  
dijera algo.

—¿Qué haces aquí?

—A mí no me digas nada, y o solo  
he acudido.

—Joder con Abi.

—Cállate la boca, dime que ocurre y  
terminemos esto.

Uno

de

los

clientes

más

importantes había cambiado el  
diseño de la edificación, y era una  
modificación que se debía estudiar,  
el proyecto que yo había diseñado  
cambiaba

por

completo

y

obviamente

incrementaba

notablemente el presupuesto, y por  
mucho que cambiara cosas para  
evitarlo no conseguiría ajustarlo al  
pactado inicialmente.

—Vamos a pensar una solución, la  
hallaremos —intenté tranquilizarlo.

Después de horas lo conseguimos y me pude marchar a casa, habíamos logrado una buena opción, así que la alegría que éste sentía conseguiría volcarla con su mujer. Y podía irme tranquilo.

Entraba por la puerta de casa, sin haber visto a Hanna y sin haber mantenido ningún tipo de actividad sexual, así que necesitaba una dosis de mí mismo para poder dormir. La noche había sido pésima, no esperaba lo que había sucedido, así que solo podía acostarme y pensar en el día siguiente.

Cuando escuché el sonido del despertador, maldije en voz alta, me cubrí el rostro con la almohada e intenté dormir unos minutos más, pero no había forma. Miré el reloj que reposaba sobre la mesilla de noche y vi que eran las seis de la mañana, resoplé y me desperecé al instante.

Me senté en el borde de la cama y tras frotar con las yemas de mis dedos los ojos, caminé en dirección a la ducha. El reflejo de mi rostro en el espejo denotaba que no había dormido muy bien. Una sombra ensombrecía mis ojos. Abrí el grifo de la ducha y dejé que se calentara el agua. Apoyé las manos sobre el lavabo dejando que los músculos de mis brazos se marcaran mientras negaba con la cabeza y de un

manotazo apagué el agua. Me fui hasta el armario para coger ropa de deporte. Como muchas mañanas, me iría corriendo al gimnasio antes de comenzar la jornada de trabajo.

Terminé

de

abrocharme

las

deportivas, me puse la capucha de la sudadera y salí de casa dando un portazo a mi espalda. El frío topó contra mi tez, pero ya no había opción de retroceso, al contrario, debía acelerar el ritmo para entrar en calor lo antes posible.

Llegué sudoroso, me faltaba un poco el aire pero la recepcionista estaba observándome; no era la primera vez. Mantuve la postura como si no hubiera cansancio alguno y le guiñé un ojo mientras colocaba mi mano derecha en el detector y el torno se abrió para dejarme pasar. Caminé en dirección al vestuario ante su atenta mirada, sonreí, sabía que estaba loca por mí, pero debía hacerme el duro así la tendría siempre en la palma de mi mano. Cogí una toalla de las que tenían disponibles para los clientes y caminé directo a la sala de máquinas, allí me encontraba con un par de amigos que entrenaban a la misma hora que yo. Al llegar nos saludamos con un choque de puños y comencé la rutina de cada mañana. Primero ejercitaba los bíceps, mientras me miraba al espejo, alrededor habían muchas

chicas; muchas de ellas en busca de un hombre que les hiciera caso, pero, o no valían la pena, o eran demasiado pesadas, así que mantenerlas alejadas era la mejor decisión que había tomado.

Pasé a ejercitar los pectorales cuando escuché una voz detrás de mí, la conocía, me giré y vi a Tiffany la recepcionista que estaba hablando con el entrenador de la sala.

Continué haciendo mis ejercicios mientras la observaba a través del espejo que tenía al frente, su mirada se clavaba en la mía a través de éste, y la mantuve en todo momento hasta que ella no la pudo retener y la apartó para salir de la sala. Negué con la cabeza, no había duda de que esa mujer era atractiva, muy llamativa aun llevando un polo corporativo y una falda de tubo que marcaba sus caderas.

—Jason no vas a poder darte tu baño en el jacuzzi me ha dicho Tiff que está averiado —me indicó el entrenador de sala.

—Iré a casa, no te preocupes.

Continué entrenando

mientras

hablaba con dos chicos, hasta que

vi que era la hora de volver, me

despedí de todos y me fui al

vestuario, no iba a ducharme

volvería corriendo hasta casa.

Caminaba atravesando el largo

pasillo, hasta que una puerta se

abrió y una mano me agarró para

guiarme hasta dentro.

—Pensé que estaba averiado el

jacuzzi.

—Y lo está, pero solo para el resto

de clientes.

—No tengo tiempo para darme un

baño, me he de ir a trabajar.

—Pues no se hable más.

Se lanzó a besarme mientras sus

manos

aprisionaban

mi

pene,

colocando

un

preservativo

y

endureciéndolo en segundos. Sentía

su

necesidad,

y

la

conocía

demasiado bien no era la primera

vez que nos encontrábamos y nos

dejábamos llevar en el gimnasio.

Podía apartarla de mi lado y seguir

mi camino como si nada o

simplemente seguir su juego. Una

de las opciones me atraía más que

la otra, pero la falta de sexo de la

noche anterior desequilibró la  
balanza en ese mismo instante.  
Apresé sus glúteos presionando su  
cuerpo contra el mío para que  
pudiera sopesar en qué estado me  
encontraba, le mordí el cuello  
mientras una de mis manos subían  
la tela de su falda, y mi dedo se  
colocó en su tanga y lo estiré hasta  
que este se rompió y lo lancé. Me  
miró, e iba a replicar cuando mi  
lengua irrumpió su boca y mi mano  
agarró su nuca derritiendo el  
enfado que había provocado. Posé  
mi verga en su entrada y sin  
preámbulos la embestí hasta llegar  
a su interior, estaba húmeda,  
excitada, pero no tan prieta como  
me gustaban las mujeres. Pero era  
una oportunidad de satisfacer mis  
deseos más primarios.

Embestida tras embestida ahogaba  
mis gemidos en su hombro,  
reprimía las ganas de darle un  
azote en la nalga apretando la  
mandíbula y evitaba introducirme  
de forma agresiva hasta sentirme  
poderoso. Opté por llegar al  
orgasmo  
de  
forma  
rápida  
y  
conformarme con ello. Y así fue,  
aceleramos el ritmo hasta que se  
intensificó el placer y ambos  
llegamos al clímax.

Me quité el preservativo y limpié los  
restos  
que

habían

quedado

mientras ella me rogaba tener una cita, una simple cena, pero no tenía intención de ceder.

—Reina lo que acabamos de hacer ya es más que suficiente, nos vemos mañana.

—¡Serás cretino!

—No es nuevo ese calificativo.

Abrí la puerta dejándola atrás rechistando, enfadada y dispuesta a montar una escena que no iba a soportar,

así

que

mis

pies

comenzaron paso tras paso a correr

hasta que salí del gimnasio y

continué la marcha hasta llegar a

mi casa para ducharme. Llegué

pletórico, con el corazón acelerado.

Dejé las llaves sobre el mueble del

comedor y entré al baño que había

en mi habitación. Abrí el agua de la

ducha, mientras dejé caer la ropa al

suelo y pisé la fría cerámica para

limpiar mi cuerpo; el sudor y el olor

a sexo desaparecieron en pocos

segundos, dando paso a uno limpio

y fresco gracias al gel de baño.

Froté mi cabeza y pensé en Hanna

era extraño que no me hubiera

avisado, pero si hubiera sucedido

algo Abi lo sabría. Apagué el agua

de la ducha y me enrollé la toalla a

la cintura mientras me pasaba la

máquina

recortando

la

barba

dejando una medida corta pero sin llegar a quitarla por completo.

Salí hacia la cocina y me bebí un café mientras cogía mi teléfono y vi que tenía un mensaje.

“Siento lo de ayer, se me hizo tarde en el trabajo. Hoy tengo libre si quieres ven a buscarme te debo una. Hn”

Sabía que algo la habría retrasado, ella y su dichoso trabajo, le sugerí trabajar con nosotros pero no accedió. Negué con la cabeza, y lancé el teléfono a la encimera, no iba a contestarle al menos por ahora.

Terminé de beber el café que sabía a gloria en ese momento y me fui a vestir, un traje gris era el correcto, la corbata la cogí pero no me la coloqué, humedecí mi cuello con unas gotas de perfume, y me dirigí hacia la entrada dónde estaba mi cartera y las llaves del coche.

Arranqué mi descapotable que esperaba en el subterráneo y tomé dirección a la oficina, un día de trabajo

me

esperaba,

cuando

saliera y a decidiría si acudía a la proposición de Hanna o no. El tráfico era lento, apenas me movía, miraba la hora y resoplaba, sabía que no llegaría a tiempo. Mi móvil comenzó a sonar y vi en el número de la oficina, seguro que habían

llegado clientes y yo sin llegar,  
pulsé el botón para aceptar la  
llamada y apenas se oía la voz de  
Blanca entre el estruendo del  
ambiente.  
—Como no llegues ya, vas a tener  
problemas.  
—Estoy atascado, es imposible  
llegar rápido.  
—El jefe está que trina, hay un  
cliente con él y ha preguntado por  
ti.  
—Imagino para qué, intento llegar  
lo antes posible.  
Joder, dije mientras daba un golpe  
al volante y el claxon sonaba  
desesperado,  
el  
resto  
de  
conductores  
me  
miraron  
resignados, estaban en la misma  
situación y no había nada que  
hacer. Subí el volumen del cd que  
sonaba a través de los altavoces, y  
miré al coche de mi izquierda, vaya  
rubia, miré por encima de las gafas  
de sol atentamente, y silbé al ver  
su rostro, podría ser una modelo, su  
rostro enfurecido igual que el que  
tenía  
yo  
momentos  
antes,  
denotaban  
que  
también  
la

esperaban, se giró y me vio

observándola

pero

no

tenía

intención

de

disimular,

ese

monumento era digno de ver.

Retiró su mirada pero segundos

después volvía a dirigirla, le había

llamado la atención, la comisura de

sus labios reteniendo una sonrisa la

acusaban. Volví a presionar el

claxon consiguiendo que me mirara,

alcé las manos en señal de que era

lo único que podíamos hacer, y tras

una sonrisa espectacular me imitó,

consiguiendo que el resto de

conductores

continuaran

con

nuestra melodía. Para nuestra

sorpresa los vehículos comenzaron

a reanudar la marcha, me miró

alegre y tras un gracias que

gesticuló con sus exuberantes

labios, le guiñé un ojo y seguí mi

camino con una sonrisa fanfarrona

hasta llegar al destino.

Se abrió la puerta del ascensor y

me topé con Abi que con un ligero

toque al reloj que llevaba en su

muñeca me recriminó la hora, y o

me

disculpé

informándole

del

tráfico que había.

—Tu sonrisa me dice que no solo el tráfico te ha retrasado.

—Una rubia preciosa, conducía a mi lado, lástima que no la vaya a ver más.

—Don Juan.

—Tonterías.

Caminé en dirección a mi mesa y encendí el ordenador rápidamente, comenzaba una dura larga jornada laboral que ni tiempo tendría a respirar, sobre todo por el volumen de trabajo que había desde que Abi llegó a la empresa, esa chica fue un tesoro para esta.

—¿Comemos? Estoy solo.

—Ya se ha cansado de tu mal humor —bromeé

—Cállate y vamos

Una carcajada desgarradora salió del interior de mi garganta mientras esperaba frente a mí deseando marchar, no iba a hacer esperar al jefe, ni mucho menos, aunque fuera mi amigo no dejaba de ser el dueño de la empresa, así que mejor ir con él, y conseguir que se relajara un poco.

Nos subimos en el ascensor y respiró profundamente, no había duda del estrés que soportaba, había cambiado muchísimo y le estaba pasando factura, pero no quería delegar más en Abi, prefería cargar él con el mayor volumen.

Aunque ella era capaz de ayudarle, pero yo no iba a insistir más, más tozudo que él no había nadie y hasta que no topara contra su límite no lo reconocería.

—¿Ayer que paso con Hanna?

—Tuvo que trabajar más horas, me dejó esperando en el local.

—Dudo

que

tuvieras

algún

problema para reemplazarla.

—Tú fuiste el problema, no lo recuerdas, estuve ayudándote en vez de demostrarle alguna fémica el amante que hay escondido — sabía que fanfarroneando conseguía una sonrisa suya, y así fue se llevó la mano a los ojos mientras reía a carcajadas—. Pero esta mañana Tif ha sucumbido al deseo.

—Por eso has llegado tarde, serás cabrón.

—Qué va, esa mujer es para uno rápido no vale nada, había tráfico y tío he visto a una rubia de escándalo en el coche de al lado, lástima que no apunté la matrícula.

—Joder Jason no vas a madurar nunca.

—¡Para qué!

—Para tener alguien en el que confiar, al que amar.

—Yo no soy hombre de una mujer. Se abrieron las puertas del ascensor y caminamos hacia la puerta giratoria que nos separaba del exterior, el aire era frío, era invierno y las temperaturas en Manhattan era muy bajas. Le pregunté donde quería comer y me dijo que le apetecía comida basura, lo miré sorprendido, eso sí que no era normal en él. Normalmente

gastaba un dineral en comer sano y de calidad. Pero sin rechistar fuimos y nos pedimos unas costillas adobadas, una hamburguesa completa y para terminar un perrito caliente, tendría que hacer una sesión extra en el gimnasio para quemar la cantidad de calorías que estábamos a punto de ingerir. Para rematar pedimos un barril de cerveza que nos serviríamos nosotros mismos.

Comenzamos a devorar primero las costillas, el sabor del adobo era espectacular nuestros dedos quedaban impregnados y no podía evitar chuparlos, pero me quedé blanco, paralizado, cuando mientras chupaba uno de mis dedos me sentí observado, no podía ser lo que estaba viendo. Justo en la mesa de delante de mí, estaba sentada la rubia de esta mañana, me estaba observando sonriendo y podría asegurar que haciendo ojitos. Pero no iba sola, le acompañaba un tío.

Él estaba comiendo una hamburguesa de quilo mientras ella solo se llevaba a la boca una triste ensalada. Levantó la mano y me

saludó para mi sorpresa, yo saludé con la cabeza ya que tenía mi dedo en mi lengua. Sin darme cuenta lo estaba devorando imaginando a esa gatita lamiendo otra cosa, mi erección apareció al instante, me aprisionaba el pantalón, estaba excitado, y solo lo había conseguido con una mirada, pero estaba acompañada

y de momento respetuoso soy, o eso creo.

Mike seguía saboreando su comida sin percatarse de nada, y yo intenté desviar a mi mente traicionera, pensar algo que bajara mi erección.

—¿Qué tal tu madre? —escuché decir a Mike, eso sí había sido una pregunta oportuna, en un segundo mi pene había vuelto a su posición de reposo y podía continuar la comida.

—Como siempre, en casa con mi padre, la jubilación les ha ido genial, se pasan el día pescando y de vez en cuando viajando.

—La mía está muy pesada quiere un nieto, no entiende que no es el momento.

—Por eso no tengo novia, por no aguantar tonterías de ese tipo.

—Ahora mismo no puedo discutirte, pero creo que ella también quiere un hijo, no me lo ha dicho pero su mirada me lo indica.

—Pues estás acabado, las mujeres  
tienen ese sentido y cuando les  
llama te aseguro que lo consiguen,  
así que pronto te veo —mientras le  
contestaba  
continuaba  
con  
la  
mirada fija en la rubia de detrás  
suyo, pero lo intuyó ya que se giró  
y me lanzó una servilleta al hombro  
para que le hiciera caso —.Es la de  
esta mañana, la del coche.

—Pues sí que es un cañón pero con  
novio.

—Pero mirarla no es delito.

—No cambiarás nunca.

—No amigo, te aseguro que no.

Continuamos comiendo mientras,  
las sonrisas y las miradas crecían,  
no podía creer lo descarada que era  
esa muchacha, o no era su pareja o  
realmente le importaba muy poco.

Aunque a juzgar por su espalda no  
era un tío fuerte como yo, más bien  
delgado. En cuanto este terminó de  
comer se marcharon despidiéndose  
de mí con una caída de ojos más  
que descarada.

Terminamos de comer y al ser  
viernes no debía volver a la oficina,  
el poco trabajo que aún quedaba  
podría hacerlo desde casa. Miré el  
reloj y eran las cuatro, así que nos  
dirigimos hacia el parking y cada  
uno cogió su coche, nos veríamos al  
día siguiente en el partido, pero un  
pensamiento vino a mi mente.

Hanna, estaba tentado a acudir, no  
iría y me haría de rogar, pero la

preciosa rubia comiendo había

despertado

a

mi

miembro,

necesitaba sexo y ella era la mejor,

tierna, pero a la vez fría, pasional

pero también dulce, dominante

pero le gustaba ser dominada, mi

pene

una

vez

más

estaba

intentando salir de su jaula, estaba

oprimido entre tanta tela y deseaba

ser liberado.

—Tú y yo tenemos trabajo amigo,

prepárate.

—Aceleré y salí del subterráneo a

toda prisa, necesitaba llegar a su

casa y follar, o sí, era lo que

necesitaba, castigarla por haberme

dejado tirado ayer, y que mejor

forma

que

así,

un

castigo

placentero para ambos.

## **CAPÍTULO 2**

Salí del coche y subí los tres

escalones que me separaban de su

puerta, estaba deseando que la

abriera y poder desfogar la tensión

sexual acumulada. Pulsé el botón

que había en la puerta y tras unos

segundos se abrió. Entré y la cerró

detrás de mí, me giré y la vi. Estaba

en ropa interior la única prenda que

la cubría era una pequeña bata de  
tela fina que deseaba acariciar. Nos  
miramos sonrientes, excitados, los  
dos nos conocíamos muy bien.

Llevábamos meses viéndonos, y no  
esperamos más, un movimiento  
mutuo unió nuestros cuerpos, se  
rozaban y apretaban como si el uno  
necesitara el del otro, y así era, sus  
labios

carnosos

me

gritaban,

querían ser devorados, mis dientes  
se dirigieron a ellos y con un ligero  
mordisco los apresó. Mi lengua  
saboreó la suya y mis manos  
apretaron sus nalgas obligándolas a  
topar contra mi erección. Dio un  
pequeño salto y sus piernas presas  
de la desesperación se afanaron a  
mis caderas y la llevé hacia el  
salón, conocía aquella casa a la  
perfección, no tenía ni que mirar  
para llegar a mí destino, aquel sofá  
antiguo de flores que tenía la  
medida perfecta para hacerla mía.

Si Hanna era mía en este momento,  
aunque la compartiera con otros  
hombres, todos sabían que yo era  
el principal, nuestra relación era  
perfecta.

La dejé caer sobre el respaldo del  
sofá y posó su espalda sobre la fría  
pared

de

papel,

sus

manos

agarraron el cojín del sillón donde

estaba sentada y abrió las piernas  
permitiendo el acceso. Apoyé una  
de mis rodillas y mis manos  
acariciaron sus muslos. Estaban  
tensos, musculados, pero mis dedos  
continuaron hasta llegar a su tanga,  
era transparente y se apreciaba la  
humedad de su deseo en la tela,  
pero no se avergonzaba de ello, y  
yo me sentía afortunado por poder  
contemplarlo, me excitaba verla  
así. Sus pechos subían y bajaban al  
ritmo de su respiración, y su mirada  
estaba instada sobre la mía  
pidiéndome a gritos que continuara.  
Abrí sus labios vaginales, dejando a  
un lado el tanga y la punta de mi  
lengua lamió su abultado clitoris; su  
olor a sexo era celestial, mi pene  
estaba duro desando embestirla,  
pero tendría que esperar un poco,  
succioné y apresé con mis dientes  
su clitoris que estiré y al instante un  
gemido salió de su garganta. La  
miré y vi cómo se mordía el labio  
inferior. Joder eso me volvía loco,  
era una loba y lo sabía, jugaba con  
ventaja,  
mordí  
sus  
labios,  
necesitaba volver a oírla gemir, que  
su cuerpo reaccionara a mí, y no  
tardó en repetir aquél sonido que  
me enloquecía. Adentré uno de mis  
dedos sin previo aviso y su espalda  
se arqueó. Introduje dos más, y el  
suspiro que exhaló llegó hasta mí.  
Notaba como sus músculos se  
contraían, se tensaban, sabía que

iba a llegar pronto al orgasmo, pero

saqué los dedos y mi boca de

pronto, y la miré.

—Sigue, no me dejes así.

—Eres una loba, pero de las malas,

¿sabes cómo me quedé y o ayer?

Su mano bajó rápidamente y

adentro

dos

de

sus

dedos,

volviendo a sentir placer, pero los

suyos eran más finos, no la

llenaban lo suficiente y lo sabía.

Introdujo un tercero emitiendo un

grito y una gota de semen se

escapó de mi miembro, no podía

creer como podía llegar a excitarme

con solo mirarla.

—No te hagas la víctima seguro que

encontraste compañía.

—Te aseguro que no como la tuya.

—Aiiissssh...— suspiró intentando

retener

la

respiración

—o

terminas...o lo hago yo —balbuceó

mientras sus manos aceleraban el

ritmo.

Le quité su mano y de una

embestida llegué a su interior

consiguiendo un grito desgarrador,

que casi consigue que me corra,

pero debía controlarme, no me

había puesto preservativo, así que

mi mente debía estar fría para

retirarme a tiempo. Pero su vagina

se contraía, se apretaba, me

apresaba. No podía evitar rugir,  
estaba a punto, ella, yo, los dos...  
no podría aguantar mucho más.  
—Nena...  
—Ahhhh...  
—Siii...—sentí como su cuerpo se  
relajaba y aún con los ojos cerrados  
sus labios enarcaban una sonrisa de  
satisfacción, salí de su cuerpo  
rápidamente y con la mano en mi  
verga dejé salir mi deseo, mi blanco  
y agrio deseo.

Caí sobre el sillón para recuperar el  
aliento y ella se tumbó a mi lado,  
me dio un beso en la mejilla y yo le  
besé su hombro. Olía de maravilla,  
una mezcla de coco y sexo que me  
invadían las fosas nasales, un olor  
que solo sentía cuando estaba a su  
lado, y me embriagaba dejándome  
tocado, pero que en cuánto estaba  
lejos de ella conseguía apartarlo a  
un rincón y poder disfrutar de otras  
relaciones.

Se levantó y fue hacia su habitación  
mientras yo me dirigí al baño. Me  
lavé las manos, me mojé la cara,  
me miré al espejo y vi la camisa  
medio  
desabrochada,  
los  
pantalones abiertos y una suave  
capa de sudor sobre mi cuello. Pasé  
la toalla sobre este y conseguí  
recuperar la apariencia con la que  
había venido.

—¿Quieres beber algo?

—Agua por favor —contesté alto  
para que me oyera desde fuera.

Caminé hasta el salón y me

esperaba junto a una jarra y dos vasos, lo bebí de un sorbo, y lo rellené. Estaba sediento, vacié el contenido y dejé el vaso sobre la mesa.

—Siento haberme ausentado ayer, no te pude avisar.

—Estuve esperando un rato, pero Abi me pidió ayuda y fui a su casa, así que no te pude reemplazar al menos ayer.

—Eso significa que hoy sí, eres lo que no hay.

—Soy sincero.

—Y por eso me gustas. Si quieres cenamos juntos, como una pareja normal.

—¿Tu y yo pareja normal? —llevé mi mano a su frente y posé la otra sobre la mía —no tienes fiebre, entonces mejor te llevo al hospital y que te miren bien, porque esto sí que es una sorpresa.

—¿Sorpresa por qué?

—¿Cuando hemos ido a cenar juntos?—me miró en silencio, con cara pensativa, y tenía razón nunca habíamos cenado, nos habíamos centrado en ir al local, pasar rato juntos, pero cenar como pareja, jamás.

—Siempre hay una primera vez, los amigos también cenan.

—Pues cámbiate, porque vas a saber lo que es ir a cenar conmigo.

—No necesito un lugar caro.

—Déjame a mí, tu preocúpate por ponerte sexy —me miró de brazos cruzados, con la ceja enarcada y la levanté mientras le daba una

palmada en el culo. Y alzó los brazos en señal de rendición. Esperé sentado mientras miraba los mensajes de mi móvil, no dejaban de llegarme y todos ellos de chicas, pero no quise ni mirarlos intuía lo que ponían, todas querían cenar, verme un rato, e incluso alguna directamente enviaba proposiciones indecentes, pero la solución era ponerlo en silencio y así nada distraería mi atención. Puse el móvil en el bolsillo de la americana cuando noté que alguien había detrás de mí. La miré y me quedé boquiabierto, llevaba un vestido que le marcaba el cuerpo, y vaya curvas, silbé y la hice girarse mientras no dejaba de decir lo cretino que podía llegar a ser.

—Oh nena cuando una es bella lo es, y tu hoy estás preciosa.

—Miedo me das.

—Ninguno, sabes que lo único que te puedo hacer es darte placer, y del bueno.

—Vamos

antes

de

que

me

arrepienta.

Salimos y las luces indicaban que el coche estaba abierto, como buen caballero

la

invité

a

entrar

agarrando una de sus manos y

rodeé el vehículo para sentarme y conducir. Tenía claro donde la iba a llevar, la iba a sorprender ya que jamás habría ido a un lugar como aquél. Tras unos minutos a toda velocidad

por las calles de

Manhattan por fin llegábamos, un edificio antiguo pero remodelado con mucho gusto era lo que nos esperaba. Nos abrieron la puerta de la entrada y entregué mis llaves, para que pudieran aparcar mi descapotable.

Al verme nos indicaron que

esperáramos un segundo. Ella miraba cada uno de los rincones esperando saber qué es lo que se iba a encontrar, pero estaba seguro de que nada de lo que pudiera imaginar se asemejaba con la realidad de lo que había tras aquellas puertas.

Pocos segundos después salió otro joven y nos pidió que le

acompañáramos tras un pasillo enmoquetado. Nos abrió una puerta y nos invitó a pasar a una pequeña

sala de color morada ambientada  
con luces de velas, una pequeña  
mesa redonda con dos sillas y los  
platos listos para ser servidos. Miré  
su rostro, no perdía detalle alguno,  
y sabía que aquél lugar sería desde  
aquél  
instante  
uno  
de  
sus  
preferidos. Su mirada se clavó en el  
cristal que había a nuestro lado y  
nos mostraba las vistas de la  
ciudad. Pero pulsé un botón y su  
cara  
se  
fue  
transformando,  
boquiabierta se quedó al ver en lo  
que se había convertido aquél  
lugar.

—¿Cenamos?

—Sí... pero

—Primero vamos a cenar, te  
aseguro que la comida es deliciosa.

Un camarero nos sirvió unos  
entrantes variados, había desde  
ostras, hasta pequeñas porciones  
de carne guisada, agarré la cuchara  
de porcelana en la que estaban  
servidos los entrantes y comí ante  
su atenta mirada. Aún seguía  
sorprendida, hacía muy poco que yo  
conocí este local y en cuanto lo vi  
supe que era perfecto para ella,  
discreto y muy íntimo tal y como a  
ella le gustaba llevar nuestra  
relación.

—Prueba la carne es deliciosa, y las

ostras son las mejores de la ciudad.

—¿Sueles venir mucho?

—No. ¿Te gusta?

—Pero... es un local de intercambio.

Su mirada se fijó en la mesa que

había frente a ella, una pareja

observándonos

al

igual

que

nosotros a ellos, pero tras unos

minutos, casi de forma inapreciable,

aparecía una diferente, cada mesa

tenía un número.

—Cuando creas que la pareja que

tienes delante es la elegida, solo

debes pulsar su número; en

amarillo es que la solicitamos

nosotros y en verde que ellos

aceptan

nuestra

petición—.Le

señalé los marcadores que apenas

se apreciaban en nuestra mesa.

Continuamos comiendo mientras

pareja tras pareja nos examinaba y

nosotros a ellos, yo ya tenía dos

parejas en mente, pero esta vez

sería caballeroso y le dejaría

escoger, no había ninguna mujer

que no fuera capaz de acostarme

con ella, así que su decisión sería

acertada. Seguimos bebiendo una

copa de vino blanco cuando

apareció una de las parejas, era la

primera vez que la veíamos pero la

mirada de Hanna, me indicaba que

eran los elegidos. Los miré y la

mujer era preciosa, una pelirroja de

mirada cautivadora y unos pechos

enormes, el acompañante era un joven rubio de ojos azules y sé que le había llamado la atención. —¿Quieres elegir ya? —asintió sin decir nada. Pulsé el botón número cinco y la luz amarilla pasó a verde en un segundo, sin duda ellos habían tenido la misma impresión de nosotros, ya que no dudaron en aceptar.

El cristal se abrió y quedaron las salas a ambos lados y en medio una cama redonda lo suficientemente grande como para que dos parejas tuvieran relaciones sin entorpecerse. Presenté a Hanna y él me presentó a Virginia, Hanna me miró y yo le guiñé el ojo, comenzaba el juego, el que a ambos nos gustaba. Agarré de la mano a la joven pelirroja y la guie hasta nuestra mesa, pero antes de invitarla a sentarse le quité el top y el sujetador, me gustaba verla casi desnuda, me excitaba, su marido en cambio fue mucho más galán con Hanna. Le invitó a degustar las ostras mientras le besaba el cuello. Pero yo no buscaba en aquél lugar nada más que sexo, no quería ternura, así que abrí las piernas de la joven y tras posar mis dedos sobre sus muslos, me percaté que no llevaba bragas, estaba húmeda más que preparada para que la penetrara, pero al introducir dos dedos en su vagina fui consciente

de que no era nada prieta, así que  
la guie hasta la cama y le pedí que  
apoyara las manos en el colchón y  
abriera las piernas, su mirada se  
dirigió hacia su marido que asintió  
autorizándole, y esta sonrió. Vertí  
un poco de lubricante en mi verga,  
mientras mis dedos conseguían  
gemidos  
de  
placer  
iba  
introduciéndome hasta el interior  
de su ano, sin duda prieto,  
consiguiendo que mi pene tuviera el  
roce necesario para darme placer,  
no como su vagina que era  
excesivamente  
grande.

Cuando  
sentí que tenía casi el miembro por  
completo, noté como el colchón se  
hundía, la mano de Hanna agarró  
mi muslo, llamando mi atención La  
miré y le guiñé un ojo mientras el  
rubio la penetraba, como jamás  
había visto a nadie, le hacía el  
amor, él encima de ella, repitiendo  
una y otra vez lo prieta que era, no  
pude evitar sonreír; y yo sabía su  
secreto y era que su mujer no le  
daba el placer que necesitaba con  
su vagina por ello buscaba a otras,  
pero de lo que no estaba seguro si  
ella  
misma  
lo  
sabría.  
Seguí  
embistiéndola hasta que ambos

llegamos al orgasmo, nuestros gritos embriagaron al joven rubio que también llegó al clímax sin inmutarse de que Hanna no lo había alcanzado, pero no iba a dejarle ese mal sabor de boca, a ella no. Le pedí que se marcharan y me lancé sobre ella.

—Lo siento, pero estoy yo, para hacer lo que este imbécil no ha sabido aprovechar.

Mordí su pezón, mientras mis manos jugaban con su clítoris, pero ella me obligó a ponerme debajo, la posesión ahora era suya estaba a horcajas con mi pene dentro de su vagina y mis dedos se colaban en su ano consiguiendo darle el placer que a ella más le gustaba. Sus movimientos se aceleraban, más agresivos, mis manos la empujaban para que topara con fuerza contra mí, que alcanzara el final de su recorrido,

y así provocar el estruendo desgarrador que su garganta emitía.

Escuché un cuchicheo y miré hacia la otra pareja, la pelirroja estaba recriminándole algo al novio, y éste estaba sumido en una desesperación interna, no había duda que vernos disfrutar les estaba separando como pareja.

Pero ahora no quería saber nada de ellos, solo quería que Hanna tuviera el orgasmo que se merecía. Una de mis manos pellizcó su pezón endureciéndolo, pero no contento con ello, lo mordí, lo succioné mientras era embestida por ambas partes, tres dedos que entraban y salían de su trasero y mi pene que embestía con fuerza para conseguir los espasmos que comenzaba a sentir.

Seguimos moviéndonos hasta que el orgasmo llegó y nos sentimos satisfechos. La pareja seguía discutiendo hasta el punto de volver a su mesa y cerrar la puerta, no querían ni mirarnos.

—¿Estás bien?

—Gracias a ti sí.

—No iba a consentirlo, eso nunca lo dudes.

Se lanzó y atrapó mis labios, devorándolos con ternura, como no acostumbraba hacer, pero no podía hacer más que seguirle, sus besos eran especiales, era una amiga que estaba llenando muchos de los vacíos que tenía mi vida y aquel momento era uno de ellos.

Permanecimos tumbados unos minutos hasta que recobramos el aliento, y nos fuimos hasta nuestra mesa.

Cerramos

el

cristal

recuperando la intimidad del fondo  
falso de la ciudad de Manhattan y  
nos vestimos mientras dábamos un  
sorbo de vino. No pude dejar de  
mirarla hoy estaba espectacular, no  
estaba acostumbrado a verla tan  
arreglada, y mis ojos recorrían su  
cuerpo,  
aquél  
que  
ya  
había  
explorado tantas veces pero que  
hoy parecía diferente.

—¿Que miras?

—Estaba pensando en esa pareja —  
mentí pero no iba a reconocer que  
la miraba con adoración.

—Ella no sé, pero él no tenía ni idea  
de satisfacer a una mujer.

—Pues ella vaginalmente tampoco,  
por eso no he dudado y la he  
penetrado analmente, sino seguro  
que ni me corro.

—Vaya par.

No sentamos de nuevo, y nos  
sirvieron una tarta de chocolate  
helada que sabía que a ella le  
encantaba, se llevó una pequeña  
cucharada a la boca y cerró los ojos  
para saborearla mejor, los abrió y  
me vio observándola, sonrió y  
volvió a introducirse la cuchara pero  
esta vez lamiéndola de forma  
sensual,  
consciente  
de  
las  
consecuencias de lo que aquél acto  
conllevaría, pero era inteligente y lo

buscaba, lo deseaba. Probé un poco de tarta y la miré mientras salivaba el delicioso sabor, sin lugar a dudas era una delicia, pero estaba deseando saber cuál era el sabor sobre su piel, manché uno de mis dedos y le toqué el hombro para chuparlo después. Bajó su escote y dejó caer el contenido de su cuchara sobre éste, y lo lamí gustosamente.

—El intercambio no ha valido nada...

—Los postres siempre son el mejor plato —la interrumpí mientras mis manos bajaban el vestido dejando al descubierto sus pechos. Los sopesé entre mis manos y suspiré mientras los llevaba a mi boca, estaba deseando introducir mi pene en ellos, y sabía que esa noche lo haría, no en el local, no en el coche, sino en mi casa, disfrutando de una noche de lujuria.

Pero las intenciones de ella eran otras, me apartó para ponerse de pie, y tras abrirse la cremallera del vestido dejó que éste cayera al suelo, cogió la botella de vino y dio un sorbo de ella directamente, dejando que cayera un abundante chorro sobre sus pechos incluso llegando a humedecer su tanga.

—Loba descarada.

—Pero sé que te excita, lo dice tu lobežno —me señaló a mi pantalón y mi erección era más que obvia.

—Mi lobežno puede domar a las lobas, lo sabías.

—No a todas, creo que esta es

difícil de dominar.

—Tendrá que intentarlo.

Mis manos la subieron sobre la mesa, mientras apartaba con una de las manos los platos que entorpecían, pero por detrás y sin ser apenas visto al menos para Hanna un camarero se llevó todo lo que había en la mesa para que pudiéramos continuar sin necesidad de pensar en nada. Abrí sus piernas colándome y la obligué a tumbarse sobre la mesa, por un instante pensó que aun habían platos pero le avisé que estaba vacía y comencé a lamer sus pechos.

El vino se había transformado en un cóctel de coco, una esencia única que solo era para mí, acaricié su cuerpo, la textura de éste era suave, tanto que mis manos resbalaban por su piel consiguiendo que perdiera el sentido. Busqué un preservativo y me lo coloqué lo más rápido que pude para penetrarla, necesitaba estar dentro de ella, y así fue. Terminamos nuestro postre ebrios de placer; un placer con olor a cóctel de coco, delicioso y único, fundiéndonos en uno hasta que los dos exhaustos terminamos respirando uno sobre el otro.

Mi mejilla descansaba sobre su vientre cuando su mano acarició una de mis cejas, un pequeño gesto que nunca obtenía, pero que me estaba regalando, un regalo casi imposible de tener, ya que ella no

acostumbraba a ser cariñosa tras los intercambios, no, intentaba no cruzar la mirada y evitar incómodos gestos que no entraban en nuestro trato. Pero no me importaba, me gustaba.

—¿Nos vamos a mi casa? —no sé ni porque lo dije, pero me apetecía continuar la noche con ella. Una excepción, romper mis propias reglas por una vez no creo que vaya a cambiar nada entre nosotros, y menos sabiendo que ella opina de la misma manera que yo.

—¿A tu casa? —me miró de soslayo sorprendida.

—Vístete nos marchamos ya —no le di tiempo a pensar.

Me puse la camisa y la corbata que estaban en el suelo, tiradas sin ningún miramiento, pero por tener el sexo que acababa de vivir me importaban un carajo su estado.

Abroché todos los botones y me coloqué los pantalones mientras ella se subía el vestido e intentaba subir la cremallera de éste.

—Si me dejas terminarás antes.

—Por favor.

Subí la cremallera mientras me deleitaba con la silueta de su espalda, no podía negar que hacía deporte la tenía musculada pero sexy, muy sexy, mientras subía la cremallera mi yema la acaricié de arriba abajo excitándonos ambos de nuevo, no podíamos evitarlo, solo con una caricia estábamos deseoso del otro.

### **CAPÍTULO 3**

Pulsé el botón para que nos abrieran la puerta del privado. En pocos minutos un joven con la cabeza agachada, sin mirarnos directamente a los ojos nos guio hasta un garaje del cual solo teníamos acceso a mi propio coche, el resto estaban cubiertos por grandes cortinas negras, para que cada uno de los clientes tuvieran la misma privacidad.

Le hice un gesto con el brazo para que se sentara, y tras rodear el vehículo, lancé las llaves al aire que obviamente agarró al vuelo. Me senté y arranqué de un gran rugido del motor para dirigirnos a mi casa. Cerré el techo antes de salir ya que la temperatura había descendido considerablemente.

Y arranqué para adentrarme a la circulación. Cuando paré en el primer semáforo, no pude evitar mirarle de soslayo, estaba apoyada al reposacabezas mientras observaba la calle, nada en concreto, pero su cabello alborotado le hacía irresistible, preciosa. Era una de las pocas mujeres que despertaba una atracción de esa forma y podía disfrutarla a mi manera, no podía pedirle más a la vida.

El claxon de un coche me sorprendió y tras hacer un gesto con la mano para que viera que ya

le había oído aceleré dejándole  
atrás, sin poder darle opción ni tan  
siquiera a oler el humo de mi  
coche.

—Quita esa risa de fanfarrón.

—¿Qué risa?

—La que tienes instada en esa  
bonita cara.

—Gracias, ya sabía que es bonita  
me lo suelen decir —negó con la  
cabeza sin poder esconder la  
sonrisa que se escapaba de sus  
labios.

—Conduce y calla.

—A sus órdenes.

Aceleré aumentando la velocidad  
para llegar cuanto antes. Sus  
piernas se movían inquietas y ese  
roce me estaba volviendo loco,  
pararía el coche en medio de la  
autopista para colarme entre estas  
y lamerle su sexo, seguro que está  
húmedo, listo como siempre para  
ser follado. Y estoy deseando llegar  
para poder hacerlo, no tengo la  
menor intención de hacer nada más  
que eso en toda la noche.

Abrí un ojo y estaba desnuda a mi  
lado, enredada entre las sábanas  
negras

de

mi

cama,

respiré

profundamente, y llegó hasta mis  
sentidos su olor, ese a coco que  
siempre me cautivaba. Acaricié su  
espalda mientras miraba su rostro,  
estaba profundamente dormida,  
relajada,

sus  
labios  
cerrados  
simulaban una sonrisa, no podía  
negar que se sentía a gusto y no  
era para menos. Después de salir  
del local de copas y reírnos de  
nuestro  
intercambio  
frustrado,  
continuamos la noche en mi casa,  
bebiendo y deleitándonos el uno  
con el otro hasta terminar rendidos.

Era preciosa, su piel parecía  
porcelana,  
y  
sus  
mejillas  
sonrojadas, junto con sus labios  
inflamados de la noche pasada, me  
daban ganas de lanzarme a  
devorarlos, de atraparlos entre mis  
dientes.

Pero  
no  
sé  
cómo  
reaccionaría, nuestro contacto era  
simplemente sexo, nada más, así  
que decliné la idea de besarla, pero  
como si hubiera leído mi mente  
abrió los ojos, y me miró, una  
sonrisa perezosa iluminó su rostro.

—Buenos días dormilona.

—Estoy cansada... ¿he dormido  
mucho?

—No, apenas tres horas.

—Chicos

levantar

tenéis

el  
desayuno en la cocina —Mis ojos se  
abrieron como platos, no podía  
creer lo que había oído, la voz... esa  
voz. Miré a Hanna asustado, no  
sabía qué hacer. Pero lo peor de  
todo es que sabía que no estaba  
solo. ¿Pero cómo lo sabía? ¿Había  
entrado en la habitación? Cerré los  
ojos hace tres horas, como había  
podido dormir tan profundamente,  
soy imbécil, idiota.

—¿Quién  
es?  
—preguntó  
ella  
mientras se tapaba con la sábana,  
asustada de que alguien entrara y  
la viera.

—Mi madre... joder, joder, mierda,  
mierda —me llevé las manos a la  
cabeza, un sudor frío recorría mi  
cuerpo, me puse de pie y me  
coloqué un pantalón de deporte sin  
ropa interior ni nada, no tenía  
tiempo. No dejaba de caminar por  
la habitación, conocía muy bien a  
mi madre y sabía de lo que era  
capaz.

—Ja ja ja ja ja, Jason... ja ja ja.  
—No te rías, no tiene ni puta gracia,  
tú no la conoces.

—Dile que soy una amiga.  
—Joder, demonios como he podido  
olvidar que hoy tenemos comida,  
tienes ropa en mi armario, la de  
deporte de la semana pasada, la  
lavé. Dúchate y póntela iremos al  
partido antes, yo voy fuera haber  
como consigo que no te interroge.

—Madre mía quien me manda venir  
a tu cama, ves porque no me gusta  
pasar la noche con nadie.

—Cállate por favor...

—¡Eh machote cuidadito con lo que  
dices, que salgo y te monto un  
numerito delante de tu madre!

—Serás... serás... me callo porque  
como diga lo que pienso ahora  
mismo...

Voló uno de los cojines y topó  
contra mi cabeza, la miré y se lo  
lancé a ella, comenzando una  
guerra de cojines mientras mi mano  
retenía su risa todo lo que pude, ya  
que cada vez reía más alto y era  
imposible silenciarla. Así que me  
lancé sobre ella y le puse el cojín  
en la cara mientras le pedía  
silencio, pero sus patadas cada vez  
más fuertes, me preocuparon,  
llegué a pensar que la estaba  
ahogando, aparté el cojín de su  
cara y me respondió con un  
empujón cayendo a un lado de la  
cama. Pero para mi sorpresa la  
puerta se abrió, Hanna se tapó  
rápidamente, y mi madre nos gritó  
que el desayuno se iba a enfriar.

—¡Mama,  
fueraaaaaaa  
ahora  
mismo!

—Hijo que no me voy a asustar —  
dijo mientras cerraba la puerta y yo  
me estiraba frustrado sobre el suelo  
de madera. Pero lo que no podía  
creer era que ella continuaba  
riendo, intentaba parar, pero le era  
imposible, seguía y seguía mientras

yo continuaba sin saber qué hacer.

—Me voy a la ducha, me portaré bien.

—Por favor, ahora mismo vuelvo y también me ducho.

—¿Connmigo?

—No me tientes, que al final nos quemaremos.

—Te espero impaciente.

Joder, como me podía pasar algo así, si no estuviera mi madre la arrastraría hasta la ducha y no dejaría

de

embestirla

hasta

quedarme exhausto, pero no, mi

madre tenía que venir a casa, y

fastidiarme el plan. Me giré y vi

como caminaba hasta el baño y

cerraba la puerta, froté mi sien y

suspiré hondo para enfrentarme a

ella.

Me dirigí hacia la cocina y sobre la

encimera

nos

esperaba

un

desayuno, que no podía dudar que

estaba buenísimo, el olor a beicon

con huevo revuelto ambientaba la

estancia. Se giró y sonrió al verme.

—Hijo donde tienes la pimienta, en

estos armarios no hay quien

encuentre nada.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—No esperabas que te dejara a ti

preparar la comida, ¿por cierto tu

amiga se queda?

—No, vamos al partido y volveré

solo.

—Pues es muy maja la chica, muy guapa.

—Para por favor, ahora va a salir y no quiero ninguna pregunta

indiscreta, y por supuesto prohibido mencionar algo de mí o mi vida —le advertí desafiante.

—De verdad, que tonto eres a veces. Ve a ducharte y vete que al final llegarás tarde como siempre.

Desistí, por mucho que le dijera nada servía, iba hacer o decir lo que le viniera en gana, lo mejor sería desaparecer lo más rápido y veloz que pudiéramos. Entré en la habitación y no escuché el agua de la ducha, no podía creer que ya hubiera terminado, abrí la puerta y estaba peinándose enrollada en una de mis toallas, sus pechos sobresalían por encima del borde, mi pene se estaba excitando, y mucho. No sé qué tenía esta mujer que solo con verla tenía ganas de follar con ella, se cruzó de brazos mirándome a través del cristal esperando.

—¿Qué?

—Venía a ducharme.

—Pues ya puedes, no esperes.

Le guiñé un ojo, debía de mantener mi postura, no debía de notar que me importara lo que pensara, hasta el momento era lo que me había funcionado. Dejé caer solamente mi pantalón ya que no llevaba ropa

interior y pasé justo por detrás,  
mientras sus ojos se clavaban en mi  
cuerpo, una mirada desde mi pecho  
hasta mi miembro, junto a una  
sonrisa, que no había podido  
disimular. Me sentí satisfecho, ella  
sentía lo mismo al verme y estaba  
seguro de que de no ser porque mi  
madre nos esperaba fuera entraría  
conmigo y se lanzaría sobre mí.

Encendí el agua y cerré los ojos  
bajo el agua hasta que me sentí  
observado, miré hacia delante y  
estaba ella de brazos cruzados  
divertida mientras me espía.

—Podría acostumbrarme a verte  
cada mañana.

—¿Estarías dispuesta?

—Ni de coña, ni por todo el dinero  
del mundo, mi libertad vale mucho  
más que ese —señaló mi pene  
erecto —ese gran lobeznó.

—Sal antes de que te arrepientas  
de lo que acabas de decir.

—¿Que me vas hacer lobeznó? —.

Di un paso hacia ella pero salió  
huyendo del baño y negando con la  
cabeza continué duchándome.

Salí del baño pero no estaba en la  
habitación, miedo me daba que  
estuviera con mi madre, abrí el  
vestidor y me puse un chándal gris,  
una camiseta de manga corta y una  
sudadera de capucha y salí para ver  
qué es lo que estaba pasando. Para  
mi sorpresa me encontré a las dos  
sentadas en la barra de la cocina y  
riendo como si nada, como si se  
conocieran

de

toda

la

vida,

permanecí

a

unos

metros

observándolas, pero lo mejor era

que hiciera acto de presencia,

seguro que así no hablarían de mí.

Caminé sobre la madera mientras

esta crujía en cada paso que daba

consiguiendo que me miraran, me

senté al lado de Hanna que estaba

tomando un café. Pinché con el

tenedor una loncha de beicon y la

saboreé, mi mente se trasladó a mi

infancia, mi madre siempre me

hacía este desayuno porque sabía

que me encantaba, tenía el mismo

sabor, tragué y miré por el rabillo

del ojo a mi madre estaba picando

una cebolla mientras nos miraba,

no dejaba de observarnos en busca

de un detalle que le indicara que

era mi novia, pero para su

desgracia no era así.

—¿Hanna cuánto hace que os

conocéis?

—Pues...

—Mamá deja de molestarla con tus

preguntas.

—Me vas a decir que no os acostáis,

básicamente he recogido vuestra

ropa desde la puerta de la entrada

a la habitación, está recién lavada,

secada y planchada.

—¡Mamá! —el rubor en las mejillas

de Hanna fue lo que provocó que

me enfureciera, como podía haber

dicho y hecho tal cosa, al menos no

lo digas delante de ella.

—Jason por favor, que no me voy a  
asustar de nada, ya estoy curada  
de espanto.

—Nos vamos.

—Terminar el desayuno

—Tengo prisa.

Me levanté balanceando el taburete  
en el que estaba sentado, a punto  
de caer si la mano de ella no lo  
hubiera controlado. Entré a la  
habitación cogí la bolsa de deporte  
y metí la equipación. Me puse las  
gafas de sol, mientras ella estaba  
esperándome con el bolso entre sus  
manos, fuera de lugar, podía notar  
como miraba a mi madre, y le  
sonreía en señal de disculpa, y a mí  
sin saber que decirme.

—En un rato regreso.

Salimos por la puerta y la cerré tras  
un golpe, no podía creer lo que  
acababa de ocurrir, era de chiste,  
miraba la pantalla del teléfono,  
subiendo y bajando los mensajes  
sin mirar ninguno en concreto.

—No seas tan borde con tu madre.

—¡Joder ahora te vas a poner de su  
parte!

—Se ha excedido, pero solo quería  
agradar.

—Pues que piense antes de hablar  
o cierre el pico.

—Que frio eres.

—Ya lo sabías.

—No comencemos, porque me voy  
a mi casa —un chasquido salió de  
mi boca, solo me faltaba tener que  
aguantarla a ella, nunca le había

mentido, y ella más que ninguna  
sabía cuál era mi forma de ser, y no  
pensaba cambiarla por nadie.

—¿Qué significa ese ruido?

—No he dicho nada, déjalo.

—Vete a la mierda Jason, búscate a  
otra con la que pagar tu mal humor.

Me giré para mirarla, no me  
esperaba esa reacción, pero lo que  
menos esperaba que abriera la  
puerta que había justo al lado del  
ascensor, las que llevaban a las  
escaleras del edificio, y se marchó  
como alma que lleva al diablo.

Durante unos segundos permanecí  
inmóvil sin saber qué hacer. Las  
puertas del ascensor se abrieron y  
di un golpe al marco, mientras  
entraba en él y pulsaba el botón del  
subterráneo.

—Joder, como he comenzado el día

—reflexioné durante unos segundos

—maldita sea Hanna —dudaba en

parar en la planta baja y retenerla,

en la pantalla aparecía el número

cuatro, el tres, el dos, el uno —¡

Mierda! —pulsé el botón del 0 y se

abrieron las puertas, cuando vi un

movimiento delante de mí.

—Hanna, espera por favor.

—Eres un imbécil, y paso de

aguantarte.

—¡No voy a ir detrás de ti! —le grité

mientras estaba a punto de llegar a

la puerta de la calle.

—Jamás te lo he pedido, olvídate

hoy, será lo mejor.

Vi como salía a la calle y

desaparecía, lo que podría haber

comenzado con un buen polvo en la

ducha, se había jodido y de qué manera, ni polvo ni nada, y conociéndola no volvería a verla en unos días. Joder ahora es cuando mataría a mi madre por ser la culpable de todo este embrollo.

Volví a entrar al ascensor y pulsé de forma brusca el botón que me llevaría a mi coche, el único que hacía lo que me daba la gana, en el momento que a mí me apetecía.

Lancé la bolsa sobre el asiento del acompañante, el que ahora estaba vacío y me monté mientras hacía rugir el motor, intentando relajarme.

Desconecté la conducción automática, metí la primera marcha, y aceleré. Subí la rampa a toda velocidad, y continué cortando las marchas, acelerando, girando, la velocidad aumentaba el aire refrescaba mi rostro, aumenté el sonido de la música y continué el rumbo hasta el campo de béisbol.

Aparqué sin hacer maniobra alguna y apagué el motor, mientras pensaba en si llamarla y disculparme o dejar que se le pasara el enfado,

aunque

exactamente no sabía bien porque se había molestado, en fin lo mejor sería que ni lo intentara.

Salí del campo más enfadado de lo que había entrado, nos habían dado la paliza del siglo, y la mayor parte de culpa había sido mía, no dejaban de preguntarme que me sucedía, y me repetían que espabilara, pero no era mi día. No golpeaba la bola con la suficiente fuerza como para conseguir que llegara a la zona deseada, mis carreras no eran suficiente rápidas como para llegar a la base antes de que se recuperara la bola, y sin mencionar cuando era Fisher, como podía hacer esos lanzamientos de nenaza.

Me miré en el espejo retrovisor y mi ceja sangraba, presioné una vez más con el papel que tenía entre las manos, que me había dado Mike en el vestuario, y maldije. El muy cabrón me había dado un buen derechazo, no era la primera vez que discutía con aquél imbécil, pero hoy me había pillado en un mal día.

Que se preparara que la próxima vez se arrepentiría de haberme desafiado hoy, y el que saldría con la cara rota sería él.

Comenzaban

a

salir

de

los

vestuarios, así que lo mejor era que desapareciera antes de que tuviera más problemas, y por hoy creo que

ya

había

tenido

suficientes.

Arranqué el motor y me alejé rápidamente, aún me esperaba lo peor del día, la reunión familiar.

Resoplé, sin duda no tenía humor para reuniones, pero no podía evitarla estaban en mi propia casa esperándome, así que volvería con la mejor de mis sonrisas e intentaría que terminara lo antes posible.

Abrí la puerta y estaban mis padres sentados en el sillón bebiendo una copa de vino, mi madre me miraba analizándome, esperaba saber cuál era mi estado de humor después de lo ocurrido, pero le sonreí, no se me daba nada mal actuar.

—¿Me dejáis darme una ducha rápida?

—No tardes la comida está lista.

Asentí y me fui directo a mi habitación, dejé la bolsa sobre la cama y me fui desnudando hasta llegar al baño, encendí el agua y dejé que cogiera la temperatura para adentrarme en la ducha. El torrente caía sobre mi cabeza recorriendo mis músculos, mientras dejaba

la

mente

en

blanco,

necesitaba relajarme, olvidarme de lo ocurrido hasta el momento. Vertí el gel de baño sobre mi mano y

froté mis pectorales en círculos,  
cerré los ojos y por un instante un  
olor invadió mis sentidos, agarré el  
bote de jabón y miré el nombre.  
“Esencia  
de  
Coco” carcajeé no  
había duda que era su gel, aquella  
mañana no me di cuenta de él, ni lo  
vi, pero seguía en mi baño y la  
imagen de ella llegó a mi mente.  
Sus  
pechos,  
sus  
nalgas  
protuberantes, firmes, las que se  
balanceaban  
frente  
a  
mí  
regalándome  
el  
placer  
más  
exquisito que había conocido.  
Continué frotando mi vientre hasta  
que topé con mi miembro, el olor a  
coco continuaba llegando a mis  
fosas nasales y mis deseos de sexo  
crecían, mi mano atrapó mi pene y  
lo presionó enfurecido, no debería  
complacerme solo... si no hubiera  
sido un imbécil con ella... Movi mi  
mano  
agresivamente  
castigándome,  
mientras  
la  
necesidad crecía y mi mente  
comenzaba a ver lo que mi pene

necesitaba, estaba duro, tenso y mi mano sabía cómo moverse para conseguir liberarme de esa tensión. Su cuerpo aparecía, su silueta, y sus gemidos, un gruñido salió de mi garganta al recordar su voz, mi mano aceleraba el ritmo, mientras las imágenes continuaban, mi mano era su ano, y estaba penetrándolo mientras sus caderas se topaban contra mí para conseguir que la profundidad aumentara.

Un segundo gemido que no logré retener retumbó entre las baldosas del baño. Pero mi cabeza no tenía suficiente y sus labios, sonrojados se posaban sobre mi verga su lengua la acariciaba, y no podía resistirlo, embestía su boca, mi mano, su lengua presionaba el tronco, mis dedos, y sin preámbulos el semen desaparecía en su garganta, en el desagüe de la ducha, atrayendo la paz, la que no había tenido en todo el día.

Abrí los ojos y miré mi miembro estaba enrojecido pero relajado había conseguido tener un orgasmo solo con imaginarla. Pero no iba a tentarme una vez más, agarré mi bote de gel, el que siempre utilizaba, y me enjaboné el cuerpo borrando su olor.

—Hijo sí que has tardado.

—Perdona es que estaba cansado del partido.

—¿Pero qué te ha pasado en la ceja?

—Un imbécil que ha venido gallito.

—De verdad sois unos brutos.

—Mujer no es nada, está bien no lo ves. Sirve la comida que se hace tarde.

Mi padre me ayudó a evitar a mi madre. Esta, a regañadientes se fue a la cocina y comenzó a servir los platos para que comenzáramos a comer.

La carne en salsa de mi madre era deliciosa y disfruté comiendo, mientras no dejamos de hablar de trabajo, mi padre estaba muy interesado en saber cómo nos iba en la empresa, conocía muy bien al padre de Mike y cuando falleció se preocupó por lo que ocurriría con la empresa, y más sabiendo que la mitad de ésta pasaba a manos de Abi. Pero ambos habían demostrado que eran autosuficientes

y prosperábamos en el trabajo, los clientes crecían, y estábamos muy contentos.

Sin darme cuenta, ya habíamos terminado de comer y era tarde, así que ellos decidieron marcharse y yo me quedé en casa solo. En un primer momento decidí no salir y descansar, pero tras unos minutos tumbado en el sofá, con una cerveza en la mano y sentir que necesitaba hacer algo, cogí el teléfono en busca de compañía.

Pero ninguno de los nombres que aparecían en la pantalla me

llamaba la atención, así que decidir tomar una copa en el local y si encontraba algo interesante, me quedaría allí.

Fui hacia mi cuarto y me cambié de ropa; una camisa con tejanos, un aspecto informal pero idóneo para ese sitio. Perfumé mi cuello y mi camisa. Me miré al espejo y estaba perfecto, listo para salir.

Aparqué en la puerta y tras dar las llaves al portero, entré directo a la barra y pedí un whisky con hielo. Me senté en uno de los taburetes sin mirar a nadie, no quería ver quien había a mi alrededor, al menos de momento. La camarera se acercó y me miró confusa.

—¿Te reservo? Quedan pocos libres esta noche

—Vengo solo, no hace falta que reserves —bebí de un trago lo que me quedaba en la copa —.Ponme otra.

—Un mal día romeo.

—No lo sabes bien.

Se dio la vuelta en busca de la botella mostrando su pequeña falda, apenas tapaba sus muslos. Podía ver parte de sus nalgas, estaban prietas cualquiera desearía agarrarlas y toparla contra la pared.

Pero ella no jugaba con nosotros, no se lo permitían, aunque aquella misma camarera me había dado su teléfono, y me había dejado entrever que podíamos quedar fuera del local, pero nunca la llamé, no necesitaba más problemas, y puedo asegurar que esa es una

mujer problemática. Regresó y

plantada

delante

de

mí

me

mostraba sus pechos operados,

intentando reclamar mi atención.

Pero tenía la batalla perdida, al

menos conmigo.

—Pensé que venías con tu amiga.

—No ves que estoy solo, ella no

está.

—Pues yo creo que sí —con su dedo

índice señaló detrás de mí.

Me giré y busqué entre las personas

que

entraban

al

local,

y

efectivamente

Hanna

estaba

quitándose el abrigo, aún no me

había visto, pero con lo mal que

habíamos terminado esta mañana

dudaba si quería volver a verme. Se

sentó dos asientos a mi derecha,

sin ser consciente de lo cerca que

estaba de ella. Así que me levanté

y me senté a su lado.

—Creo que no eres rencorosa,

¿Perdonas a este capullo?

Me miró a los ojos, después a mi

copa,

permanecía

inmóvil

esperando que me dijera un

“lárgate imbécil” algo, no importaba

el que pero el silencio me estaba matando.

#### **CAPÍTULO 4**

Una sonrisa me regaló mientras su dedo topó mi labio, lo acarició, no podía evitar mirar los suyos, grandes y sensuales, necesitaba devorarlos, mi pene se endurecía por momentos. Vi que se acercaba, me iba a besar lo había conseguido, pero sus labios se dirigieron directos a mi oreja.

—Eres un capullo muy sexy, pero esta noche me espera un capullo mayor, pero me puedes llamar mañana —mis ojos se abrieron como platos, no podía creer lo que acaba de escuchar. Tenía planes y en ellos yo no entraba, creo que era la primera vez que una mujer no caía rendida ante mí, y eso me enfurecía. Pero no tanto como cuando sentí su lejanía y me guiñó un ojo mientras caminaba hasta la puerta de un reservado, en el que esperaba un hombre.

Se acercó a ella y posó una de sus manos en sus nalgas y la dirigió hasta su cuerpo, no podía ver más.

No sí yo no entraba en el juego, pero por lo visto a ella le importaba lo más mínimo lo que yo pensara.

Aunque no podía recriminarle nada, yo me he acostado con otras mujeres sin pensar en ella, esa es nuestra única regla.

Miro a mi alrededor en busca de una mujer, alguien que consiga que la olvide, pero ninguna llama mi atención, tres de ellas me devoran

con la mirada, pero las observo de arriba abajo sin que me exciten, y eso no es nada bueno. Sin duda hoy no es mi noche al igual que no ha sido mi mañana, lo mejor será que continúe bebiendo y ya decidiré cuando me voy.

Continué sentado mientras muchas mujeres se acercaban, se insinuaban pero seguían sin

llamarme la atención, hoy era mi día de mala suerte. Hasta que una joven rubia de ojos azules como el mar se acercó y pidió una copa a mi lado, me miraba, sonreía. La miré atentamente y era espectacular, esta mujer si era la que buscaba minutos atrás.

—¿Vienes sola?  
—No pero no importa, a mi marido le excita entregarme —miró hacia este que asintió, en señal de que estaba de acuerdo.

—Yo hago intercambio, no suelo participar en tríos.  
—Siempre hay una primera vez, te aseguro que en nuestro reservado hay lujuria por doquier.

—No lo dudo —mi mano rozó su labio, no sé ni porque lo hice pero fue un acto reflejo y ella respondió lamiéndolo. Sin duda sabía lo que hacía, sus piernas se movían impacientes, rozándose entre sí,

apostaría que no lleva ropa interior  
y está húmeda, muy húmeda.  
Su mano se posó sobre mi pene  
que estaba duro, esperando ser  
liberado y ésta se sintió satisfecha.  
Busqué la mirada de su marido y  
disfrutaba con la imagen; vernos a  
lo lejos mientras sus manos  
acariciaban mi miembro le excitaba,  
y mucho, pero un cabello moreno  
pasó por su lado, estaba desnuda,  
se dirigía a coger sus cosas, era  
Hanna, por el enrojecimiento de  
uno de sus hombros, y el hinchazón  
de sus protuberantes labios no  
había duda que había disfrutado.  
Observé como se marchaba con la  
ropa entre las manos y se metía  
una vez más en el reservado, mi  
mirada estaba dividida, en los  
pechos que aparecieron a mi lado,  
grandes y firmes, operados. Mis  
dedos no pudieron resistirse a tocar  
sus pezones, pellizcarlos, mientras  
daba un sorbo de su copa, y  
dejando caer sobre mis manos  
parte del contenido. Pero la puerta  
del reservado se abrió, y salió con  
el abrigo puesto, lista para ir a la  
calle, al pasar por delante del  
marido de ésta me miró, y se paró  
en seco al verme acompañado,  
pero sonrió como si no sucediera  
nada y se acercó hacia nosotros.  
—Me voy, ya veo que no has  
desaprovechado el tiempo.  
—Nunca lo hago nena.  
Me dio un golpe en el hombro y se  
marchó como alma que lleva al  
diablo,

la  
chica  
continuaba  
insinuándose,  
pero  
en  
ese  
momento mi mente solo pensaba  
en por que se había marchado tan  
rápido. Era sábado noche y no solía  
trabajar los domingos, puede que le  
esperara alguien.

—¿Entramos o perdemos la noche  
aquí?

—Ahora entro, adelantaos por  
favor.

—No  
huyas,  
estoy  
deseando  
lamerte.

Pero

qué  
demonios  
estaba

aceptando, yo no hacía tríos, me  
tiraba a toda mujer que pudiera,  
pero no con hombres, la copa se  
me había terminado, y dudaba en  
entrar con ellos, que acababan de  
poner la luz de ocupado en el  
reservado o simplemente largarme  
a mi casa. Miré a la camarera que  
no había dejado de observarme un  
instante en toda la noche, y con su  
mano me dijo adiós. Me estaba  
insinuando que me fuese, me puse  
de pie, y negué con la cabeza.

—Dame un papel y un bolígrafo —  
asintió y me acercó lo que le había

pedido— se lo puedes entregar al  
reservado siete por favor.

—Lo

haré,

no

te

preocupes

márchate y no hagas algo de lo que  
después te arrepientas.

—Gracias.

—Me lo cobraré —río a carcajadas

—estás en deuda conmigo.

Negué con la cabeza mientras

escribía la nota.

“Ha surgido un imprevisto he de  
irme. En otra ocasión nos vemos”

Se la entregué y salí hasta la

puerta,

un

aparcacoches

me

entregó la llave de mi coche. Pero

cuando me monté dudé, no sabía si

tomar rumbo a casa de Hanna, y la

sorprendía. Más bien comprobaba

que estaba haciendo, pero qué

diablos estoy pensando, que haga

lo que quiera. Arranqué y busque

un número de teléfono, sabía que

respondería.

—¿Qué quieres?

—Si no quieres verme me voy.

—¿Estás en mi casa?

—Más o menos. Cerca, me falta

saber el número exacto.

—El treinta y tres.

—Ahora nos vemos.

Colgué el teléfono y encaucé la

marcha hasta su casa, al menos

compensaría la mala suerte del día

con sexo del bueno, sabía que ella me lo daba, y podía largarme sin explicaciones. Aun enfadándose volvía a acostarme con ella como si nada hubiera pasado.

Aparqué justo en la puerta y salí del coche para dirigirme a su puerta cuando choqué contra una pareja.

Vi que llevaban una botella de vino sin abrir. Le recriminé que tuviera cuidado por donde caminaba, que mirara hacia delante, el chico que era bastante más joven y menudo que yo, se sintió atacado, y me pidió perdón.

—¿Tío me haces un favor? Te doy diez pavos por esa botella, tengo una cita.

—Pero es que...

—Dásela compramos otra —le interrumpió la novia que no dejaba de mirarme con ojitos.

—Toma.

—Gracias tío, vas a ser el único responsable de que ligue hoy.

Le di una palmada en la espalda mientras le daba el dinero, y miraba el nombre de la botella, era la más mala que había comprado nunca. Pero para ella ya tenía más que suficiente, sería la primera vez que tenía un detalle. Subí las escaleras del apartamento y pulsé el timbre. Un “ya voy” se escuchó y unos golpes de armario, algo estaba escondiendo.

Cuando abrió se lanzó a mi cuello, estaba en ropa interior, un conjunto de liguero rosa fucsia, se había pintado los labios del mismo color.

Sus piernas rodearon mi cintura y  
caminé hasta el sofá. Dejé la  
botella sobre la mesa y lancé mi  
camiseta al suelo, sus manos se  
dirigieron a mis pantalones y se  
posicionó en el botacón mirándome  
de forma lasciva, con mi pene entre  
sus manos. Duro como una piedra  
esperando su lengua, y no se hizo  
de rogar, mi verga se adentró en su  
boca,  
mientras  
mis  
manos  
agarraban su pelo y la obligaban a  
profundizar.

—Joder Tiff métetela más —rugí,  
necesitaba sexo y olvidar todo lo  
que había ocurrido.

La noche fue un no parar, esta  
mujer no tenía fin, dejaba que le  
hiciera lo que me viniera en gana,  
solo tenía que decirle que quería y  
como una auténtica sumisa lo  
hacía. Pero bebí más de la cuenta,  
la maldita botella de vino era la  
más mala que había probado, me  
dolía la cabeza, estaba tumbado en  
su cama desnudo, y con una  
jaqueca monumental. Ella seguía  
durmiendo plácidamente, así que lo  
mejor era que me marchara antes  
de que despertara, sino no habría  
forma de que me dejara tranquilo,  
ya había hecho lo que necesitaba.

Salí  
de  
entre  
las  
sábanas

sigilosamente y me vestí a toda prisa, cogí todas mis cosas y cerré la puerta sin hacer ni un ruido. Me senté en el volante y arranqué el motor mientras me alejaba sin mirar atrás y sin pensar en ella.

Miré la hora y eran más de las doce de la mañana y la cabeza me daba vueltas necesitaba llegar a casa y tumbarme en mi sofá.

Nada más entrar, fui hasta la nevera y cogí una cerveza, el remedio infalible para la resaca era beber una, y el trago me supo a gloria,

consiguió que

se desvaneciera el sabor agrio del vino de mala calidad. Pasé la lata por la frente, y me dejé caer sobre el sofá mientras encendía el televisor.

Pero mi teléfono sonó, miré la pantalla y suspiré al ver quién era, ya se había despertado y ahora me recriminaría haberme ido. Así que lo mejor era no cogerlo, insistió tres veces y consiguió ponerme de mala leche, ganas me dieron de estrellar el teléfono contra la pared, pero conseguí controlarme. Un mensaje sonó, era obvio que necesitaba decirme de todo, lo abrí y leí.

“Eres el ser más frío y despreciable que he conocido jamás, no me llames nunca más, olvídate de que existo, aunque sea la última mujer del mundo.”

Sonreí malvadamente, eso sin duda era lo que quería, que me dejara en

paz, pero cuando ya estaba

celebrando con un gran trago mi

victoria, el móvil volvió a sonar.

Miré la pantalla y era ella otra vez,

joder que mujer más pesada, colgó,

pero el teléfono una vez más sonó,

la iba a mandar bien lejos esta vez

no iba a esquivarla.

—¡Me quieres dejar en paz!

—Eh guapetón que yo no te he

hecho nada aún.

—Abi perdona, pensé que eras otra

persona.

—Pues no lo soy, pero sí que estás

enfadado con ella, donde está mi

amigo el que siempre ríe.

—Me duele la cabeza, no estoy para

reír.

—Vente a casa a comer.

—No prefiero quedarme en casa.

—Tú mismo, acabo de hablar con

Hanna y viene...—He oído bien, ella

va, pues no he de pensar nada, iré,

es la oportunidad para ver cómo

reacciona, como me trata. Ella

piensa que me quedé en el local y

no ha de pensar lo contrario, me

beneficia.

—Que pesadita, está bien iré —

intenté que pareciera que iba por

que ella me lo pedía.

—Si ya sabía yo, que el Don Juan...

—¡Cállate ya! —colgué el teléfono y

lo lancé sobre el sillón, apoyé la

cabeza en el respaldo y cerré los

ojos, mi cabeza daba vueltas, como

me podía haber sentado tan mal

aquella botella. Lo mejor era que

me diera una ducha y despejara mi

mente, sino no sería capaz de ir a

casa de nadie. Me levanté y fui directo a ello. Permanecí bajo el torrente de agua con los ojos cerrados intentando aliviar mi cabeza, y parecía que estaba funcionando, me enjaboné el cuerpo, masajeando mis músculos hasta llegar a la sien, dibujando círculos.

Salí de la ducha y me puse unos vaqueros y un polo de pico negro muy informal, no me apetecía ni arreglarme. Me miré al espejo y la verdad que mi imagen dejaba mucho que desear. Preferí no mirar más y terminar de coger mis cosas para salir, sino llegaría para tomar el café y no la comida.

Llegué a su casa y ya estaban todos sentados en el jardín, yo ocultaba mis ojos cansados bajo las gafas de sol, y me senté en una de las butacas en cuanto saludé a todos. Hanna me habló como siempre, la observaba tras las gafas pero ningún gesto me indicaba enfado, era la de siempre, así que me relajé hablando con Mike, mientras ellas cuchicheaban y se contaban cosas de mujeres.

Apenas comí nada, tenía el estómago revuelto, lo que sí hice fue beber agua, para intentar que

mi estómago se recuperara lo antes posible. Hablaban de irnos a pasar un fin de semana a la cabaña de ellos, ella aceptó encantada y me miraron todos a mí esperando que también aceptara.

—Yo acepto si hacemos una orgía.

—¡Pero tú estás loco! —Abi me gritó enfadada por mi insinuación.

—Colega el día que tú cates a mi mujer yo estaré muerto.

—No hay que ser tan cerrado de mente. Había que intentarlo — comencé a reír consiguiendo que todos lo hicieran —Claro que voy sino de que os vais a reír.

—Pues lo preparo, cariño hemos de avisar para que la tengan lista.

—De eso me encargo yo, no te preocupes.

Abi se levantó para recoger la mesa, y Mike fue a ayudarla, aproveché y me estiré en la tumbona, cuando vi que se sentaba al lado de mis rodillas, le miré por encima de las gafas y sonreí.

—¿Qué te pasa?

—Ayer me pasé bebiendo, me duele todo.

—Tuviste una buena noche... que pena que me tuve que ir.

—Tú no te puedes quejar.

—Podrías

haber

entrado

con

nosotros.

—No me invitaste, ya sabes las normas.

—Joder Jason conmigo ya no hay...

normas,

tenemos

demasiada

confianza.

La miré pensativo y sentí que el día anterior fui un gilipollas, como no pensé en ello, en que podía entrar si quería, seguro que el sexo habría sido más excitante, pero ya era tarde y mi cabeza iba a estallar.

—¿Abi tienes una pastilla para el dolor de cabeza?

—Sí.

Me susurró “espera” y entró para cogerla, vi el mundo cuando vino con ella. Todos me preguntaron que me pasaba y me dejaron un rato tumbado para que me hiciera efecto, tanto que no recuerdo el momento en el que me dormí.

Abrí un ojo y vi que estaban riendo, me senté con ellos y los miré, me preguntaron si estaba mejor, y asentí, efectivamente lo estaba, ya no me dolía, había desaparecido.

Abi me ofreció una limonada que agradecí

encantado,

estaba

sediento, e incluso famélico, apenas había comido, cuando vi que Abi sacó una tarta de manzana en una tartera, mi estómago rugió.

Atrapé uno de los trozos antes de que los dejara en la mesa, consiguiendo que me regañara, porque se podía caer, pero mis dientes lo devoraron consiguiendo relajar mi estómago.

Hanna atrapó uno y cerró los ojos

mientras saboreaba la manzana  
que tenía en su boca, su cara me  
estaba excitando, podía intuir que  
salivaba e incluso estaba seguro de  
que se había humedecido. Mis ojos  
se dirigían a su entrepierna y  
estaba deseando fundirme en ella,  
y volver a sentir su olor, su sabor.

Mi pene estaba erecto, y me estaba  
poniendo  
nervioso,  
necesitaba  
moverme, miré la jarra de limonada  
y ya no quedaba, excusa perfecta  
para desaparecer unos minutos.

—Chicas relajaos, que voy a por  
más bebida.

—Sin duda hoy se ha dado un golpe

—bromeó Abi consiguiendo que  
Hanna se atragantara. Pero no les  
hice caso, me levanté y fui hacia la  
cocina, abrí la nevera y cerré los  
ojos, mientras pensaba que se  
bajara,  
que  
desapareciera  
la  
erección.

—¿Pero qué te pasa hoy?

—Joder, mírame —miré hacia mi  
entrepierna y comenzó a reír sin  
consuelo—. Yo no me río colega.

—Pero a ver cuánto hace que no...

—Seis horas, pero no con ella.

—Joder macho, eres único

Llené la jarra con limonada fría y  
salimos pero mi cuerpo no quería  
hacerme caso, vaya ni intención de  
relajarse, me senté en la silla y  
bebí de un gran sorbo la helada

limonada esperando que el frío

bajara mi temperatura corporal.

Pero dos minutos después seguía

igual, comenzaba a sudar, a

ponerme nervioso.

—Jasón ayúdame a cerrar este bote

—me levanté y caminé hasta Abi,

pero sucedió algo que estaba

evitando durante un rato, esta bajó

la mirada hasta mi entrepierna y

abrió los ojos de par en par, y su

gesto desenchajado de la sorpresa

fue relajándose hasta que sus

labios

comenzaron

a

reír

a

carcajadas.

—Me quieres dar el maldito bote.

—Ven y cógelo —se levantó y

caminó a toda prisa consiguiendo

que su marido, el que se supone

que es mi mejor amigo, se apretara

la barriga para aliviar la presión que

sentía de la risa. Hanna no

entendía nada, preguntaba pero

ninguno le contestaba, no podían

dejar de reír.

Me quedé esperando que ésta

regresara con el santo bote

consiguiendo que por fin mi

miembro bajara y poder darme la

vuelta, la broma de la graciosa de

mi amiga había sido la causante de

mi alivio y sin duda se merecía un

premio y después de lo malvada

que había sido, ya sabía cuál.

—Ya se ha pasado dame el dichoso

bote —.Me miró atenta y vio que el

pantalón había recobrado su forma,  
caminó hasta a mí y me lo entregó,  
pero lo lancé sobre su querido  
marido, y la cogí como un saco de  
patatas.

—Ahora te vas a arrepentir.

—¡Ni se te ocurra!

—Oh sí, y vas a relajar cada uno de  
tus músculos en un segundo, cosa  
que a mí me ha costado.

Me acerqué al borde de la piscina, y  
bromeé con lanzarla, pero era  
invierno y estaba seguro que si la  
tiraba

al

agua

cogería

una

pulmonía, así que solo iba a

bromear un poco, para vengarme  
de sus carcajadas.

— ¿Abi esta fría?

—Como me tires te mato.

—Mike ya la has climatizado para tu  
mujercita, o aún sigue helada como  
la temperatura ambiente.

—Tío está más que helada.

— ¡No me tires! —comenzó a  
golpearme el culo con los puños  
cerrados, mientras no dejaba de  
rogar, de suplicar, y de arañarme  
para que la bajara y no la lanzara.

La balanceé y un grito hizo que  
todos rieran.

— ¡Yo no me río!

—Ya te has reído lo suficiente antes  
a mi costa.

—Joder ha sido tu culpa estabas  
erecto, que querías que hiciera.

—¿Que

estaba

qué?

—una

carcajada de Hanna más elevada

que la del resto me enfureció, tanto

que la bajé mojándole las manos

sin llegar a que se mojara la

cabeza.

—Cómo te muevas caerás...

—Por

favor

esta

helada...—se

paralizó al instante —no me reiré

de tu tiburón nunca más.

—¿De mí... que?— las carcajadas

continuaban más escandalosas que

las anteriores y no lo dudé la dejé

caer hasta que mojó parte de su

melena.

Y la senté en el suelo del borde,

Mike corrió a taparla con una toalla

para que no se enfriara, mientras

me insultaba. Yo me senté en la

mesa y me serví un vaso, sin duda

me había entrado mucha sed.

—Ya te vale, que estamos en

invierno.

—Calla o vas tú también.

—Me callo tiburón —no podía

creerlo ahora me llamaban eso, no

había duda de que no iban a olvidar

esta anécdota tan fácilmente, pero

obviamente la mejor forma era

llevarla a mi terreno.

—Creo que el tiburón consigue

darto mucho placer.

—No me puedo quejar.

—Cuando quieras te demuestro lo

que este tiburón puede llegar

hacer.

—¿Cuando

yo

quiera...?—asentí

deseoso de su respuesta.

## **CAPÍTULO 5**

Estaba montado en mi coche

esperando que subiera, su estado

de cansancio y de estar en casa a

las ocho de la tarde, era una

excusa, sabía lo que quería, y

estaba deseando. Tras despedirse

de Abi se montó en el coche, y me

miró sonriente.

—He de regresar pronto, mañana

trabajo, pero tenemos tres horas

para disfrutar aún —su mano

sopesó mi entrepierna, esta que

apunto estaba de estallar por la

presión.

—No perdamos tiempo —.Di un

buen acelerón y conduje hasta

llegar a la puerta del local, paré y la

miré mientras alzaba mi mano, ella

sabía lo que le estaba pidiendo. Y

sin retirar la mirada de la mía un

instante, contoneó las caderas

hasta entregarme el tanga. Lo metí

en la guantera, y la invité a salir.

Sin duda por fin obtenía lo que

necesitaba,

entramos

y

nos

pedimos una copa, mientras la

camarera me miraba sonriente,

Hanna se sentó en uno de los

taburetes que había en la barra. Yo

me coloqué detrás de ella, dejando

caer mis gotas frías sobre su

espalda sintiendo que sus pezones se endurecían y se dejaban sopesar tras una fina camiseta blanca que con las luces del ambiente los transparentaban a la vista de todos.

—¿Te gusta que te miren?

—Aja...— siseó excitada, su mirada analizaba cada una de las parejas, y yo la atrapaba, la entregaba al resto como si fuera mi mayor triunfo, mis manos se posaron en sus muslos mientras mi boca lamía su cuello, los abrí y todos podían comprobar su desnudez, su deseo.

—A las once y cuarto.

—Interesante, ¿segura?— miré con atención a la pareja que se hallaba justo donde ella me había indicado, y pude ver a una pareja de nuestra edad, y por su semblante bastante novatos,

pero

a

Hanna

le

encantaba poder dominarlos, se sentía poderosa. La chica la miraba a ella asombrada, sin duda Hanna era una seductora nata, y era toda una experta un ejemplo a seguir para muchas de aquél lugar. La chica cuchicheó con su pareja, y éste nos miró dubitativo, pero ella lo miró, lo devoró desde la lejanía y sabía que lo estaba excitando y mucho, yo en cambio seguí jugando con los pezones de esta, para que los viera, que pudiera imaginar lo que podría obtener con nosotros en uno de los reservados. Mis dedos se

colaron en sus labios y los acaricié,  
ella gemía y se movía relajada,  
mientras la otra chica se mordía el  
labio, no había duda que deseaba  
que se lo hiciera a ella, y yo podía.  
La observé más detenidamente, y  
sus pechos eran grandes, no tanto  
como los de Hanna pero aptos para  
disfrutar con ellos, él era fuerte y su  
excitación ya asomaba, su mano  
repetidamente se dirigía a ella,  
intentaba colocarla de una forma  
que le relajara, pero ya era  
imposible, los grandes ojos de  
Hanna lo habían descolocado por  
completo, su piel, suave y lisa  
erizada por mis caricias y sus  
labios.

Se giró y le dijo a la camarera que  
le diera la llave de nuestro  
reservado, ella asintió mientras se  
bajaba del taburete sensualmente  
para llamar su atención, yo la  
miraba y sonreía. Desde que  
comenzamos a jugar juntos había  
aprendido a no hacerlo solo, a  
conseguir que con nuestra conexión  
pudiéramos invitar a más personas,  
y por eso me sentía tan unido a  
ella. Ya no era el típico guaperas  
que entraba y buscaba sexo con las  
mujeres, o conseguía que alguno  
hiciera algún intercambio, con sus  
posteriores consecuencias, lloros,  
mentiras, y peleas, con ella todo  
había cambiado, nada era igual, era  
fascinante.

Nos dirigimos al reservado, y dejé  
mis cosas en una butaca contigua,  
saqué el neceser, mientras pensaba

en aquella mujer.

—Creo que esto será perfecto, se le veía muy perdida —.Me señaló un masajeador de clitoris que había en una de las dispensadoras del local, lo compré más un lubricante, el nerviosismo sería un obstáculo.

—¿Tu qué quieres cuando terminemos?

—Que me penetres por cada orificio.

—Este resérvamelo —le indiqué uno de sus consoladores, el más potente, sabía que conseguía con él.

La puerta se abrió y entraron sigilosamente, sin duda era su primera vez, choqué la mano de él, denotando la normalidad del encuentro, ella se acercó para darme dos besos, y Hanna la paró en seco.

—Nosotros solo tenemos una norma y es muy clara —la chica tragó saliva y el marido, asintió aún sin saber que le iba a decir. —lo único que no permitimos, es el dolor, y que nos obliguen a hacer algo que no estemos seguros, un “NO” es rotundo, sino la sesión termina.

—Y cuando alguno de los cuatro decida terminar la sesión en este reservado nos quedamos nosotros dos,

vosotros

tenéis

que

desaparecer por aquella puerta  
inmediatamente. ¿Tenéis alguna  
norma?

—¿Podrías no mirarla a los ojos?

—Por supuesto es tu mujer. ¿Algo  
más? —los dos negaron con la  
cabeza, y dimos por finalizado el  
previo de objeciones, todo estaba  
claro y los cuatro sabíamos lo que  
íbamos a hacer.

Hanna encendió el hilo musical, y el  
ambiente se relajó, suavizó las  
luces, y se dirigió a su presa,  
estaba completamente desnuda, y  
tenía claro que debía de hacer para  
excitarlo. Hizo que se sentara en  
una de las butacas negras que  
había al fondo y ella colocó otra  
delante, se sentó y comenzó a  
masturbarse, invitándole a él a  
comenzar. Pero antes miró a su  
mujer, necesitaba estar seguro de  
que lo aceptaba. Yo cogí una cinta  
de seda negra y le cubrí los ojos.

—Es la mejor forma de que no  
crucemos la mirada, ¿estás de  
acuerdo?—asintió

mientras

su

pecho subía y bajaba. La recosté  
sobre la cama, y comencé a  
acariciarle, necesitaba que se  
relajara y disfrutara sino la sesión  
no sería satisfactoria.

—Joder

Jason

—su

tono

exasperado, su respiración agitada

me decían lo que necesitaba.

—Cariño y o te conozco y sé lo que

te gusta, la próxima vez no elijas a

noveles, porque tardamos el doble

en disfrutar y no llegamos a

alcanzar nuestro nivel habitual.

—Fóllame.

—Ve a lavarte y dame un segundo.

Entró en el baño y miré sus

juguetes necesitaba, posesión y la

iba a tener, le iba a demostrar que

el sexo conmigo era el mejor que

podía

encontrar.

Yo

estaba

satisfecho, al final la chica sabía lo

que quería y rápidamente entró en

mi juego, pero Hanna llevó el ritmo

de su marido, más pendiente de su

mujer que de ella, así que ahora

me tocaba a mí.

—Ponte de rodillas.

—Por fin.

Sin

duda

yo

sabía

lo

que

necesitaba, y era una buena

embestida que consiguiera llevarla

a otra galaxia, y así fue, lubriqué,

dilaté hasta que con un dildo y mi

pene,

obtuvo

una

doble

penetración,

sin

caricias,

ni

absurdas palabras, simplemente

placer.

Me desperté agotado, vaya fin de

semana, más extraño había tenido,

pero al final terminó como me

gustaba. Dejé a Hanna en su casa,

después de una fabulosa sesión de

sexo, y regresé a la mía para cenar

y descansar, debería ir al gimnasio,

pero encontrarme con Tif no era

muy buena idea, y tener un día

libre me iría bien para terminar de

reponer fuerzas.

Fui a la cocina, y me preparé un

batido de proteínas, que bebí de la

misma jarra, y tras una ducha ya

estaba listo para ir a trabajar. Me

monté

en

mi

coche,

y

sin

importarme si había tráfico o no,

manejé hasta llegar a la oficina,

apenas había llegado nadie, abrí el

ordenador comencé a dibujar unos

diseños, hasta que vi la hora y

decidí ir a desayunar.

En

la

cafetería

estaba

Abi

esperando con Blanca a ser

atendidas, así que como buen

caballero, les pedí el desayuno  
llamando a Robert el camarero, y  
consiguiendo que todos me miraran  
a punto de lanzarme algo en la  
cabeza.

—Chicos tenéis a la jefa esperando,  
¿y nadie va a dejarla pasar?

—Jason...

—Tome su café y su muffin de  
chocolate Sra Smith, y espero que  
tenga un buen día.

—Serás imbécil —me recriminó en  
voz baja para que nadie la oyera.

—Va Jason deja de ligar de una vez  
que el jefe a quién va a despedir es  
a ti.

—¿A quién he de despedir? —entró  
Mike serio como siempre, mientras  
su mirada hacia mí era divertida.

—A  
nadie,  
todos  
nuestro

compañeros son tan amables de  
avanzar el paso de su señora  
esposa, y socia de la empresa.

—Joder Jason no vas a cambiar  
nunca.

Reí a carcajadas mientras el grupo  
de féminas observaban desde su  
mesa, y veían como Abi me daba  
un golpe en la espalda y nos  
sentábamos en la misma mesa. Nos  
conocían y sabían nuestra amistad,  
pero los cuchicheos de aquella  
empresa eran de un nivel superior.

—¿Tienes el plano del edificio?

—Te lo acabo de enviar, creo que  
es increíble, una estructura sólida.

—Pasas de ser el bromista imbécil

de la empresa, al arquitecto

profesional

en

cuestión

de

segundos.

—Así soy yo, nena.

Volví a conseguir otra carcajada, mientras Mike y yo continuábamos hablando de la estructura, y de que no podíamos cometer ningún fallo.

Él se encargaría personalmente de comprobar que los materiales entregados eran los que había pedido y evitar daños posteriores como ya había ocurrido en alguna ocasión anterior.

—Chicos

tengo

una

reunión,

después nos vemos.

—Recuerda lo que hemos hablado.

—Si cariño, sé lo que necesitamos, no te fallaré.

Abi se marchó con su muffín en la mano, hacia la calle donde le esperaba la limusina, para llevarla a la reunión. Yo me terminé el café y Mike me pidió que lo acompañara a entregar el plano, por si surgía alguna duda fuera yo mismo el que le explicara mi idea.

Me apetecía salir de la oficina, así que cogimos mi coche ya que Abi se había llevado el de ellos, y nos dirigimos a las afueras

de  
Manhattan. Pocos minutos después  
llegamos  
y  
esperamos  
en  
recepción.

Sentados en aquellas sillas de cuero  
blanco estábamos mientras yo  
observaba a la recepcionista, tenía  
unos labios... una boca grande,  
perfecta para... como siga pensando  
así voy a terminar por hacer una  
tontería. Cogí una revista y pasé las  
páginas sin prestarle atención.

Hasta que la puerta del despacho  
se abrió y pudimos comenzar la  
reunión, era un cliente complicado  
por eso Mike me pidió que viniera,  
estuvimos unas horas detallando  
las medidas de seguridad, y cada  
vez me sentía más frustrado, como  
podía ser tan cuadriculado, y terco.

—¿Usted está seguro que esta  
forma ovalada es segura?

—Por supuesto, las medidas las  
hemos calculado al milímetro para  
que el peso de la estructura esté  
compensado, de ésta forma no hay  
problemas

de  
desequilibrio  
y  
posibles  
movimientos

del  
eje  
principal. Os aseguro que no hay  
ningún problema, pueden confiar en  
nosotros.

—Pareces seguro de tus palabras.

—De mis palabras no, de mi trabajo, que no es lo mismo. Sé que es excelente, y cualquier

compañero de mi profesión os lo podrá corroborar, es más, pida opinión a otro arquitecto os aseguro que ninguno discutirá este diseño.

—No joven, no debemos llegar tan lejos.

—Está en su mano, mire si estoy seguro —le desafié fijando la mirada en la suya.

—Mike sin duda tu arquitecto es bueno.

—Lo sé, por eso le he pedido que asistiera.

—¿Señor quieren que les traiga un café?

—Si por favor beca.

La joven de recepción entró con una bandeja en la que tenía lo necesario para prepararlo, fue preguntando uno a uno, y sirviendo.

No pude dejar de mirarle sus labios eran espectaculares, podría hacer tantas cosas con ellos, estaba tan inmerso en mis pensamientos que no fui consciente de que me estaba preguntando, hasta que una de sus manos apretó mi hombro y recobré la conciencia.

—Perdona —respondí sorprendido.

— ¿Que te apetece tomar?

—Un café solo, por favor.

Sabía que tenía la mirada de Mike inquiriéndome, por ello no quise ni

mirarlo, debía estar más atento y dejar mis fantasías a un lado sino tendría problemas.

Mike

continuó

explicando

los

detalles y condiciones de nuestro

contrato,

mientras

el

cliente,

rebatía cada uno de los puntos, era

increíble qué nivel de negociación,

no había detalle que le pareciera

bien. Y volvía a insistir en si

realmente, estábamos seguros de

que todo estaba bajo control. No sé

si era por ver a dos jóvenes en una

construcción muy importante, o

simplemente era así en su vida

diaria.

—Creo que lo mejor es que se

quede la memoria, y se piense si

definitivamente quiere trabajar con

nosotros.

—Mike no creo que sea la solución.

—Está

cuestionando

nuestro

trabajo, y no creo que tenga ningún

motivo para hacerlo, le hemos

presentado

opciones,

informes,

estadísticas...

—Joven, lo sé soy un hueso viejo y

duro de roer, pero quiero que el

compromiso sea máximo.

—Mi empresa, la que ha sido de mi

familia

durante

generaciones,

siempre se ha comprometido con

cada uno de sus clientes.

—Chico dame un bolígrafo, tenéis

razón en todo, no se hable más.

Por fin obtuvimos la firma y

pudimos formalizar la obra de este

cliente, había costado horas de

discusiones, pero la cara de Mike

era

de

satisfacción.

Tras

despedirnos salimos a la calle y

sentí libertad, tanto tiempo en

aquella sala encerrados, había

llegado a sentir claustrofobia.

—No cuentes conmigo para estas

reuniones, ven con Abi que sabe

seducirlos.

—Pensé que no firmábamos.

—Y yo.

—Has estado muy bien, cuando le

has

dicho

que

pidiera

otra

valoración ha sido cuando se ha

convencido del todo, buen truco.

—Sabía

que

estaba

cuestionándome y buscando mi

límite, pero no soy un novato en

este mundo.

—Vamos a comer algo, nos lo

merecemos.

—¿Aquí?

—Dónde sea, pero ya —farfulló.

—Mira, hay un restaurante justo  
delante.

—Pues vamos a comer, necesito  
aclarar mi mente.

Entramos y era un lugar muy  
acogedor, de primera categoría la  
mayoría de los comensales eran  
ejecutivos, que estaban hablando  
por teléfono, conectados a sus  
tabletas y reuniones de negocios.

Mike pidió una mesa y nos guiaron  
hasta el fondo en un rincón desde  
el que podía ver cada una de las  
paredes que separaban el lugar.

Cogimos la carta y vi la variedad  
que contenía, una carta inmensa  
llegaba a marear, pero vi un plato  
de setas acompañado de un gran  
entrecôte de ternera y no quise  
mirar más. Dejé la carta sobre la  
mesa, y le pedí al camarero un vino  
blanco, mientras Mike se decidía.

—Joder es imposible saber que  
quiero con tanta comida.

—Yo voy a pedir las setas.

—Con carne, ya somos dos, tío.

Pedimos y para nuestra sorpresa  
apenas

diez

minutos

después

teníamos los platos delante, para  
comenzar

a

comer.

Apenas

hablamos de otra cosa que no fuera

el

capullo

del

cliente

que

acabábamos de ver, nos había

llegado a sacar de nuestras casillas.

Pero mi mirada se clavó en algo,

una melena morena estaba en la

barra.

Iba acompañada de un hombre, y

no sé de qué me sonaba aquél

hombre,

no

dejé

de

mirar

esperando que se girara la joven,

llevaba un vestido azul eléctrico

mostrando sus curvas, elegante, se

notaba que era una mujer con

clase, y seguro que de nivel

adquisitivo alto. El acompañante le

susurraba al oído, algo que a ella le

agradaba por el movimiento de su

cabeza y podía adivinar sin verla

que le sonreía. El hombre se apartó

de ella y comenzó a saludar a tres

personas más que entraban, dos

hombres y una mujer que ni se

acercó a la morena que aún

esperaba mirando a la barra.

—¿Qué miras?

—Esa morena, quiero verla bien.

—Joder Jason no dejas títere con

cabeza.

—Mira esa cintura fundiéndose en

las caderas, está buenísima.

—No va sola.

—Lo sé y este tío me suena y no sé

de qué.

Los dos continuamos mirando hacia ellos, hasta que ella se movió, estaba impaciente por descubrir su rostro seguro que era exuberante.

—Joder mira Mike.

—Es...

—Sí, es Hanna... Ya sé de qué me suena el cabrón ese, es el del sábado noche.

—¿Qué pasó el sábado?

—Mejor no lo sepas. ¿Pero qué hace con él?

—Será un amigo.

No contesté solamente observaba con

atención,

no

dejaba

de

agarrarle la cintura, acariciarle la mejilla y me estaba poniendo malo, tenía ganas de partirle la cara. No soportaba verlo tocándole, y menos con esa cara de triunfante, como si todo el mundo tuviera que ver que estaba con él.

Se sentaron y la escena continuó, yo seguía mirando, y creciendo en mí la necesidad de matarlo, no entendía que hacía allí con él, y vistiendo de una forma que no era suya, oh no, Hanna no solía ir tan arreglada.

Sus labios la besaron con devoción, para terminar mirando al resto con una sonrisa que no me gustó nada.

Ella se disculpó y se levantó en dirección al baño y vi como alardeaba de ella, sus carcajadas llegaban hasta nuestra mesa y no

las soportaba, era superior a mis fuerzas. Di un golpe sobre la mesa y me levanté en su dirección.

—Capullo valora mejor a las mujeres que te acompañan, sino...

—¿Sino que niño?—comenzó a reír mirando a sus acompañantes.

—Vámonos Jason.

—¡Déjame Mike!

—Haz caso a tu amigo, es un chico listo.

—Cállate la boca, antes de que me arrepienta —le recriminó Mike.

—¿Cómo puedes estar con ella?

—Chico si quieres una igual contrátala, es un poco cara, pero vale la pena.

—¿Qué has dicho? —mi puño se clavó en su pómulo, pero Mike me lanzó hacia un lado para que no continuara, forcejeé pero era igual de fuerte que yo y pudo retenerme.

—Vámonos antes de que regrese, es mejor que no te vea.

Asentí abrumado por lo que acababa de oír, y salí como alma que lleva al diablo. Caminé hasta mi coche, no quería ver más, había sido suficiente más de lo que podía asimilar. Mike vino tras de mí y me pidió que me calmara.

—¡Tío has oído eso, no puede ser...!

—Jason no sé qué decirte, yo no la conozco tanto como tú.

—Ese cabrón ha dicho que es una... no puedo ni decirlo, no lo es, Hanna no —me llevé las manos a la cabeza, rasqué mis sienes y me llevé el puño a la boca y di una patada al suelo —Una... ¿una puta

Hanna?

—Vámonos de aquí, móntate,  
conduzco yo.

## CAPÍTULO 6

La tarde en la oficina fue una  
tortura, se suponía que debía de  
preparar el diseño para tres  
clientes, pero ningún resultado me  
convencía,  
papel  
tras  
papel  
terminaba arrugado y lanzado a la  
papelera,  
algunos  
acertaba  
y  
acaban en el interior y otros  
quedaban en el suelo, pero no tenía  
la menor intención de levantarme,  
lo único que rondaba en mi cabeza  
era  
aquella,  
frase...  
que  
la  
contratara, ¿hablaría en sentido  
figurado? O efectivamente era una  
chica de compañía, y si así fuera  
qué tipo de trato, solo acompañaba  
a comidas y cenas o también se  
acostaba con ellos. Loco, esa era la  
palabra que describía como me  
sentía en ese instante, no podía  
dejar de pensar en ella, en  
conversaciones, cuando acudíamos  
al local, entiendo que practique  
relaciones  
abiertas  
con

otras

personas, y yo también lo hago

cojones, pero no... no vendo mi

cuerpo, eso es demasiado para mí.

He estado con muchas prostitutas,

a veces sin saberlo pero cuando

terminaba me pedían dinero y las

trataba

como

cualquieras,

no

concebía la idea de que ella fuera

así, no. Por más que debatía

interiormente no quería creer que

fuera verdad, ella tenía el carácter

fuerte, pero le encantaba que la

mimaran, sentir que la persona con

la que se acostaba le dedicara algo

más que un simple polvo, por ello la

mayoría

de

las

veces

debía

terminar las sesiones con ella.

—Jason nos vamos a casa, vente

colega.

—No.

—Haber recuerdas el día que yo me

enteré de un secreto, y se cayó el

mundo a mis pies. ¿Quién me

ayudó a ver tras el hormigón

derribado? —lo miré atento y sabía

que tenía razón yo le ayudé cuando

él tuvo problemas y se separó de

Abi. — Levántate o te llevo a

rastras.

—Voy —suspíré resignado mientras

observaba el desorden de mi mesa.

Bajamos a la puerta y estaba J el

chofer de Mike esperándonos, me monté y vi a Abi con una botella de vino y tres copas en la mano. Pero yo no estaba para juegos, solo quería irme a casa solo, llamarla y que me explicara, o no, no sé si quería saber la verdad, si volvería a mirarla con los mismos ojos.

Me llevé la mano al pelo, estaba nervioso, y ambos me conocían muy bien. Por suerte no dijeron nada, simplemente se limitaron a beber ellos, mientras ella le explicaba cómo habían ido las reuniones fuera de la oficina.

Yo cogí mi teléfono móvil y miré la pantalla, no tenía ninguna llamada perdida, ni mensaje, pero era normal por el día apenas nos hablábamos. Nuestros mensajes se limitaban a encuentros esporádicos, menos los fines de semana que quedábamos para ir a los partidos de béisbol y solíamos reservar hoteles para pasarlo bien, sin preocupaciones.

Pero en ese instante tenía la pantalla frente a mí gritándome que le escribiera, simplemente un “¿Qué tal te va el día?” pero decliné la idea, mis mensajes solían ser un “te espero en treinta minutos” miré por la ventanilla, y veía las personas caminando relajadas, otras

nerviosas por llegar tarde al destino, pero para mí se había parado el tiempo, y en el fondo no sabía porque. En otro momento de mi vida o con otra chica, seguro que estaría riéndome, incluso burlándome de ella, pero con ella no soy capaz de hacerlo, es una amiga y le tengo demasiado aprecio.

—Ya llegamos, Jason ¿estás bien?

—Si

Abi

genial—.

No

logré

convencerla ya que me miró esperando que le dijera la verdad y no la evasiva que acaba de soltar.

—Cariño ha tenido un mal día.

—¿Vosotros dos os pensáis que soy tonta? Os conozco muy bien y sé que pasa algo.

—Subimos y te cuenta Jason —me miró con cara de debes contárselo.

Y en el fondo Abi era su amiga, seguro que sabía algo o decirme cómo

actuar

con

ella,

o

simplemente decirme que me había vuelto loco.

Entramos en su casa y fuimos al salón, Mike sirvió una copa a cada uno y ella esperó impaciente a que comenzara a hablar.

—¿Abi sabes a que se dedica

Hanna?

—¿Aún no lo sabes? Joder con

Romeo, pensé que al menos

preguntabas un poco, y más con

ella que parecéis novios.

—Pues no pregunto y no, no es mi

novia.

—Cariño un poco de tacto, es algo

delicado.

— ¡Me estáis asustando que ocurre!

—nos miró preocupada y tras un

silencio de ambos arrancó a hablar

—Solo sé que tras tener problemas

en su trabajo cuando la conocí,

encontró un empleo en una

boutique de lencería. El sueldo no

es una maravilla, pero puede vivir

—comencé a hilar cabos en ese

instante,

había

cambiado

sus

prendas

interiores

hacia

unos

meses, ahora las llevaba más sexis

y atrevidas, y por la apariencia eran

buenas. ¿Joder no las robará

también? Esa idea se pasó un

segundo por mi cabeza pero obligué

a mi mente a obviarla.

—¡Jason habla de una vez!

—Estábamos

comiendo

este

mediodía y la hemos visto en un

restaurante, no parecía ni ella, al

principio ni la reconocí, iba con un

tío, un capullo que le he partido la cara...

—¿Qué has hecho que...!?!— se tapó la boca con las manos perpleja.

—Espera, déjame terminar—asintió y pude explicarle todo—, aproveché un momento que ella fue al baño para hablar con ese tipo y me dijo que si quería una igual que la contratara, pero que era cara —sus ojos se abrieron como platos, a la vez que abría la boca de sorpresa, sin duda por su reacción ella tampoco sabía nada.

—Estás insinuando que ella...

—No tengo la menor idea pero eso parece, o al menos es la impresión que nos ha dado a los dos.

—¿Pero ella te ha visto?

—No, me ha sacado de allí antes de que saliera del baño —miré a Mike agradeciéndole el acto que había tenido conmigo.

—No era momento de peleas.

—Pero... es que no puedo creerme que Hanna sea eso, una mujer de compañía... seguro que no tiene nada que ver y habéis entendido mal, o simplemente ese tío por querer fanfarronear ha mentido.

—No entiendo nada, prefiero pensar que nada de esto ha ocurrido.

—A todo esto cuál es el gran problema, me dices que no es tu novia, no sabes ni donde trabaja, pero te importa que sea eso... ¿por qué?

—Joder Abi de verdad me lo estás preguntando, es denigrante

—No es plato de buen gusto enterarse que tu amiga especial, por llamarla de alguna manera es eso, pero es una persona y creo que merece la oportunidad de explicarse. Habla con ella, os lleváis bien seguro que te explica que ocurre.

—No sé ni cómo preguntarle, no sé cómo reaccionará.

—Tío soy tu amigo desde pequeño, y normalmente no te hubiera importado que fuera prostituta, o cualquier otra profesión, ¿por qué le das tanta importancia? es que acaso... ¿te has enamorado de ella?

Lo miré enfadado como podía decir eso, y o no me dejaba enamorar tan fácilmente, y menos reconocerlo de buenas a primeras. Pero no lo estaba,

como

iba

a

estar

enamorado de ella, veía a otras mujeres y no me importaba mantener relaciones, mientras ella obviamente también las mantenía.

—No, paso de esas tonterías.

—Déjame que lo dude, es la primera vez que te veo así por una tía.

—Porque es mi amiga, si fuera Abi a la que hubiéramos visto, pensaría lo mismo.

—¿Seguro?

—Claro, lo mejor es que me vaya a casa, gracias por estar ahí... los dos.

—Jason no te vayas —me agarró

Abi del brazo, le di un apretón en la mano y le acaricié la mejilla.

—Necesito estar solo.

—Estamos aquí, llámanos y vamos donde haga falta.

—Sobran las palabras, estamos para lo que necesites.

—Lo sé.

Le di un beso en la mejilla a ella, mientras me abrazaba, y éste me dijo que me llevaba hasta mi coche ya que se había quedado en la oficina. Pero preferí irme solo.

Después de insistir y conseguir que no viniera que necesitaba pensar, accedió a que me acercara J, idea de ella, y yo me sentí aliviado.

Justo en la puerta me esperaba de brazos cruzados, me abrió la puerta del todoterreno y me senté a su lado. El trayecto fue corto, lo único que hice fue apoyar mi codo en la ventanilla y dejar mi cabeza caer hacia el asiento y mirar a través del cristal,

nada

en

concreto,

simplemente la mirada perdida mientras recordaba las palabras de Abi, y valorar la opción de hablar con ella, ¿pero cómo? La llamo, me presento en su casa, negaba con la cabeza, no era la mejor opción.

J detuvo el coche frente al parking de la oficina y tras darle las gracias entré en el edificio en dirección al ascensor, el vigilante me saludó nada más acceder al hall al

reconocerme.

Esperé

que

se

abrieran las puertas mientras veía

mi silueta reflejada en el frío

aluminio. Miré el reloj de pulsera y

suspiré al ver la hora, pero justo

cuando escuché el sonido de las

puertas, el que me indicaba que ya

se abrían me quedé petrificado.

Mis ojos no daban crédito a lo que

estaba delante de mí sonriéndome,

como si me conociera, como si me

estuviera buscando... La rubia del

viernes la que después vi con Mike,

sus ojos no se apartaban de los

míos.

Pero debía entrar y actuar como si

nada, justo cuando me apoyé en

uno de los laterales observé que

mantenía pulsado el botón del

subterráneo, íbamos en la misma

dirección. Me crucé de brazos y

comenzamos a descender. Sus pies

se movían, estaba nerviosa, no

había duda. Podía dedicarme a

psicólogo cuando la profesión de

arquitecto no funcionara.

La observaba de soslayo, ésta a su

vez miraba su teléfono, me miraba,

buscaba algo en el bolso, volvía a

mirar el teléfono, estaba inquieta,

puede que se sintiera observada,

pero era mi propósito sin duda

alguna. El sonido que avisa que las

puertas se abrían la sobresaltó.

Sonreí y ella se ruborizó, pero obvié

su tez colorada y como buen galán

estiré mi brazo invitándole a salir

primero, pero lo que no me  
esperaba fue, que sus dedos  
rozaran mi mano, y depositara en  
ella un papel mientras salía a toda  
prisa del ascensor.

Miré el papel y leí:

“CLAUDIA 778-99-0, te espero en  
media hora. 9ª Avenue 18”

Escuché el motor de un coche, y  
cuando salí vi cómo se alejaba,  
subía la rampa y desaparecía de mi  
vista. Sin duda lo que buscaba en el  
ascensor era un papel para poder  
darme la nota, la metí en el bolsillo  
del pantalón y me fui hasta mi  
coche. Tras dos sonidos estaba  
abierto y listo para ir a casa.

Aceleré y recorrí el mismo camino  
que ella había hecho segundos  
antes, pero en ese instante lo único  
que me apetecía era dar un paseo,  
y refrescar mi mente, así que  
mantuve el rumbo hacia el norte,  
calle tras calle, giro tras giro, me  
alejaba de mi dirección, de mi  
refugio, pero por una jodida razón  
no dejaba de pensar en ella, en  
Hanna. Solo necesitaba una cosa, y  
era la verdad, saber si realmente lo  
era, desde cuándo, si era por  
diversión...

¡Maldita

sea!

una

pregunta no, muchas me azotan en  
este instante, pero la única que me  
puede sacar de dudas es ella.

Debía haber esperado a que saliera  
del baño, enfrentarme a la verdad,  
saber que era yo exactamente para

ella, aunque qué es exactamente para mí, no, esa pregunta ya tenía respuesta, solo una amiga, estar con Mike y Abi me ha había confundido

yo no estaba enamorado de ella, no voy a discutir que me atrae, que en la cama es la mujer que mejor me lo ha hecho pasar, pero de ahí a estar enamorado obviamente no.

Continuaba conduciendo sin un rumbo definido, dejando que el aire que topara contra mi rostro me enfriara y pudiera pensar en claro, pero aún no era suficiente, aceleré la marcha, me acomodé en el asiento y noté que algo caía. Miré y era el papel de la guapa rubia, recordé su nombre Claudia. Era muy bonito, igual que ella, era preciosa, desde el primer día que la vi dentro de su coche atrapada al igual que yo por el tráfico de Manhattan, me llamó la atención.

Pero Hanna regresaba a mis pensamientos, me llevé una mano a la sien y apreté intentando que desapareciera. La recordé con aquél vestido tan elegante, e imaginé como aquél cabrón se lo estaría quitando, como la besaría, le lamería, al igual que hacía yo, mientras inhalaba su olor a coco, mi puño se tensó y dio un golpe al volante. No podía continuar así, me iba a volver loco, tenía la solución entre mis dedos, sin duda la que

siempre utilizaba, y era la más simple. Claudia conseguiría que me olvidara de ella al menos durante un rato, volví a mirar la dirección, y miré por el retrovisor que no viniera ningún conductor así que con un giro brusco al volante, cambié el rumbo y me dirigí hacia dónde indicaba aquél jodido papel.

En apenas quince minutos estaba en la avenida, pero ahora solo debía encontrar una cosa, su número, reduje la velocidad y mirando los números que pasaban por delante de mí, algo me llamó la atención, algo que no esperaba, ese abrigo... era ella, era su abrigo negro acolchado, vi que giraba en un cruce hacia un callejón, me puse nervioso, sabía que aquella melena, aquél abrigo y el movimiento de su cuerpo al andar, no podía ser otra, debía alcanzarla. Había un lugar libre y no lo dudé un instante, aparqué y salí corriendo en su dirección, y a no estaba en aquélla calle estrecha y oscura, caminé deprisa para intentar localizarla y lo logré, la vi girando hacia la derecha a toda prisa.

No sé si me habría visto y huía de mí o es que le esperaba alguien, aceleré el ritmo casi corriendo hasta que logré llegar a su espalda, le agarré el brazo y la obligué a detenerse.

—Suéltame o te vuelo los ojos.

—Joder, no por favor, pensé que eras otra mujer.

—Esa excusa ya la conozco jodido

cabrón, suéltame —.Rápidamente solté su brazo y retrocedí, era casi igual que ella, pero más mayor, podría ser su madre, sino fuera por ese vocabulario que Hanna por suerte no utilizaba.

—Disculpa ha sido un error.

—He estado a punto de perfumarte los ojos, y de explotarte las pelotas de una patada, antes de parar a nadie comprueba que sea la mujer a la que buscas y más por estos callejones.

—Perdone.

—No te preocupes muchacho, y perdona mi poca delicadeza, pero yo tampoco estoy acostumbrada a estas calles, y me he asustado.

Escucharla en un tono relajado, y con aquella educación eso sí que fue una sorpresa, pero salió corriendo y se metió en una puerta, había un tío enorme en ella vestido de negro, y decidí que lo mejor era volver al coche.

Mi excursión por los callejones por hoy se había terminado. Cuando llegué al coche, sonreí al ver el número que había justo delante, el dieciocho, aquella casa de fachada antigua era donde vivía aquella chica, sin duda no era de las mejores de la calle, aunque viendo lo que había escondido justo detrás era una maravilla de hogar.

Dudé en subir los escalones que me separaban, pero lo que tenía claro era a quién debía quitarme de la cabeza. Los subí inseguro, algo me decía que no entrara, que no era la

solución, pero siempre había sido efectiva, mientras estuviera con ella no pensaría en nada más que en sexo, eso me ayudaría.

Coloqué uno de mis dedos en el timbre pero no lo presioné, lo miré mientras pasaba las manos por la cabeza, me sentía nervioso, me di la vuelta y vi mi coche. Volví a mirar hacia la puerta.

—¿Joder maldita sea, que diantres hago?

Volví al coche a toda prisa y lo puse en marcha para alejarme lo antes posible, miré en mi bolsillo y vi la nota, estaba arrugada, pero se leía perfectamente, se arrugó al quedar oprimida en mi puño cerrado. Cerré los ojos una décima de segundo mientras la lanzaba, dejando que volara por la fuerza del aire. No había duda que solo había una solución y era saber la verdad.

Aceleré y me dirigí hasta su casa, necesitaba saberlo, y si realmente ella era mi amiga seguro que me aclararía todo. Estaba nervioso, angustiado necesitaba llegar ya.

Volví a pisar un poco más el pedal de aceleración cuando unas luces me sorprendieron, miré el cuentakilómetros e iba más rápido de lo permitido, disminuí la velocidad y me detuve a un lado de la calzada.

—Buenas noches puede salir del vehículo.

—Buenas noches—. Retiré las llaves del contacto, mientras frotaba mi rostro con las manos. Me bajé y esperé que el agente me multara,

era obvio lo que iba a suceder.

—Ha sobrepasado el límite de velocidad, ¿Es consciente?

—No me di ni cuenta, ruego me disculpe, estaré más atento.

—Joven usted es de bien, solo hay que verle, pero he de multarle.

—No se preocupe hágalo he cometido una infracción y asumo las consecuencias.

—No le voy hacer prueba de alcoholemia,

porque

no

tiene

síntomas, así que espere un

segundo y vuelvo.

Fue hasta el coche, habló por radio y comenzó a rellenar la sanción, sin duda no era mi día, ni había sido mi fin de semana. Al instante apareció con el papel entre sus manos y me permitió reanudar la marcha. Pero esta vez a una velocidad lenta, no quería más problemas.

Apagué el motor del coche y miré hacia su puerta ya había llegado, pero continuaba sentado en el asiento reflexionando, si había actuado bien presentándome o no.

Miré mi teléfono móvil y busqué su nombre, tenía el dedo sobre la tecla de llamar, y presioné, pero ni un tono de llamada, el buzón de voz me informaba de que el teléfono estaba

apagado

o

fuera

de

cobertura, lo lancé al asiento de al lado, y salí para llamar a su puerta. Salté los tres escalones que me llevaban directo y pulsé el timbre, pero nadie abría, ni se sentía movimiento alguno dentro de la casa, volví a presionar manteniendo unos segundos, provocando un gran estruendo. Pero nada, no estaba en casa, o no quería abrir. Me senté en el escalón sin saber qué hacer, irme a casa, esperar un rato... tras unos minutos en los que nadie aparecía decidí dirigirme a casa.

Estaba en la cama tumbado, pero el sueño no aparecía, no había forma de dormir, sin duda no haberla visto me había desquiciado, la intriga aún era mayor, no sabía si realmente continuaba con ese bastardo, o en su casa, o simplemente cenando con una amiga.

Pero no iba volver a llamar, miré la hora y eran las cuatro de la mañana, di un salto de la cama nervioso, y me dirigí al ordenador, lo arranqué mientras me acomodaba en la silla y vi la notificación de la multa. Abrí el navegador y entré en la web que me indicaban, puse mi número de

tarjeta y dos cientos dólares

desaparecían de mi cuenta por capullo.

Permanecí en el buscador sin saber qué hacer, hasta que puse las palabras claves en la barra de búsqueda

“comprar lencería

Manhattan” una serie de enlaces aparecían, un sinfín de marcas, pero no tenía ni la menor idea en la que ella trabajaba, intenté recordar lo que ponía en la etiqueta pero nada. Lo único que mi mente pudo tramar fue un encuentro casual, era lo más conveniente así poder justificar mi presencia sin aviso.

Cogí el teléfono móvil y escribí un mensaje.

“Nunca te he pedido un favor de este tipo, pero no he logrado hablar con ella, ni por teléfono, ni en su casa. Necesito mañana el día libre, compensaré las horas, no te preocupes por ello. Jason”

Para mi sorpresa al instante sonó un pitido que me anunciaba la entrada de un mensaje, este hombre o no dormía, o vivía con el móvil en la mano. Lo abrí y lo leí.

“No te preocupes, habla con ella, tómate el tiempo que necesites.

Pero acepta el consejo de un amigo, antes de hablar se sincero contigo mismo, reflexiona que es ella para ti, independientemente de la relación que tenéis, el corazón manda amigo.”

Leí tres veces el mensaje, sin duda

era una amigo de verdad y sus

palabras

conseguían

que

reflexionara, que valorara, y me

animaba

a

idear

algo

para

conseguir verla.

Así que no lo dudé seguí tecleando

palabras sin sentido en el buscador,

palabra, tras palabra, hasta su

nombre hasta que una idea vino a

mi mente, una muy buena y que

era infalible, era la única para

descubrir la verdad.

Tras media hora buscando en

internet y ver la luz, me acosté y

me puse el despertador a las cinco

de la mañana, apenas dormiría

pero no me importaba lo más

mínimo.

## **CAPÍTULO 7**

Estoy saliendo del parking de mi

padre con su todoterreno negro, se

lo he cambiado por mi descapotable

rojo, necesito discreción para mi

plan, son las cinco de la mañana y

he de ponerme en marcha lo antes

posible, hoy tengo un fin, y es

hablar con ella sea como sea.

Arranco el motor y tomo rumbo a su

casa,

imagino

que

estará

durmiendo, pero en cuanto salga

por la puerta saldré del coche y no

tendrá más remedio que toparse conmigo. Ese es mi plan, para él he pedido el día libre en el trabajo, me he puesto tejanos y mi camiseta negra, hasta una gorra llevo como si fuera hacer de espía, pero haré lo que haga falta para que me diga qué demonios ocurre. Por qué accede... y desde cuándo lo hace, hoy necesitaba respuesta a cada una de las preguntas.

Encendí el reproductor de música, y un cd de country sonó a través de los altavoces, la quité rápidamente, como podía escuchar mi padre esas canciones. Encendí la radio y bailé al ritmo de la canción que sonaba, un rap, me acompañó todo el camino.

Por fin aparqué delante de su puerta, más bien en la acera de enfrente; había comprado un café en una cafetería que vi de camino y lo tomé mientras no quitaba el ojo de su casa. Era muy temprano apenas las seis de la mañana, trabajaba en una boutique y no sabía cuál podía ser su horario, pero no me iba a mover de allí.

La luz de su casa se encendió, era su habitación, estaba allí y saber que la iba a ver consiguió que por un momento se me acelerara el corazón. Pensé en llamar al timbre, en entrar, pero no debía ser paciente, y mantenerme firme en el plan ideado. Volví a mirar el reloj y eran las ocho de la mañana, había pasado una hora y ni me había dado cuenta. Miré a su puerta como

si algo me avisara de que estuviera atento, y así fue esta se abrió, y la vi. Iba vestida con un pantalón de pinza negro y una camisa clara, sin duda era ropa de trabajo. Cuando cerró la puerta caminó muy deprisa, pero me quedé paralizado en el asiento, no me vi capaz de salir y decirle nada, no sé porque pero mi cuerpo se congeló. Así que opté por el plan número dos, la seguiría sin que me viera.

Encendí el motor y lentamente fui avanzando, vi como entraba en una cafetería y se compraba un café, dio un sorbo y su cara saboreándolo me hizo sonreír, pero algo la alertó y puso cara de preocupación. Sacó el teléfono y miró la hora de su reloj de muñeca, tras hablar unos minutos; podía intuir por sus gestos que lo hacía con tono malhumorado, colgó y lanzó el café a una basura, apenas habría bebido dos sorbos de este, así que sin duda, algo no iba bien.

Cambió la dirección y pidió un taxi, seguí dos coches atrás al conductor del taxi, no sabía hacia donde se dirigía pero se alejaba de la zona centro donde se encontraban las boutiques, se dirigía a un barrio donde había demasiada delincuencia.

Vi que el intermitente se encendía e indicaba que se iba a detener, paré unos metros atrás y vi que se bajaba para entrar en una puerta, un bar de mala muerte, viejo y por lo poco que se veía desde fuera lleno de borrachos. Pero lo que me dejó atónito es que desde mi posición veía las dos puertas del bar, y la vi aparecer por la lateral. Salió muy segura de sí misma, mirando hacia su izquierda. Desde dónde me encontraba vi cómo se acercaba lentamente un coche, se paró justo delante de ella y bajó un tío, gordo y enjoyado en oro que la miraba como si la quisiera devorar. Ella le dijo algo y tras él aparecieron dos hombres más. Me puse en tensión, en qué demonios estaba metida esta mujer. Le entregó un sobre, y este negó con la cabeza, algo no le parecía bien, pero ella no se amedrentó, le gritó e incluso hizo un amago de dirigirse hacia él para golpearlo, pero antes de que pudiera reaccionar los dos hombres que lo acompañaban la cogieron y atraparon contra la pared. Ya no pude resistirlo más, de un acelerón metí el todoterreno en el callejón y todos se giraron hacia mí, pero los cristales estaban tintados y no sabían quién era, cogí de la guantera la pistola de mi padre, y abrí la puertas.

—Suéltala o te vuelo los sesos.

—¿Qué haces aquí?! —no podía creer que yo estuviera allí, estaba paralizada.

—Te has traído a un machito,  
morena. Dile a tu padre que nos  
volveremos a ver —la soltaron y  
ésta se puso a llorar.

—¡Sube al coche ya! —seguía  
apuntándole en la cabeza con el  
arma, me miraban, esperaban que  
me  
amilanara,  
pero  
estaba  
demasiado furioso como para que  
lo consiguieran.

Ella se metió en el coche y fui  
retrocediendo hasta sentarme con  
ella, puse la palanca de mando en  
retroceso y marcha atrás a toda  
velocidad salimos del lugar. No  
dejaba de llorar, y no sabía que  
decirle, más bien no entendía lo  
que estaba ocurriendo.

—¿Me puedes llevar al centro? Es  
casi la hora de entrar al trabajo.

—Llama y di que estás enferma,  
creo que tienes problemas y hoy los  
vamos a solucionar.

—Jason,

si  
me  
ausento  
me

despedirán, y necesito el trabajo.

—Lo justificarás, no te preocupes.

Su teléfono comenzó a sonar y miró  
la pantalla. Un sollozo salió de su  
garganta, antes de contestar.

—Dime...no —un segundo sollozo  
junto a un sinfín de lágrimas no  
paraban mientras oía a la persona  
que le hablaba a través del teléfono

—No lo sé, no sé qué más puedo hacer...te llamo más tarde, ahora no puedo hablar... yo te quiero más —y terminó la llamada, pero con quién diablos hablaba, jamás la había escuchado mencionar la palabra te quiero y sonaba tan dulce de su voz, pero hacia quién.

Continué conduciendo en dirección al lago, a la casa de mis padres no había nadie y allí podríamos hablar con tranquilidad, ella seguía nerviosa inmersa en sus

pensamientos, pero debía avisar de que se ausentaría en el trabajo.

—Llama, tienes que avisar ya.

—¿Y qué excusa pongo?

—Dile que te duele la barriga, que tienes un virus, qué más da.

—Me pedirán justificante.

—Por eso no te preocupes, es fácil de solucionar.

Cogió el teléfono, y tras insistir consiguió que le contestaran, pidió hablar con su responsable y tras decirle que no sabía que le ocurría pero tenía la tripa revuelta, le dijo que no podría ir. Colgó y suspiró aliviada, sonreí al sentir que ella estaba más tranquila. Presioné el manos libres y llamé a mi doctor, era un centro privado y sabía que nos haría un justificante sin ningún problema.

Hablé con él y tras decirle que una amiga necesitaba un justificante accedió sin preguntar, le pedí que le diera sus datos que apuntó al instante y ya teníamos uno de los problemas solucionados.

—Descansa un poco tardaremos en llegar.

Asintió sonriente mientras apoyaba su rostro en su brazo y cerró los ojos. Tenía ojeras como si no hubiera dormido nada, el color junto al hinchazón de éstas

hablaban por si solas. No sé en qué clase de líos estaba metida, pero no tenía intención de que lo viviera sola, ni hablar, iba a ayudarla todo lo que pudiera, podía contar conmigo.

Ví a lo lejos la casa y le puse una mano sobre el muslo y le dije que se fuera despertando, que habíamos llegado.

Se había dormido por completo, sus manos frotaron sus ojos mientras arqueaba la espalda para desperezarse.

—Que casa más bonita.  
—Es de mis padres aquí estaremos tranquilos.

Aparqué justo en la puerta y

entramos, estaban los muebles  
cubiertos por telas de color blancas  
que fui retirando una a una  
mientras con la mano airaba el  
polvo que se levantaba sobre estas.  
Sin dudarle un segundo me ayudó y  
conseguimos que la casa cobrara  
vida, pero lo único que tenía en  
mente era saber que diantres  
ocurría. Le ofrecí un vaso de agua;  
ya que no había nada más, que  
aceptó gustosamente, le pedí salir  
a la terraza y nos sentamos en la  
mesa exterior desde la cual  
podíamos ver el lago.

—¿Me vas a contar que ha sucedido  
hoy?

—Siento que hayas tenido que  
verlo, ¿pero qué hacías allí?

—Pasaba, te vi por casualidad —  
mentí no podía decirle que estaba  
siguiéndola desde las siete de la  
mañana, se pensaría que se me ha  
ido la cabeza, así que lo mejor era  
obviar esa parte—. Confía en mí no  
te preocupes por nada, te ayudaré  
en todo lo que pueda.

—Es muy complicado...

—Tenemos todo el día —la miré  
fijamente, mientras ella mantenía  
la  
mirada  
perdida,  
estaba  
meditando como contármelo, o  
simplemente armándose de valor  
para explicarse.

— Mi padre siempre le ha gustado  
apostar, ha participado en timbas  
infinidad de veces, pero esta vez ha

llegado

demasiado

lejos... Mis

padres están a punto de arruinarse

y debe dinero a personas muy...

malas personas, capaces de hacer

cualquier

locura

con

tal

de

recuperar su dinero.

—¿Pero debe mucho?—asintió con

la cabeza mientras las lágrimas

comenzaban a caer sin cesar —¿Por

eso estabas allí?

—Me ha llamado mi madre cuando

me dirigía al trabajo, y me ha

rogado que les llevara un dinero,

pero al llegar el muy cabrón me ha

dicho que la deuda se había

duplicado,

que

había

llegado

demasiado tarde.

—¡Son unos desgraciados! ¿Debe

solo a uno o a varios?

—Hasta ayer a varios, pero he ido

consiguiendo el dinero como he

podido para ir pagando las deudas.

Y solo queda el malnacido de hoy y

me ha dicho que en cuarenta y

ocho horas paguemos o sino...—un

nudo en la garganta se le hizo, que

no pudo ni balbucear las palabras,

sus manos temblaban no dejaba de

moverlas.

—¿Hanna que ocurrirá?

—Dice que nos matará uno a uno

hasta que paguemos.

—Eso no va a ocurrir...

—Tú no sabes quién es ese hombre

—no me dejó terminar la frase, y

por su tono lo temía, me partía el

alma saber que tenía miedo, estaba

aterrorizada.

Ni lo pensé la agarré del brazo y la

senté sobre mí y la abracé, sin duda

era lo que necesitaba, no opuso

resistencia incluso se acomodó

sobre mi hombro.

Odiaba que tuviera que pasar por

una situación tan difícil como la que

estaba viviendo. Pero ahora podía

hilar todo gracias a lo que sabía y

podía llegar a entender lo que vi el

día anterior, llevaba días pagando

deudas y con su trabajo de

dependienta era imposible, por ello

estaba

acompañando

a

aquel

malnacido

seguramente

para

pagarlas todas, pero porque no nos

explicó nada, yo tenía algún ahorro

podría haber evitado algo.

—Ayer comí con Mike y te vimos en

un restaurante, intuyo que así has

pagado las deudas.

—Ssss...si —apenas siseo

—No tienes que avergonzarte por

nada, si estuviera en tu situación

habría hecho lo mismo.

—Gracias a él, he podido pagar la

mayor parte de las deudas, solo me

ha pedido que lo acompañe, nada

más. No soy capaz de tener relaciones por dinero, espero que no lo hayas dudado.

—La verdad es que no sabía que pensar, y Abi fue la primera que me dijo que hablara contigo que tú me lo explicarías. Pero por que no nos has pedido dinero, yo no tengo mucho pero sabes que Mike y Abi sí.

—Se me cae la cara de vergüenza solo contándote que ocurre... como os voy a pedir dinero, no podría miraros a la cara más.

—Joder Hanna para eso están los amigos, y sabes que si necesitas algo voy a estar.

—Pero no para pedir dinero.

—Cuanto debe, dime la verdad —no respondía, estaba callada, pero estaba bajo amenaza de muerte, necesitaba ayudarle de alguna forma —.Contesta, por favor.

—Pues ahora mismo más de ciento cincuenta mil dólares.

—Joder tu padre, ¿y saben cómo has conseguido el dinero?

—No, mi madre me mataría por haberlo hecho y mi padre sería un motivo para hundirse más, está muy deprimido esto le ha venido grande.

—Tu padre necesita ayuda, Abi colabora en el hospital, seguro que te puede asesorar. Ha de superar este bache, y a sabes lo que sucedió con su padre así que ellos te pueden aconsejar más que nadie.

—Ahora solo he de pensar en una solución,

tengo

poco

tiempo.

Seguro que si quedo una vez más con él y le pido más dinero accede.

—No por favor, déjame ayudarte pero sin venderte, no puedo dejar que lo hagas, solo pensarlo me dan ganas de matarlo.

—¡Necesito el dinero!

—De otra forma.

—Pues no sé cuál.

—Hay que buscarla, ahora no pienses más.

—Eso sí que es imposible, necesito

llamar

a

mi

madre,

estará

preocupada apenas le he explicado lo ocurrido.

—Te espero aquí, ve dónde necesites.

Entró en el interior y yo me puse de pie, me apoyé en la baranda y le di un puñetazo soltando la rabia que había controlado mientras hablaba con ella. Sabía que lo que necesitaba era hablar y no perder la calma. Me ponía en su lugar y si a mi familia la amenazaran haría cualquier cosa por ellos.

Pero ciento cincuenta mil dólares era mucho dinero, yo tenía apenas diez mil dólares ahorrados no tenía nada más, y a Mike no quería pedirle a menos que fuera la única opción, así que debía pensar y rápido.

Se me ocurrió una solución Robert el abogado de Mike era uno de mis mejores amigos, y seguro que sabía cómo conseguir el dinero, lo había visto conseguir cosas peores. Saqué el teléfono de mi bolsillo, y escribí un mensaje.

“Necesito que me asesores, más bien que me ayudes, cómo puedo conseguir ciento cincuenta mil dólares de la forma más rápida, en menos de cuarenta y ocho horas.”

No me dio tiempo a guardar el teléfono cuando un mensaje sonó, miré la pantalla y lo leí.

“¡Joder Jason qué ocurre! Pues ahora mismo no lo sé he de mirarlo, pero la única opción es vender algún bien material, tienes uno y ese se vendería rápido, pero ya sabes que es uno de tus sueños, no creo que ni te lo plantees, déjame barajar más opciones. Pero como amigo si sucede algo grave, no dudes en llamarme, te puedo dejar algo de dinero.”

“No, solo mírame la opción más rápida, sea cual sea la valoraré, no te preocupes a mí no me sucede nada, pero necesito ese dinero para algo, no te puedo contar más.”

No quería dar explicaciones, y era lo mejor. Yo sabía cuál era la forma de conseguir el dinero rápido, con una llamada lo tendría, pero esperaba que me informara de otra opción y no esa. Llevaba muchos años manteniendo una ilusión, y me dolería tener que olvidarme de ella.

Pero si llegara el caso no la

descartaba.

Apareció en la terraza y su rostro  
había cambiado un poco, estaba  
más relajada y me sonreía desde la  
puerta.

—¿Mejor? Que ha dicho tu madre.

—Están desesperados... no sé cómo  
vamos a salir de esta—. Sus ojos se  
cubrieron de lágrimas de nuevo. Me  
levanté y agarré su barbilla entre  
mis manos, tenía ganas de besarle,  
de decirle que todo se iba a  
solucionar. Pero las palabras no me  
salían.

—Me vas a llamar loca, pero  
necesito relajarme, y ya sabes que  
es lo único que consigue evadirme  
del mundo.

—¿Ahora?—le miré con mirada  
ladina sabiendo que necesitaba,  
pero dudando sobre si era el mejor  
momento.

—No preguntes, no sueles hacerlo,  
deseo a tu tiburón.

—Joder con Abi y sus nombrecitos.

—No te preocupes a mí me  
encanta, es el que consigue los  
mejores orgasmos, tenga el nombre  
que tenga.

Sus manos se colaron bajo la  
camiseta, sus dedos acariciaban  
mis  
abdominales

y  
subían  
peligrosamente a mis pezones.

Joder me estaba poniendo muy  
cachondo. Mi pene estaba pidiendo  
que lo liberara, y sus manos lo  
debieron de oír, ya que lo liberaron

mientras se dejó caer sobre las  
rodillas, me miró y solo ver sus  
labios dispuestos a entregarme  
placer me volvía loco, me nublaba  
la razón.

—Siento todo lo que has vivido hoy,  
pero te voy a compensar.

—No vuelvas a repetir eso, no  
quiero compensa de ninguna clase,  
quiero seguir disfrutando del sexo  
como hasta ahora, con libertad y  
sin pensar en nada más —le dije  
serio mientras mis manos la  
levantaban del suelo y la subía  
hasta mi cadera. La senté sobre la  
mesa y desabroché su pantalón

—La que necesita relajarse eres tú,  
así que hazlo.

Asintió mientras, me deshice de  
toda su ropa y le abrí los muslos  
para ver su sexo; era uno de los  
mejores que había visto jamás. Me  
recibía de una forma tan especial  
que me volvía loco, mis dedos  
acariciaron sus labios mientras su  
espalda se arqueaba para sentirlos  
más cerca, mi lengua los lamió casi  
colándose en su interior, un gemido  
me indicó que le estaba gustando, y  
mi intención era que disfrutara del  
sexo y que no pensara en nada  
más.

Mientras

mis

labios

lamían,

succionaban y mordían su sexo, mis

dedos acariciaban en forma de

círculos su clitoris arrancándole

gemidos

guturales

que

me

excitaban aún más, deseaba sentir

su orgasmo y poder continuar.

Aceleré

el

ritmo

de

mis

movimientos, mientras intentaba

retenerla para que no se moviera y

disfrutara al máximo del placer que

le estaba regalando. Movimiento

tras otro, gemidos y un sinfín de

caricias consiguieron que llegara al

clímax.

Aquél era el instante, le abrí lo

muslos, y de una sola estocada le

embestí, su sexo estaba tan

sensible del orgasmo que acababa

de tener que no pudo reprimir un

grito, fuerte y desgarrador. La miré

y sonreí, sin duda era la mujer más

fogosa que había conocido, y con la

que más cosas había compartido. Si

ahora me preguntaran de nuevo

que siento por ella, creo que lo

único que podría decir es qué no

siento por esta mujer.

Continuamos acelerando el ritmo,

mientras el dedo de ella se

acariciaba, se preparaba, ella sabía

lo que me gustaba y me lo

entregaba en cada una de las

sesiones que vivíamos. Su ano

estaba preparado y ella se dio la

vuelta apoyando sus codos dejando

sus nalgas a mi altura para que

pudiera disfrutarlas, y era en lo

único que estaba pensando en

adentrarme en ellas hasta el

interior.

—Joder me falta algo.

—No traigo el kit, pero por favor

continua.

—No

voy

a

parar

no

te

preocupesss...

Sentía que llegaba, no sé cuánto

podría aguantar, pero necesitaba

intensificar su placer para terminar

a la vez, mis dedos masajeban su

clítoris, sin tregua. Sus jadeos eran

más intensos, mas sentidos, hasta

que nuestros cuerpos se deshicieron

en el clímax.

Permanecimos estirados sobre la

fría mesa de madera unos instantes

mientras ambos recobrábamos el

aliento y nuestras miradas no se

separaron en ningún instante.

Sus ojos enrojecieron en segundos

y se inundaron en lágrimas, era

obvio que nada podría conseguir

que

olvidara

lo

que

estaba

ocurriendo en esos momentos, ni

un polvo, era imposible que dejara

de pensar en ello.

Retiré sus lágrimas con uno de mis

dedos, y le besé la punta de la

nariz. Pasó su mano intentando

desaparecer cualquier ápice de  
lágrima que pudiera permanecer en  
su rostro. Disimulando que no  
pasaba nada, pero a mí ya no me  
podía mentir, sabía que sentía en  
esos momentos.

Me puse en pie para colocarme el  
pantalón, y cuando ella iba a hacer  
lo mismo la cogí en brazos,  
pillándola por sorpresa. Se agarró a  
mi hombro para no caer, la tenía  
bien agarrada para caminar y  
llevarla dentro de casa.

La dejé sobre el sillón y me tumbé  
a su lado, sin decir nada. Las  
palabras  
sobraban  
en  
ese  
momento.

Abrí un ojo y había anochecido;  
habíamos comido lo que pedimos  
telefónicamente y no dejamos de  
hablar de todo y de nada. Hasta  
que cansados del día a media tarde  
caímos rendidos.

Estábamos tumbados sobre la  
mullida alfombra que había delante  
de la chimenea; esta estaba  
encendida y la luz de las llamas  
iluminaban  
su  
rostro,  
estaba  
profundamente dormida. Cogí de  
encima del sillón una manta y le  
tapé un poco, para que no cogiera  
frío.

Le acaricié el cabello mientras no  
dejaba de pensar que era preciosa,

nunca me había sentido así por ninguna mujer y ahora entendí lo que le sucedía a mi amigo Mike, verla sufrir había conseguido despertar unos sentimientos que no sé si sería capaz de expresar.

**CAPÍTULO 8**

Al día siguiente desperté cansado apenas he podido dormir, cuando se despertó ya bien entrada la noche, estuvimos hablando sobre el problema de su padre y yo me comprometí a buscar un lugar para que le ayudaran, después acudimos al centro médico y recogimos el justificante que había pedido por la mañana y me pidió que la acercara a casa de sus padres. No lo dudé un instante, la dejé con ellos y me dirigí a mi casa, más preocupado de lo que nunca había estado.

Pero cuando llegué no sabía qué hacer, lo único que pensaba era como obtener el dinero, y como ayudarles.

Miré la hora y era muy pronto, no más de dos horas había dormido pero estaba tan nervioso que decidí ir a la oficina, eran horas intempestivas pero no habría nadie que pudiera molestarme y allí continuar buscando en internet.

Cogí el coche de mi padre y manejé hasta llegar, como preveía era el único en la oficina, el agente de seguridad me miró extrañado, pero tras saludarlo fui directo a mi mesa y me estiré sobre la silla mientras el ordenador arrancaba.

Abrí el buscador de internet y miré posibilidades de buscar dinero rápido, pero no encontraba nada fiable, así que decidí recuperar el trabajo que ayer no pude realizar. Después hablaría con Abi ella sería la que me asesoraría, en el hospital seguro que han tratado algún caso similar.

Los trabajadores comenzaban a llegar, me saludaban mientras yo seguía inmerso en planos y nuevos diseños, tenía demasiado trabajo, no podía entender como la ausencia de un día acumulaba el trabajo de aquella forma, daba la impresión de que no hubiera ido en meses. Así que continué consiguiendo evadirme de los problemas que me rodeaban, hasta que una voz irrumpió la concentración.

—Jason, te estoy hablando.

—Perdona, estaba concentrado.

—Vamos a desayunar tengo dos horas libres.

—Como se nota que eres la jefa.

—Algún beneficio he de tener de vez en cuando, así que levanta el culo y vamos.

—A sus órdenes.

Cogí el teléfono y mi cartera,

caminé en dirección a la cafetería que había justo en la planta pero cuando pasaba por delante del ascensor, me cogió del brazo para que entrara en él. Le pregunté si íbamos fuera y asintió sonriendo. Cuando pasamos por la puerta giratoria recordé el primer día que la vi, se dio un golpe increíble e intentamos ayudarla pero solo tuvo ojos para Mike al igual que él, aquellos dos sí que podían decir que fue amor a primera vista.

Entramos en una cafetería cercana y pedí al camarero lo que ambos desayunaríamos y nos sentamos esperando que nos lo sirvieran

—Continuamos esperando que nos llames

—me

recriminó

muy

enfadada,

esperando

una

justificación

por

no

haberles

explicado nada. Tenía toda la razón

de estar molesta y sabía que se

habrían preocupado por mí.

—Perdonad ayer fue un día muy

largo.

—¿La pudiste ver, sabes algo?

—Sí, su padre tiene problemas con

el juego y deben dinero, por eso

ella iba con aquél hombre para

conseguir dinero para pagar las

deudas. Pero ahora lo que más me

preocupa es saber cómo ayudar a su padre.

En la primera que pensé fue en ti, en si en el hospital hay algún grupo, o centro que puedan tratar el problema.

—En el Hospital directamente no, pero si hay un centro, son profesionales de categoría pero no es barato.

—Me importa poco el precio, yo solo quiero que ella sea feliz.

—Si quieres nos podemos acercar un momento, nos da tiempo—miró el reloj y me animó a salir hacia allí.

—En serio, sería fantástico Pedí que nos prepararan los cafés para llevar mientras Abi llamaba a J para que nos acercara, y así fue en pocos minutos estábamos en la recepción esperando.

Una joven salió y la saludó muy amigablemente mientras yo leía unos periódicos, sin duda los habían elegido a conciencia, porque la mayoría de ellos, trataban ese problema con normalidad, creando un rayo de esperanza al que lo leyera. Hasta yo llegué a pensar que era fácil, tal y como leía en los artículos de las personas que relataban como lo habían superado.

—Podéis pasar —le dijo la joven.

Me levanté y las seguí hasta una consulta, no había duda de que era psicóloga

—Gracias por atendernos sin hora.

—No necesitas una cita, faltaría más, nos conocemos hace mucho.

Pero explicarme exactamente que sucede, para poder aconsejaros.

Abi me miró, ella no quería explicar nada, prefería que lo hiciera yo, ella simplemente me sonrió y esperó a que comenzara a hablar.

—Tengo una amiga que su padre tiene problemas de juego, por lo que me ha explicado comenzó por pequeñas apuestas, pero ahora está metido en grandes problemas de dinero, y con personas nada aconsejables. Ella está reuniendo el dinero que puede para saldarlas, pero no es suficiente.

—¿Los han amenazado de alguna forma?

—Sí, ayer les dieron cuarenta y ocho horas, si no pagaban los matarían.

—¿Habéis ido a la policía?

—Creo que no, no me ha dicho nada, pero dudo que se lo hayan planteado, están demasiados preocupados en pagar la deuda para ver más allá.

—En el caso del pago, tienen dos opciones, pagar y saldar la deuda por norma general una vez saldada ya quedarán zanjados los problemas con ellos, o llamar a la policía, en principio yo he de recomendarlo, pero sé que no es la solución, muchas familias han sido asesinadas por elegir esta opción.

¿Tu amiga puede conseguir ese dinero?

—Tanto

no,

pero

yo

estoy

intentando conseguirlo, espero una llamada que lo corrobore. Pero ella no lo sabe y no sé si se lo voy a decir.

—¿Jason cuánto dinero es?—Abi preguntó preocupada al haber escuchado todo lo que le explicaba a su amiga.

—Ciento cincuenta mil dólares.

—Y de dónde los vas a sacar... yo puedo...

—No, ni hablar yo lo solucionaré — no le dejé terminar la frase, era lo último que les podía pedir.

—Yo en ese tema no quiero meterme, pero si vosotros sois sus amigos y podéis prestárselo le estáis salvando la vida, sé muy bien cómo actúan esos seres, por llamarlos de algún modo, ya que no merecen ser ni mencionados. Ahora vamos a ocuparnos del principal problema, la adicción al juego y no solo ello, la falta de control de ésta que es el gran problema. ¿Su padre es consciente de que tiene un problema?

—Por lo que ayer me contó a comenzado a darse cuenta a raíz de esta situación, y ver a su familia en peligro, me explicó que está hundido.

—Eso

es

buena

señal,

el

arrepentimiento es nuestra baza.

¿Crees que será capaz de dar el

paso?

—No lo sé.

—Para conseguir que él venga hay

que dar en un punto sensible, o

creerá que no necesita venir, que

nunca más va a jugar y no lo hará

durante un tiempo, hasta que se

vea en la necesidad, y a que no hay

que olvidar que estamos hablando

de una enfermedad.

—Lo sé...

—Abi tu padre vino y ha sido capaz

de retomar su vida, pero hay

muchos que si no acuden jamás

cambiaran, y os aseguro que son

personas

majísimas,

que

no

merecen muchas de las cosas que

les suceden, por ello es muy

importante que asista.

—Hablaré con ella e intentaré que

así sea.

—Si tenéis cualquier duda llamarme

al móvil sea la hora que sea —me

entregó una tarjeta y la guardé en

la cartera para no perderla.

—Muchas gracias por su ayuda.

—No debéis de dármelas es mi

trabajo.

Me dio la mano y Abi le dio dos

besos mientras nos acompañaba a

la puerta. Salimos y me sentía

nervioso, no había duda que necesitaba encontrar el dinero y ya, no había tiempo ella misma me lo había advertido, cumplirían su amenaza, y juro que si le pasa algo a Hanna no sé que soy capaz de hacer.

J nos esperaba en la puerta, nada más vernos nos abrió la puerta y nos sentamos en la parte posterior de la limusina mientras no dejaba de frotarme la sien, pero el sonido de mi teléfono me alertó y respondí al instante. Era Robert y por su voz mis temores se hacían realidad, no había otra forma, el resto requerían tiempo, pero no lo tenía, le pedí que lo vendiera, que necesitaba el dinero en efectivo ese mismo día que por favor me lo trajera a la oficina.

—Jason espera, y o te lo puedo dejar —.Negué con la cabeza y le pedí silencio, no podía aceptarlo. Tenía algo con lo que poder conseguirlo y por ella era capaz de desprenderme de ello.

Terminé la llamada, y apoyé la cabeza sobre el respaldo, estaba abatido, pero era la decisión más importante que había tomado en muchos años.

—Vamos a la oficina, tengo mucho trabajo.

—Jason

si

necesitas

evadirte

puedes ir a casa.

—No, es lo que no quiero, después

de trabajar zanjaré este tema. Pero  
por favor no le digas a Hanna nada,  
no quiero que se entere que lo he  
pagado yo y menos con qué.

—No

me

pidas

eso,

se

lo

importante que es para ti.

—Solo es algo material.

—Pero...

—Pero nada Abi, te lo estoy

pidiendo por favor

—De acuerdo.

Regresamos a la oficina, y me senté

en mi mesa para continuar con el

trabajo

hasta

que

Robert

apareciera, el cabrón se había

salido con la suya y había

conseguido que se lo vendiera,

mejor seguía trabajando porque si

pensaba enfurecería.

—¿Puedes venir a mi despacho? —

escuché de fondo y al mirar hacia

delante, Mike me estaba indicando

que le acompañara. Cuando entré

en la sala de reuniones había varios

compañeros de las diferentes áreas

sentados. Me senté en una de las

sillas vacías, y permanecí callado,

atento a lo que Mike comenzaba a

explicar a todos.

Sin duda los cambios en la empresa

comenzaban a notarse, nos estaba

explicando que íbamos a ver

movimientos de personal, sobre todo nuevas incorporaciones, pero nos explicó que era debido a un crecimiento de clientes, que era muy positivo para todos pero que nos exigía la misma o más profesionalidad que hasta ahora. Y el cambio más importante es que se iban a crear grupos de trabajo en los que se iban a nombrar responsables y éstos serían los encargados de distribuir las diferentes obras, ya que él directamente ni con la ayuda de Abi, les era posible.

El murmullo entre la mayoría era sonoro en varias ocasiones, pidió silencio pero la alegría de saber que la empresa crecía animaba al personal a seguir trabajando.

Cuando salimos de la reunión vi que Robert estaba esperándome en mi mesa, me dirigí rápidamente a él, cuando un brazo me paró.

—Acabo de hablar con Abi no tienes que hacerlo, ahora mismo te puedo dar el dinero —su mirada me pedía que lo aceptara y sabía que lo hacía de corazón.

—Gracias Mike pero ya está hecho.

—Joder Jason, te dije que me pidieras lo que necesitaras.

—Lo sé pero...

—Los dos sois mis amigos, y a no es  
ayudarte a ti, sino a ella.

—Lo sé, pero ya lo he hecho no hay  
vuelta atrás.

Le di un golpe en la espalda  
demostrándole

mi

gratitud

y

continué caminando hasta llegar a

Robert, que me esperaba con un

maletín y unos papeles entre sus

manos. Le saludé y le pedí silencio,

no tenía ganas de dar más

explicaciones, firmé los papeles y

me entregó el maletín.

Tenía que cerrar asuntos con Mike y

se fue hacia su despacho. Yo miré

la hora, y era mediodía, estaba

nervioso así que lo mejor era

terminar con esto de una vez y por

fin poder respirar tranquilo.

Sabía lo que tenía que hacer, solo

debía de asegurarme que Hanna no

estaba en casa de sus padres,

busqué su teléfono y marqué,

esperé un tono, dos...

—Dime —siseó.

—¿Estás bien?—estoy trabajando

no puedo hablar.

—A qué hora terminas, he de hablar

contigo.

—Hasta las ocho...

—Te paso a recoger.

—Vale, te he de dejar después nos

vemos.

Colgué el teléfono y tenía tiempo

suficiente para hacer lo que tenía

en mente, cogí el maletín y tras

decirle a Blanca que debía salir a

una reunión, me fui. Aarranqué el todoterreno de mi padre que aún no le había devuelto y encaucé la marcha.

Aparqué justo en la puerta de la casa de los padres de Hanna y me armé de valor para llamar a su puerta, sentí que estaban detrás de ésta, pero dudaban si abrir, ya que no me conocían.

—Soy Jason el amigo de Hanna,  
—En ese instante la puerta se abrió y me quedé petrificado al ver aquella mujer era la misma que vi cuando creí que era Hanna y claro que me recordó a ella, era su madre, sin duda alguna al verla tan cerca y saber quién es no hay duda.

— ¿Tú?

—Hola —sonreí sin saber que decir.

—Pasa hijo no te quedes ahí.

Entré en la casa y su padre estaba sentado en una de las butacas, estaba mirando al vacío, sin moverse, obviamente estaba muy nervioso.

—Hanna no está.

—Lo sé, por eso he venido.

—No te entiendo.

—No quiero que ella se entere de nada, tengo el dinero que necesitan para solucionar esto...

—No por favor, como vamos aceptarlo.

—No tienen opción, no quiero que le pase nada a su hija, y a ustedes tampoco obviamente, piensen que es un préstamo y cuando les vayan las cosas bien ya me lo devolverán.

Su padre se puso de pie y comenzó

a caminar, mientras se llevaba las manos a la boca, lo evitaba pero no pudo resistirse y comenzó a llorar. Entre sollozos, se deshizo en un segundo, su mujer le abrazó y ambos lloraron, la tensión entre aquellas paredes era obvia.

—Mi hija está haciendo horas para poder pagarlo —apenas balbuceó.

—No, su hija en la tienda le aseguro que no consigue ese dinero.

—Pero ya le han pagado mucho —replicó su madre con los ojos fijos en mí. Me froté la frente y no pude seguir callándome, debían saberlo, era la única forma de que vieran la gravedad y lo aceptaran.

—Por favor es suyo el dinero.

—No joven lo aceptaremos cuando nos cuentes todo lo que sabes, ¿Cómo ha conseguido mi hija el dinero?

—No importa...

—¡Sí importa! —sin duda su madre era la que tenía el valor, su grito me sorprendió.

—A... acompañado a hombres a cenas, para conseguir el dinero, por eso estoy aquí para que no tenga la necesidad de continuar haciéndolo, no quiero que vuelva hacer nada por dinero jamás.

Las lágrimas de la madre inundaron su rostro, y miró a su marido destrozada, incrédula de lo que acababa de descubrir, pero era la verdad

y

tenían

que

ser

conscientes.

—Mi hija...

—Ya está hecho pero ayúdenme a

que no se repita. Joder he

conseguido todo el dinero que

necesitan para que puedan seguir

con sus vidas. No sé qué más puedo

hacer.

—Pero...

—Pero nada, cojan el dinero por

favor.

La madre afirmó con la cabeza

entre lloros y me pidió que me

sentara en el sillón y me trajo un

vaso de agua, sin duda lo agradecí,

tenía la garganta seca. Tener que

enfrentarme a sus padres en un

momento tan duro como el que

estaban viviendo me hería el alma.

Permanecimos sentados sin hablar,

su madre ya se había calmado,

pero en silencio seguía negando, la

noticia de lo que había hecho su

hija por ellos, la había destrozado.

—Solo le pido una cosa a cambio

del dinero —me dirigí a su padre

que me miró cubierto en lágrimas, y

destrozado.

Sus

ojos

tristes,

demostraban lo culpable que se

sentía por todo lo que estaba

ocurriendo, era el momento de

jugar con su sensibilidad, este era

el momento que la psicóloga me

comentó

y

no

lo

iba

a

desaprovechar.

—Tengo una amiga que trabaja en un centro que ayudan a personas con el mismo problema que usted, yo les entrego mi dinero, pero a cambio prométame que va a acudir, va a pedir ayuda, y va a hacer todo lo posible por comenzar de cero y tener una vida normal. Que su mujer y su hija se sientan orgullosas. Porque ninguna de ellas se merece lo que han pasado, y usted es el único que puede evitarlo, pero para ello le van ayudar. Dígame que va a ir.

—Iré... no pienso consentir que mi hija vuelva a...

—No lo piense más, solo mire por el futuro de su familia.

—Hijo...—no logró terminar la frase su madre, simplemente me abrazó y no pude decir nada, la rodeé con mis

brazos

y

dejé

que

se

tranquilizara

apoyada

en

mi

hombro.

Así

estuvimos

unos

minutos

mientras su padre lloraba, y lloraba  
desconsoladamente hasta que la  
mujer con mucho valor le dijo que  
tenían que entregarlo cuanto antes,  
que  
debían

terminar

con

la

pesadilla que estaban viviendo.

Su padre asintió y me pidió que les  
acompañara,

acepté

y

nos

montamos en mi coche, él me fue

guiando hasta llegar al mismo

callejón en el que vi a Hanna

acorralada

por

aquél

cabrón.

Paramos en él y su padre hizo una

llamada. Esperamos dentro del

coche hasta que vimos aparecer el

jaguar delante de nosotros. Abrí la

guantera y saqué la pistola,

comprobé que estuviera cargada,

bajo la atenta mirada de su madre.

—No se preocupe no pienso usarla,

al menos que corramos peligro.

—Santo dios bendito, espero que no

la tengas que usar.

—Permanezca en el coche y o le

acompañaré —ella asintió y abrí la

puerta del todoterreno y salimos los

dos hacia el jaguar.

Ni se dignó en bajar, abrió la

ventanilla y tras una carcajada se

burló de él, pero yo le corté al

instante, no iba a consentir sus

desprecios, ni vejaciones.

—Coge el puto dinero y desaparece.

—Vaya guardaespaldas os habéis

buscado tú y tu bombón de hija.

—Hijo de puta...

—No merece la pena, dale el

maletín y terminemos con esto —

pero la rabia le invadía, así que le

cogí el maletín y se lo lancé encima

cayendo en sus piernas, mientras le

obligaba a dirigirse al coche y poder

irnos.

—Cuando quieras estás invitado a

una mano, en nuestra mesa de

juego no existe el rencor.

—Hijo de puta.

—Desagradecido.

—Cállate la puñetera boca de una

vez.

Conseguí meter al padre de Hanna

en el coche y aceleré marcha atrás

y de una sola maniobra cambié la

dirección y conduje hasta regresar a

la casa de ellos. El camino fue en

silencio, fruto de la paz que habían

conseguido al saber que todo había

terminado, pero en el fondo los dos

se sentían avergonzados por haber

aceptado mi dinero. Así que no iba

a incomodar de ningún modo, me

paré frente a su puerta y esperé

que bajaran.

—Hijo no sé si eres el novio de mi

hija, pero tiene mucha suerte de

tenerte en su vida.

—Esta noche le daré una tarjeta a

su hija, espero que no me defraude

y acuda al centro, le están

esperando.

—Te prometo que iré, mi familia no va a volver a pasar por esto.

—Gracias.

Me despedí con la mano, y tomé rumbo a la tienda de Hanna, no había comido pero había quedado con ella e iba a ir a buscarla, aún tenía que hablar muchas cosas, aunque omitiría lo ocurrido esta tarde.

## **CAPÍTULO 9**

Estoy cansada mis ojos quieren abrirse, pero no pueden, se cierran sin poder controlarlos. Escucho el agua de la ducha, y recuerdo lo que sucedió ayer y no puedo evitar sonreír, este hombre es único, y estoy a punto de perder la cabeza por él, pero me estoy controlando si no pasaría el resto de las noches en su cama.

Mi mente se traslada al día anterior cuando salí de la boutique y estaba esperándome dentro del todo terreno, mis compañeras comenzaron a preguntar quién era, y no dude en decirles que era mi amigo. Pero no solo es mi amigo para mi es alguien muy especial, hace meses que ha conseguido ganarse un hueco en mi corazón, es un fanfarrón, un egocéntrico, y a veces puede ser muy frío, pero he llegado a conocerlo un poco más, y es muy atento y ardiente. Hacía tiempo que no estaba a gusto con ningún hombre como cuando estoy

con él.

El sexo es increíble, y anoche lo fue, necesitaba evadirme del mundo, de los problemas que tengo en casa, y le pedí ir al local. Pero primero me llevo a cenar, decía que sexo sin comida en el estómago no era bueno, y vaya si comió parecía que no lo había hecho en todo el día, me llevó a un italiano y todo estaba delicioso, jugamos con la comida, e incluso mi pie jugueteón jugó con su entrepierna bajo su atenta mirada. Cuando entramos al local él eligió una pareja, y sin duda un acierto, disfruté como una loca, ese hombre me hizo lo que muchos no se atrevían. Pero lo que más me excitaba es el sentido de posesión que se ha instado entre nosotros, su mirada me devoraba, y yo no podía hacer más que regalarle mi excitación.

Escucho un golpe y mi mente vuelve al presente, y el miedo recorre mi cuerpo, hoy es el día y no he conseguido el dinero, el bastardo no me llama, y necesito dinero. Miro el reloj y son las siete de la mañana, un escalofrío recorre mi cuerpo, temo que vengan a por mí, o que suene el teléfono para decirme que mi padre o mi madre ha fallecido, no soy capaz de enfrentarme a algo así. Por más que lo pienso no sé cómo mi padre ha sido capaz de jugar tanto dinero,

el que no tiene. Un brinco doy  
cuando oigo que suena mi teléfono,  
miro la pantalla y no quiero cogerlo,  
temo escuchar algo que no quiero  
oír.

—Hola hija.

—Dime papá —siseé temerosa.

—Ya está solucionado...

—¿Qué ya está que... como lo has  
solucionado? dime y no quiero  
mentiras, más no.

—Un amigo me ha dejado el dinero,  
se lo devolveré cuando pueda, pero  
no tiene prisa.

—Joder papá, ¿en serio?

—Sí, ya lo he pagado y nos dejaran  
vivir tranquilos.

Me dejé caer sobre la cama,  
mientras un suspiro desde mi  
interior dejó salir el nerviosismo, la  
ansiedad e incluso desesperación  
de días atrás. No podía creer que  
todo hubiera terminado. Por fin  
podría mandar a la mierda al  
baboso ese, ya no necesitaba su  
dinero, no quería verlo en la vida.

—Papá ayer me dieron la dirección  
de una...

—Iré, como tienes cuatro horas  
para comer hoy, si te parece bien,  
vamos los tres juntos.

—¿De verdad vas a ir?

—Hija, ya es hora de que solucione  
esta situación, no quiero que vol...  
vá...is. —comenzó a llorar a través  
de la línea telefónica.

—Papá gracias, ya verás como todo  
sale bien, llora todo lo que  
necesites para levantarte con más  
fuerzas.

—Lo haré. Te recogemos a la una.

—Perfecto.

Colgué el teléfono y me sentí feliz,  
por fin había terminado todo, por  
fin podía salir a la calle sin sentirme  
perseguida, amenazada. Me levanté  
de la cama y me fui hacia el baño,  
al entrar lo vi con la toalla enrollada  
a las caderas mostrando su figura;  
era perfecta como la estatua de  
David, y en ese instante era solo  
para mí, me miró a través del  
espejo, aun con el cabello revuelto  
y me lancé sobre él. Perdió el  
equilibrio y topó contra la pared,  
pero  
sus  
fuertes  
brazos  
me  
agarraron para que no cayera. Y le  
besé, le devoré los labios, como  
nunca antes hacía pero estaba  
eufórica,  
y  
él  
me  
recibió  
gustosamente, seguía mi ritmo  
frenético. Podía sentir su erección a  
través de la toalla negra, se la  
desabroché y le guie hasta el  
interior de la ducha una vez más.  
Abrió el agua y cayó sobre nuestras  
cabezas, sus dedos apartaron los  
cabellos que se habían quedado  
pegados a mi rostro y me besó, y  
como lo hizo, sabía lo que hacía.  
Sus manos se posaron sobre mis  
pechos mientras su dedo índice se

centraba en mis pezones, los  
acariciaba, apretaba y estiraba  
consiguiendo endurecerlos, hasta  
que su lengua lo atrapó. No pude  
retener un gemido, pero no más  
fuerte que el jadeo que se me  
escapó al sentir su otra mano en mi  
sexo. Mi estómago comenzó a  
encogerse, su contacto me llenaba  
en todos los aspectos y deseaba  
tenerlo dentro de mí, bajé la mano  
hasta atrapar su miembro que  
preparé hasta tenerlo como quería  
e introducirlo en mi sexo. Sus  
dientes se clavaron en mi clavícula  
intensificando las embestidas, una  
de mis piernas se enrolló en su  
muslo. La profundidad era mayor y  
el placer crecía, ambos estábamos  
absortos en él, lo único que  
podíamos mencionar eran gemidos  
y  
balbucear  
alguna  
palabra  
mientras  
nuestros  
cuerpos  
se  
contoneaban uno contra el otro. No  
podía pensar en nada, solo sentía  
que mi estómago y mi sexo  
anunciaban que estaba a punto de  
llegar, y así fue, unos leves  
espasmos le informaron de lo que  
estaba sucediendo, él aceleró los  
movimientos y consiguió provocar  
el  
suyo  
quedándonos

ambos

apoyados sobre la fría baldosa,

intentando recobrar el aliento.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar a mi lado estos días, me

acaban de decir que todo ha

terminado.

—Me

alegro,

sabía

que

se

solucionaría.

—No puedo creerlo, un amigo de mi

padre le ha dejado el dinero. Te lo

puedes creer, aún existen buenas

personas.

—Siempre hay personas dispuestas

a ayudar a sus amigos.

—Mi vida comienza de nuevo, y con

una perspectiva diferente. Mi padre

ha accedido a ir al centro, este

mismo mediodía iremos.

—Seguro que es un buen hombre, y

ha recapacitado.

—No sabes lo feliz que estoy.

—Lo sé —me besó y me abrazó,

dejando que nuestros cuerpos se

unieran en uno. Permanecimos

abrazados y besándonos mientras

el torrente de agua caía sobre

nuestros hombros.

Hacía mucho tiempo que no me

sentía tan a gusto con un hombre, y

nunca pensé que nuestra relación

abierta conseguiría una conexión

tan grande, la pena que él no

quisiera llegar a más. Fue lo único

que me dejó claro desde un

principio y yo lo acepté, así que no iba a intentar cambiar nada, prefería continuar como estábamos en este mismo instante, que sentir que se alejara de mi lado.

Terminamos de vestirnos, y me acercó a la boutique, cuando llegué mis compañeras vieron que me acompañaba entraron sonrientes.

—Llámame y me cuentas como le ha ido a tu padre.

—Gracias por todo lo que has hecho, nunca podré agradecértelo lo suficiente.

—Solo quiero verte feliz, esa es la mejor forma de agradecerlo.

—Te he dicho alguna vez que eres el mejor.

—No, pero ya lo sabía.

—Joder Jason no cambiarás nunca.

—No, para qué, me gusta como soy.

—Me voy a trabajar —le guiñé un ojo y abrí la puerta del coche cuando su mano atrapó mi brazo y al girarme para ver que necesitaba, sus labios atraparon los míos. No podía creer que me estuviera besando de aquella forma, lo único que fui capaz de hacer fue responderle.

Me bajé del coche y mi estómago sentía mariposas, me temblaban las manos, pero no quería girarme.

Sabía que me estaba observando y no iba a parecer una tonta enamorada, no, eso sería lo último que el querría ver.

Entré en la boutique y estaban esperándome, todas habían visto el

beso, y tras oír burlas, envidias, y

gritos

varios

comenzamos

a

trabajar. Por suerte no paramos en

toda la mañana y sin darme cuenta

la una del mediodía llegó antes de

lo que esperaba.

Mis padres me esperaban en la

puerta dentro del coche, y o cogí

mis cosas y tras despedirme de mis

compañeras, salí hacia ellos. Me

monté y le di un abrazo a mi

madre, las lágrimas de los tres

comenzaron y no cesaron, éramos

una familia que siempre habíamos

permanecido unidos y el cariño se

olía en el ambien

arrancó el coche y se dirigió a la

dirección que le indiqué.

Aparcamos en un garaje contiguo, y

tras observar la fachada, y ver

cómo mi padre permanecía inmóvil

ante la puerta, mi madre y yo le

agarramos cada una de un brazo y

le dimos un beso en la mejilla, para

darle toda la fuerza que necesitaba

en aquél momento.

Cuando entramos a recepción sentí

la paz que transmitía el lugar, salió

una joven que al vernos nos

preguntó el nombre, al decirle el

mío rápidamente nos hizo pasar a

una sala. Nos ofreció un café y

esperamos a que ella comenzara a

hablar.

—Bueno veo que están felices,

primero de todo quería darte las

gracias por venir, este paso es el

más importante y que lo hayas  
dado tan rápido, nos ayudará a  
solucionar este problema. No va a  
ser fácil, pero aquí aprenderás a  
obviar la necesidad de jugar,  
siempre te apoyaremos e incluso  
tenemos un teléfono en el que solo  
llamando acudiremos dónde haga  
falta. Todo ello para que no volváis  
a caer, y tengas un vida normal,  
con tu familia. Lo primero que harás  
será ser oyente, no te pedimos que  
te abras a nosotros el primer día,  
solo cuándo tú seas capaz de  
hacerlo por ti solo. Quieres decir  
algo o prefieres que te enseñe las  
instalaciones.

—Solo quería agradeceros que me  
hayáis permitido asistir.

—Nuestras puertas están abiertas,  
y más siendo amigos de Abi, es una  
gran amiga.

—Si desde que la conocí siempre ha  
estado a mi lado.

—¿Por cierto las deudas están  
saldadas? Es muy importante ya  
que la presión de estas juega a  
nuestro favor o en contra.

—Ya está todo solucionado.

—Veo que al final tu amigo ha  
conseguido el dinero, le importas  
mucho lo decía su mirada al  
intentar buscar soluciones a vuestro  
problema.

—Él no ha pagado la deuda —  
contesté confusa, no entendía que  
tenía que ver Jason.

—¿No?

me

dijo

que

estaba

solucionado, disculpa si me he

confundido y he dicho algo que no

era cierto.

—No se preocupe, efectivamente lo

ha conseguido y nos ha ayudado —

interrumpió mi madre sin querer

mirarme a la cara.

—Pues ahora solo queda lo tedioso,

luchar día a día. Si me acompañáis

os nuestro el lugar.

Asintieron y agarré a mi madre por

el brazo y le hice una pregunta muy

directa,

mientras

la

miraba

fulminándola. Ella me conocía sabía

que no me podía mentir o no se lo

perdonaría en la vida.

—Hija Jason vino a casa con el

dinero, y nos iban a matar, como

iba a decirle que no.

—Mamá yo lo hubiera conseguido.

—¿Cómo? No queremos ni tu padre

ni yo que sigas obteniendo dinero

de esa forma. Ni Jason, por ello nos

lo ofreció para que no tuvieras que

verte obligada.

—Maldito, como me ha podido

hacer esto.

—Hija no te enfades...

—Cállate mamá, quédate con papá

he de ir a un sitio.

—Él no tiene la culpa de nada, solo

nos ha ayudado.

Me di la vuelta y salí a la calle, no

podía creer lo que acaba de

averiguar. No solo había pagado los

ciento cincuenta mil dólares sino  
que le había dicho a mis padres que  
había aceptado dinero por ser  
mujer de compañía, pero quién era  
él para decir algo así.

Vi un taxi y lo paré, no iba a  
callarme... o no, iba a oír cada una  
de mis palabras. Pedí que me  
llevara a la oficina.

Subí en el ascensor muy enfadada,  
molesta, pero sobretodo dolida con  
él. Llegué a recepción y le pedí a la  
chica que llamara a Jason, esta me  
dijo que me sentara, y eso hice. Me  
senté mientras mis pies no dejaban  
de moverse, miraba a mi alrededor  
y a quién pasaba por delante de mí,  
pero lo único que quería era ver su  
cara y poder reprocharle lo que  
sentía en ese instante.

La puerta del ascensor se abrió, y  
aparecieron Mike y Abi vinieron  
saludarme, y me preguntaron qué  
hacía allí pero no me dio tiempo a  
contestar cuando lo vi, mi mirada lo  
fulminó y él lo sintió ya que sus  
pasos se ralentizaron hasta llegar a  
mí y le pregunté un por qué.

—Chicos por favor, entrar en la sala  
de  
reuniones  
y  
hablar  
tranquilamente.

—Gracias Abi —Mike pidió a Blanca  
que nadie entrara en la sala, y me  
hizo pasar. Estaba con los brazos en  
jarra, y muy enfadada. Caminé  
hasta la ventana y miré por ella  
mientras él cerraba la puerta y

caminaba hasta mí.

—¿Qué sucede?

—Dímelo tú.

—Qué quieres que te diga.

—Primero porque le has dicho a mis

padres como he conseguido el

dinero y segundo porque has

pagado la deuda, te dije que me

dejaras solucionarlo a mí. Pero

claro te sobra el dinero y como no,

no vas a darle tu limosna a unos

imbéciles desesperados, y encima si

después te la puedes follar mejor

que mejor.

—No sabes lo que estás diciendo...

—Oh si lo sé, no puedo creer que

me hayas hecho esto, como me van

a mirar mis padres sabiendo que

yo... joder como has podido —mis

lágrimas comenzaron a caer y sé

que me dijo algo, pero ni lo oí. Salí

corriendo como alma que lleva al

diablo, hui por las escaleras. No sé

ni

cuantos

pisos

bajé,

solo

escuchaba mi nombre de fondo,

intentaba que parara pero no quise,

me sentía traicionada.

Cuando llegué a la calle paré para

dar una bocanada de aire y

continué caminando lo más rápido

que pude. Llegué a la boutique, y le

pedí a mi responsable que si podía

encargarme de la trastienda, que

no tenía un buen día y no quería

atender al público, pero no solo

eso, si alguien venía a buscarme

que dijera que no estaba.

Pasé toda la tarde en la parte

trasera

entre

lloros,

mientras

etiquetaba prendas de ropa interior,

las alarmaba y preparaba en las

perchas, mi compañera entró para

avisarme de que Jason había ido,

que le habían dicho que no había

vuelto de la comida y se marchó.

Me dijo que estaba nervioso, y su

cara de dolor al saber que no

estaba les había impactado a todas,

pero no le creía, era un tío que

sabía ganarse a las mujeres. Yo no

era tan tonta como muchas de las

que le iban detrás, y yo no era así.

Continué trabajando pero mi estado

había cambiado ya no lloraba,

ahora había pasado a la siguiente

fase, la más agresiva, la pistola de

etiquetaje era mi arma y las

etiquetas golpe tras golpe se iban

colocando en el lugar correcto.

Prenda tras prenda volaba hacia el

carro,

no

tenía

cuidado

de

estropearlas. Después las coloqué

en la percha hasta que oí a mi

compañera decirme que estaba su

coche en la puerta, miré la hora y

estábamos a punto de salir, no

tenía la menor intención de verlo

así que salí por la puerta trasera, y

fui a casa. Me cambié de ropa sin

hablar a mis padres, y me fui a

correr.

Era

mi

forma

de

descargar

adrenalina, así que paso tras paso

cada uno de ellos más rápido llegué

hasta el Central Park, y comencé a

hacer footing, el aire enfriaba mi

rostro, era una noche fría pero

perfecta para desconectar.

—Hanna

espera

debo

hablar

contigo —me giré sorprendida y vi a

Abi venir lo más rápido que podía

detrás de mí.

—Abi déjame no intentes justificarlo

es tu amigo.

—No voy a justificarlo solo quiero

que sepas una cosa.

—No necesito saber nada, para

saber que el cretino me ha

traicionado, me la ha jugado, y yo

no soy ninguna de las putas que se

tira cada noche.

Un empujón me lanzó sobre el

césped dejándome helada, nunca

había visto a Abi agredir a alguien,

me senté y la miré anonadada.

—Lo siento pero me vas a oír y

después haz lo que te dé la gana.

Jason fue uno de los que más me

ayudó a mí con Mike, y ahora él es

el que está mal y no pienso

callarme.

—¿Te piensas que Jason es rico y

tiene ese dinero en el banco y te lo  
ha regalado como si nada?

—No lo sé supongo que sí.

—Mike y yo si tenemos ese dinero,  
pero no lo aceptó, él ha hecho un  
esfuerzo para conseguirlo, y no  
sabes cuánto.

—No me cuentes que ahora el niño  
caprichoso

que

tiene

un

descapotable y lo que le da la gana,  
no tiene dinero.

—Estás muy confundida, si tiene  
ahorros, y por eso es caprichoso,  
pero trabaja mucho, y te aseguro  
que no tenía esa cantidad tan  
grande disponible.

—¿Y de dónde lo ha sacado tan  
rápido?

—Me importa un pepino si se  
enfada por decírtelo, pero lo pienso  
hacer, porque Jason no es lo que tú  
crees ahora mismo. El dinero lo ha  
sacado tras vender una parcela de  
su familia, de su abuelo, un imbécil  
lleva años tras ella, y no accedió a  
venderla nunca. Antes de morir su  
abuelo le prometió que sería el  
hogar para él y su futura mujer. Tú  
no lo has visto desesperado por  
tener que venderla y no encontrar  
otra solución pero lo ha hecho por  
ti, porque aunque no lo reconozca  
te quiere más de lo que él cree. Así  
que no vuelvas a decir que te da su  
limosna, porque no es así.

—¿Pero por qué lo ha hecho? —se  
me saltaron las lágrimas mientras

no podía creer lo que estaba

oyendo

—Joder Hanna me dicen que van a

matar a Mike o a su familia y te

aseguro que vendo hasta la última

propiedad que tenga. Le importas

mucho y saber que estabas en

peligro no le ha dejado vivir

durante dos días. Y si le ha dicho a

tu padre lo que has hecho por ellos,

fue para conseguir que accediera a

ir al centro, y creo que ha sido

efectivo. Ahora recapacita, y valora

si realmente vale la pena tenerlo a

tu lado. Soy tu amiga pero también

la suya y no me gustaría que por

tercos seáis unos infelices de por

vida.

—Abi...

—No quiero que me digas nada, yo

solo quería que supieras la verdad

porque él no te la hubiera contado.

Me espera Mike en casa.

Comenzó a correr y desapareció

dejándome aturdida, y sin saber ni

qué decir ni qué hacer. Jason había

vendido un terreno de su abuelo

por mí, por mi familia, y yo le había

dicho todo eso. Ahora me sentía

peor que nunca, como no había

podido ver eso.

Permanecí inmóvil sentada en el

césped hasta que sentí que me

estaba helando. Me puse de pie y

comencé a correr lo más rápido

posible.

Llegué a casa y mi madre me

esperaba en el comedor nerviosa,

impaciente por que regresara. Nada

más cruzar la mirada con ella me

lancé a sus brazos y comencé a llorar mientras le contaba lo que acababa de descubrir. Ella me miró atónita, tampoco sabía el origen del dinero y lloró a mi lado durante horas.

—Hija llámalo, habla con él, te aseguro que a ese chico le importas y mucho.

—Ya es tarde.

Como podía aparecer y decirle que sentía lo que había dicho, que sentía lo que había sentido, y sobretodo que sentía no haber descubierto realmente lo que había hecho por mí. No era capaz de mirarlo a los ojos y decírselo, lo mejor sería que se olvidara de mí y yo de él.

**CAPÍTULO 10**

Hoy he de ir a casa de mi padre, he de cambiar mi coche, llevo tres días evitándolo. Pero mi madre ya me ha llamado preocupada, así que me enfrentaré a ellos, les explicaré lo ocurrido. Espero que puedan llegar a comprenderme y no me maten por haber vendido el terreno de mi abuelo, ellos más que nadie se sentían orgullosos por la promesa que había hecho a mi abuelo antes de morir. Le había decepcionado no había duda, pero ya no había vuelta atrás.

Me puse ropa deportiva y me monté en su coche, con calma me dirigí hasta su casa, hasta llegar y aparcar en el porche. Respiré hondo y me froté las sienes, estaba nervioso, la opinión de mis padres

para mí era la más importante de todas. Llamé al timbre y mi madre abrió la puerta mientras me observaba; por teléfono había insistido demasiado; quería saber que ocurría. Entramos y me dijo que mi padre estaba en la parte trasera así que salí al jardín y vi a mi padre sobre la mesa de trabajo cortando maderas.

—Hijo ven ayúdame, aguanta aquí —agarré el tablón de madera por dónde me había indicado, mientras él se colocaba las gafas de seguridad y de un movimiento la cortó en dos.

—¿Qué estás haciendo?

—Un sillón estantería.

—Un que...

—Tu madre ha visto por internet una especie de sillón que está recubierto de una estantería donde guardar libros.

—Mira qué bonito es —se acercó y trajo un papel que había impreso con la fotografía de este. No pude evitar reírme, era original, pero vaya lío tendría mi padre para hacerlo realidad.

—Es práctico.

—Ves, ya te lo he dicho.

—Bueno mujer lo estoy intentando, no te aseguro que salga igual, pero algo haremos.

—¿Hijo estoy haciendo un asado, comes aquí verdad?

—Sí.

—Vas a decir que ocurre, o debo de ir a por el sacacorchos. No soy tonta y algo te pasa.

—Es muy largo de explicar.

—Tenemos todo el día hijo,  
estamos jubilados.

Nos sentamos los tres en la mesa  
del jardín y tras unos segundos  
tomé el valor para comenzar a  
hablar y explicar lo ocurrido.

—Mi amiga Hanna...

—Sabía que esa muchacha y tú, es  
por ella.

—Mamá déjame explicarme. Su  
familia tuvo un problema muy  
grande, el padre tiene problemas  
con el juego y debía mucho dinero,  
tanto que estuvieron a punto de  
matarlos si y o no... hubiera vendido  
el terreno del abuelo. La iban a  
asesinar, tenía que ayudarles y fue  
la única opción que tuve —farfullé  
como pude antes de arrepentirme  
de decirlo.

—Jajajaja

—río

mi  
padre  
dejándome atónito por su reacción.

—No te rías, es el terreno del  
abuelo, no me has oído —no  
entendía nada.

—Hijo te voy a contar una historia,  
que puede que te relaje. Tu abuelo  
compró un terreno para mí, y del  
mismo  
modo  
hice  
la  
misma

promesa que tú. Pero entonces  
conocí a tu madre, aquí donde la  
ves era una loca extremista, se

pasaba la vida manifestándose  
contra todo lo que creía que era  
justo luchar. En una de sus  
reivindicaciones  
me  
pidió  
acompañarla y fui, pero la muy loca  
perdió los papeles y la detuvieron.

Yo estaba enamorado de ella y no  
lo pensé, vendí por unos dólares el  
terreno que valía mucho más, era lo  
que necesitaba para pagar su fianza  
y que la liberaran. Y miranos  
seguimos juntos, tu abuelo lo único  
que me dijo que sabía que aquél  
terreno era para que fuéramos  
felices junto a nuestra familia, y no  
importaba de qué modo se utilizara  
mientras ese fuese el fin.

—¿Joder mamá te metieron en la  
cárcel?

—Si hijo —contestó riendo y sin  
ningún tipo de vergüenza.

—Pero ella no es mi novia, ahora  
mismo no es nada.

—Como que nada... — interrumpió  
mi madre.

—Se enteró de que había pagado la  
deuda y no me quiere ni ver, llevo  
tres días sin saber nada de ella. La  
he buscado, he ido a casa de sus  
padres pero no quiere verme, la he  
ofendido, ¡pero que iba a hacer  
dejar que los mataran!

—Hijo parece mentira que con lo  
Don Juan que eres, aun no  
conozcas a las mujeres —se burló  
mi madre.

—Si es la mitad de testaruda que lo  
es tu madre, te aseguro que asumir

tu ayuda le va a costar, ella me

hizo lo mismo desapareció hasta  
que volvió arrepentida por ello.

—Ya no tengo ni ganas de buscarla  
creo que lo mejor es que me olvide  
de ella.

—¿Te arrepientes de vender el  
terreno por ella?

—No papá, como voy hacerlo.

—¿Piensas

en

ella

en

todo

momento?

—Sssii...

—Lucha por ella hijo, es ella.

—Pero si no quiere, no puedo hacer  
nada.

—Tú no sabes si ella está pensando  
lo mismo que tú.

—Seguro que le pasa lo mismo —  
coincidía mi madre con la opinión  
de mi padre.

Me quedé pensativo, mi padre  
siguió cortando las maderas y mi  
madre fue a la cocina para terminar  
la comida. Yo permanecía sentado  
en la silla mientras valoraba lo que  
ellos me habían mostrado, la  
posibilidad de que ella pensara lo  
mismo. Solo me quedaba una cosa,  
la había buscado sin éxito, la había  
llamado y nada, así que lo único  
que me quedaba era dejarlo por  
escrito era la última oportunidad  
que me daba a mí mismo de  
arrastrarme, si no funcionaba me  
olvidaría de ella como fuera.

Cogí el teléfono y abrí un mensaje

de texto nuevo.

“Llevo días intentando verte, hablar contigo, esperando que entiendas porque lo hice. Pero no me das opción, así que espero que leas este mensaje. Para mí no ha sido darte limosna ni mucho menos, sino ayudar a una amiga, a una persona especial por la que siento algo que me está volviendo loco, jamás imaginé decir estas palabras pero desde que te conozco mi forma de querer ha cambiado, no hay día, minuto y segundo que no piense en ti. Si no me contestas entenderé que no sientes lo mismo que yo y no volveré a buscarte, siento que hayamos terminado así”

Pulsé enviar y dejé el móvil sobre la mesa, y me levanté para ayudar a mi madre a preparar lo que faltaba.

El día transcurrió tranquilo, charlamos y estuve con mi familia muy a gusto. No volvieron a insistir en el tema, y pude relajarme hasta que vi que eran las siete de la tarde. Era sábado pero lo único que me apetecía era ir a casa y tumbarme en el sofá con una cerveza en la mano. Miré el teléfono con la esperanza de tener un mensaje pero no, estaba claro que ella ya había decidido que no quería estar conmigo.

Me despedí de mis padres y cogí mi coche. Cerré la capota y me dirigí hacia mi casa, mi mente estaba

ausente, vacía ni tan siquiera

estaba atento a la carretera.

Solamente movía las manos al

ritmo de la música que sonaba a

través de la radio cuando paré el

coche y vi dónde estaba, era la

casa de sus padres, mi mirada se

clavó en la puerta con la esperanza

de verla, pero no había nadie, y no

tenía intención de llamar a la

puerta,

ya

había

insistido

demasiado. Pero mi subconsciente

me había traicionado, había ido en

la dirección contraria y paró justo

en aquella puerta.

—Maldita sea —grité mientras di un

golpe al volante

Volví a encauzar la marcha hacia

mi casa, necesitaba llegar lo antes

posible, y así hice, aceleré y en

poco más de diez minutos estaba

aparcando y caminando hacia la

puerta. Pero algo me hizo alzar la

cabeza, una presencia me llamó la

atención y cuando fijé la mirada la

vi, estaba sentada en el escalón de

mi puerta, miraba al suelo y tenía

las manos tapando su rostro,

apoyadas sobre sus rodillas. Me

paré en seco y ella también me

miró, tenía los ojos cubiertos en

lágrimas, me miraba sorprendida

como si llevara mucho tiempo

esperando, le ofrecí la mano y se

puso de pie.

—Lo siento... yo...

—No digas nada, estás aquí, es lo

único que me importa —asintió

mientras yo abría la puerta y

entramos en casa.

Los dos estábamos en silencio, pero

no pude obviar las ojeras que

teñían su mirada, estaba exhausta

pero era preciosa, estaba más

guapa que nunca. Hasta ese

momento no la había visto tan

frágil.

—Jason tengo que darte las gracias

por lo que has hecho por mi familia,

cómo pueda te devolveremos todo,

hasta el último dólar.

—Hanna el dinero es el menor de

mis problemas, yo lo único que

quiero es que estés a salvo, solo

pensar que te podían hacer algo...

no quiero ni recordarlo.

—Si no hubiera sido por ti...

—No puedo verte llorar, por favor

mírame—con mi mano en su

barbilla le obligué a alzar el rostro y

le besé la nariz —Hanna estos días

que no has estado a mi lado no he

vivido, nunca me había enamorado,

y no sé si esto es amor pero te

quiero y no quiero pasar un día sin

ti.

—He tenido que desaparecer tres

días para darme cuenta de que lo

que realmente quiero, y es estar a

tu lado, te quiero Jason.

Sus labios sopesaron los míos de

forma temblorosa, pero la recibí

seguro y la abracé consiguiendo

que la Hanna frágil desapareciera y

tuviera frente a mí a la mujer que

me demostraba día a día que tenía

todo bajo control. Sus labios esta

vez me devoraron y no paramos de  
besarnos durante un buen rato. Se  
sentó encima de mi mientras mis  
manos acariciaban su cabello,  
bajaban por su cuello y sopesaban  
sus pechos, mis dedos bajaron  
hasta la costura de la camiseta,  
fueron recogiendo la tela hasta que  
ella alzó los brazos y lancé la  
camiseta lejos de nosotros. Delante  
de  
mí  
tenía  
a  
una  
mujer  
espectacular, sus pechos eran  
perfectos y deseaba saborearlos, el  
olor que emanaba su cuerpo era  
aquél que tanto me gustaba, una  
mezcla de coco y sexo que era mi  
elixir. Besé sus pechos mientras  
desabrochaba el sujetador y la  
desnudaba ante mí, ella me empujó  
hacia atrás y subió mi camiseta  
hasta deshacerse de ella, pero hoy  
iba a ser diferente, a partir de hoy  
algo iba a cambiar. Me levanté con  
ella en volandas y caminé hasta mi  
habitación, la dejé caer sobre mi  
cama y me deshice de sus  
pantalones. Me quité los míos y me  
subí a la cama mientras abría sus  
muslos, tenía su sexo frente a mí,  
húmedo, ardiente, y tenía todo la  
noche  
para  
saborearlo.  
Soplé  
suavemente sobre él mientras mis

dedos abrían sus labios a la vez que acariciaban su clítoris, un gemido salió desde su interior, sus manos se agarraban a la almohada intentando no moverse, pero le era casi imposible, mi lengua se introdujo en su sexo, un sinfín de besos, de caricias y mordiscos le estaban regalando el placer que necesitaba, que le encantaba y solo yo se lo estaba ofreciendo.

Poco a poco crecía el placer, sentía como su orgasmo se asomaba, como su cuerpo se tensionaba y pequeños movimientos se iban convirtiendo en espasmos que culminarían con el clímax. Esa era mi intención que llegara a este para poder continuar. Los movimientos los aceleré sintiendo que estaba a punto, poco a poco los jadeos eran más desgarradores, intentaba moverse, pero no se lo permitía, quería que disfrutara y me regalara el fruto de su deseo.

—Jason...

—Me encanta que digas mi nombre.

—Penétrame por favor.

Una embestida llegó a su interior mientras el orgasmo llegaba, notaba su sexo más sensible, mis movimientos conseguían que el placer fuese mayor, y no paré de moverme a un ritmo lento pero intenso, alargándole el orgasmo

todo lo que pude. Su respiración era

pausada

pero

no

dejaba

de

contonear las caderas para que yo

me endureciera, comenzara a

disfrutar. Me obligó a tumbarme y

se colocó a horcajadas, con sus

manos

masturbó

mi

pene

y

consiguió que se endureciera hasta

un nivel máximo. Pero no contenta

con ello, lo lamió, succionó, estaba

nervioso, me gustaba tanto que no

podía estar quieto, llevé las manos

a su cabeza y le ayudé a moverse,

a profundizar en su garganta.

—Aaah no puedo, no puedo

aguantar más.

—Regálame tu deseo mi amor.

Aquellas palabras me deshicieron,

hicieron añicos mi cuerpo por

completo, nadie me había hablado

así en ningún momento y exploté.

Mi deseo fue directo a su garganta

mientras continuaba lamiendo y

tragando como si fuera el manjar

más delicioso del mundo.

Pero no tenía intención de parar me

puse de pie y la guíe hasta el baño

para continuar con lo que habíamos

comenzado aquella noche.

Me desperté y vi que estaba a mi

lado, su rostro había cambiado

había pasado de estar cansado y

ojeroso a tener una combinación entre tez clara y rosada, la más bella que jamás había visto nunca, tenía la piel suave. Con una sola de sus caricias me excitaba, me volvía loco, pero no más que su olor, sin duda era solo suyo, me embriagaba aunque estuviera a kilómetros de distancia. Desde que la conocí olía a coco por todos los rincones en los que estuviera.

Me moví lentamente para no despertarla y salí hacia la cocina, estaba sediento necesitaba un vaso de agua, cerré la puerta y cogí de la nevera una jarra y llené uno de los vasos y lo bebí de un solo trago. Escuché que sonaba el teléfono y fui corriendo hasta el sillón donde se encontraba para que no la despertara, aún era muy pronto, y estaría exhausta. Miré la pantalla y descolgué sonriendo mientras comprobaba que seguía durmiendo.

—Jason... ¿me oyes?

—Sí espera un momento.

Abrí la puerta de la terraza y me senté en una de las sillas para hablar con ella tranquilamente.

—Qué te pasa, porque hablas tan bajo.

—Esta Hanna durmiendo.

—¿De verdad?

—Sí

—Por fin, cuanto me alegro. Mike me ha dicho que te vinieras pero creo que tu plan es mucho mejor que el nuestro.

—Creo que sí, al menos hoy.

—El lunes tienes un desayuno reservado, queremos todos los detalles.

—Prometido.

—Así me gusta, tiburón.

—Joder, Abi.

—Un poco de humor, hombre. Ahora de verdad, aprovecha y soluciona todo, aquí estamos para lo que necesites.

—Gracias a los dos por todo, nos vemos el lunes, Un beso.

Me quedé en la terraza unos minutos hasta que sentí que el frío era demasiado para estar desnudo sentado como si nada, así que entré y abrí la nevera en busca de un buen desayuno, debía comenzar con buen pie.

Saqué un bol de fruta y la trocéé mientras vertía un yogurt en un pequeño bol de vidrio y colocaba la fruta encima acompañada de unas cucharadas de azúcar, sin duda un desayuno delicioso para ella.

Entré en la habitación y aún seguía dormida, dejé la bandeja sobre la cómoda y me tumbé a su lado, abrió los ojos y me miró sonriente.

—Buenos días, dormilona.

—Hola, ¿hace mucho que estás despierto?

—No, unos minutos.

—Tengo sueño... parece que no haya dormido en días.

—¿Quieres dormir más?

—No, quiero que me beses.

—Si eso es lo que quieres...

La abracé y le di un suave y tierno

beso en los labios, pero no pude resistirme necesitaba más, mi lengua se coló y la besé, jugué con su lengua, aprisioné sus labios, los chupé, mordí, y me sentí el tío más afortunado del mundo por poder despertarme a su lado.

—¿Tienes hambre? —le pregunté mientras le daba un toque en la punta de la nariz.

—Sí, mucha ayer no comí.

—Tengo algo que sé que te va a gustar —Me levanté y cogí el bol y la cuchara, llené una cucharada de kiwi y fresas bañadas en yogur y le ofrecí. Abrió la boca y sus ojos se abrieron de par en par.

—Que sabor tiene... está delicioso.

—Te encanta el dulce, era una receta infalible —le ofrecí otra cucharada.

Se acercó y me susurró que lo probara y no lo dudé nuestras

bocas

se

fundieron

en

una

consiguiendo

que

los

dos

degustáramos

el

sabor

tan

exquisito que estábamos comiendo.

—Te quiero, y quiero que esto sea todos los días.

—Me encantaría despertar todas las

mañanas así. Pero teníamos unas normas.

—Tendremos que replantearlas, no creo que sea tan difícil.

—Por supuesto que no. Pero antes...

—dejó caer una cucharada sobre sus pechos y los miró esperándome, me había provocado y no iba a desaprovechar

aquél

dulce

y

exquisito manjar.

14 meses más tarde...

Me miro al espejo y me abrocho la corbata negra, estoy muy nervioso, no pensé verme nunca en esta situación, vuelvo a mirarme y una gota de sudor recorre la frente pero logro atraparla antes de que llegue a la mejilla.

Joder que calor hace en esta habitación, camino hasta la ventana y la abro. Escucho muchas voces, el jardín está lleno de personas, y los nervios se duplican, siento que se abre la puerta y aparecen Mike y Abi. Si no fuera por ellos hoy no estaría aquí, en su día nos ayudaron a ver la realidad y que dejáramos la cabezonería a un lado y nos sinceráramos el uno al otro. Llevamos más de un año juntos, desde el momento que decidimos comenzar de cero.

El año vivido ha sido uno de los mejores, se mudó a mi casa, y nuestra relación

se

afianzó,

confiamos el uno en el otro, y no nos separamos nunca por ello decidimos dar el paso y formalizar nuestro amor.

—Colega verte así me emociona hasta mí.

—¿Estoy bien?

—Estás para comerte, dame un abrazo —Abí se lanzó sobre mi esmoquin y le abracé con todas mis fuerzas. Noté un sollozo y le alcé la mejilla con mis dedos mientras chasqueaba y le negaba con la cabeza.

—Estás demasiado guapa como para estropear el maquillaje.

—Cuando

la

veas...

está

impresionante.

—No me pongas más nervioso.

—Sé cómo te sientes y no hay consejo válido, solo uno, disfruta cada minuto porque no se van a repetir más.

—Lo haré.

La puerta se abrió y entraron mis padres, mi madre se llevó la mano a la boca al verme y a mi padre se le infló el pecho sintiéndose orgulloso, su sonrisa lo demostraba. Mi madre me besó y me acercó un vaso de agua, me conocía muy bien y sabía que aunque no lo pareciera estaba muy nervioso.

—¿La has visto Abi?— escuché como le susurraba mi madre.

—Queréis iros fuera y cuchichear

donde no os pueda oír.

Mi padre y Mike se rieron a carcajadas estaban disfrutando a mi costa, pero hoy no se lo iba a impedir. Todos estábamos felices era un día muy importante para todos en general. Volvieron a llamar a la puerta y apareció mi suegro, el padre de Hanna lleva un año sin jugar y seguía asistiendo a las reuniones mensualmente, sin duda había superado su adicción y ahora eran felices.

—¿Me permitís hablar un minuto con él? —preguntó a todos y estos asintieron, mientras comenzaban a salir.

—Jason si quiere amenazarte y necesitas ayuda grita.

—Gracias colega pero dudo que os necesite.

Nos quedamos a solas, y lo observé; el esmoquin le quedaba a medida, el brillo de sus ojos denotaban felicidad.

Esperaba ansioso saber lo que quería decirme, manteníamos una relación muy estrecha, cuando él me necesitaba podía contar conmigo, igual que en caso contrario

—No me voy andar con rodeos, esto es para ti —me entregó un sobre y lo miré extrañado, me dijo que lo abriera. Se metió las manos en los bolsillos, mientras yo lo abría, pero me quedé atónito al ver que eran las escrituras del terreno de mi abuelo, estaban a mi nombre, no

podía creerlo volvían a ser mías.

—¿Pero cómo lo has pagado?

—Jugando no, te lo prometo. Los tres hemos ahorrado y hemos vendido algunas cosas inútiles que sorprendentemente nos ha dado más dinero del que pensábamos.

Ahora si me siento en paz contigo hijo.

—No teníais que hacerlo, no me debíais nada.

—Para ti no, pero para mi familia es muy importante sentir que no te debemos nada.

—Gracias —nos fundimos en un abrazo y ninguno de los dos pudo evitar las lágrimas.

—¡Quieres darte prisa, y a va a salir la novia! —nos dijo mi madre tras la puerta. Nos retiramos las lágrimas y tras colocarme la chaqueta del esmoquin correctamente, le pregunté si estaba listo.

—Por supuesto, sé que mi hija está en muy buenas manos.

Estaba de pie frente al altar del jardín del lago esperando que apareciera, no podía estar relajado, había oído a tantas personas decir lo guapa que estaba que deseaba con todas mis fuerzas verla ya. La música comenzó a sonar y miré al fondo, y la vi. Vaya si la vi, era la mujer más hermosa que existía en

la faz de la tierra, y estaba a mi lado. No iba a dejar que se separara de mí por nada del mundo. Caminaba lentamente agarrada del brazo de su padre con un vestido blanco muy sexi y seductor, como era ella, las curvas de su cuerpo se contoneaban a cada paso que daba, y sus protuberantes pechos se alzaban peligrosamente. No podía retirar la mirada de ella, esta mujer me volvía loco.

Su padre me entregó su mano y la agarré con fuerza sin poder retener una lágrima, tenía los ojos enrojecidos y ella miraba hacia arriba para obligarse a no llorar. Se acercó el que oficiaba la boda civil y tras decir las palabras justas y necesarias, cada uno nombró sus botos y nos pusimos los anillos, nos besamos y sellamos nuestro amor. Ya éramos marido y mujer.

Mientras los invitados se levantaban y caminaban hasta el final para recibirnos, Mike se acercó y me entregó unos papeles.

—Cariño nuestro matrimonio ya es efectivo, pero llevamos un año siguiendo unas normas que siempre

has querido tenerlas firmadas, y  
que mejor momento que hoy para  
formalizarlas  
junto  
a  
nuestro  
matrimonio —le di el bolígrafo y  
ésta comenzó a reírse, leyó el papel  
que había relatado la noche  
anterior  
y  
lo  
rompió  
añicos  
dejándonos a Mike y a mi  
paralizados.

—Se acabaron las condiciones, tú y  
yo a partir de ahora haremos lo que  
ambos acordemos conjuntamente,  
nada de papeles, ni normas.

—Te quiero

—Y yo.

Comenzaron a gritar y aplaudir  
esperando que encauzáramos la  
marcha hacia donde ellos estaban,  
le agarré la mano y caminamos  
sonriendo, dando las gracias a  
todos los que habían venido.

Abi agarró el micrófono, y comenzó  
a hablar, no sé si es que la cena le  
había sentado mal, o había bebido  
demasiado, pero no pude parar de  
reír durante unos segundos.

—Cariño necesito tu ayuda.

—¿Ahora?

—Sí, corre —me agarró de la mano  
y me llevó hacia el interior de la  
casa.

La seguí sin preguntar, ella corría  
por el pasillo mientras reía, abrió la

puerta de uno de los salones

contiguos y cerró la puerta con

llave.

—Cariño nos esperan fuera.

—Tengo veintidós minutos antes de

que Abi termine su número de

despiste, no puedo esperar más mi

amor, arráncame el vestido.

—¿Perdona? —señaló hacia el fondo

de la pared y vi que había colgado

otro más cómodo, ahora entendí lo

que necesitaba. Era la excusa

perfecta para hacer el amor y

regresar como si nada.

Mi mente ya se había imaginado

cien imágenes de lo que podíamos

hacer en aquella habitación, pero

los segundos pasaban, y no iba a

desaprovecharlos. Puse mis manos

en sus caderas y la hice girarse

para bajar la cremallera del vestido,

mis yemas acariciaban su espalda

desnuda mientras llegaba hasta el

final de su espalda. El vestido cayó

a sus pies y la cogí por la cintura, la

senté sobre una mesa, abrí sus

muslos y tras observarla, acariciarle

y lamerle el sexo, de una estocada

la embestí, estaba más que

preparada,

estaba

excitada

deseando sentirme dentro y no iba

a negarle un capricho a mi mujer. El

movimiento

de

mis

caderas

arrancaban un sinfín de gemidos,

que callé posándole una mano

sobre su boca, pero ella decidió

morderla y poder gemir.

—Shhhh nos van a oír.

—Es algo malo mantener relaciones

con mi estrenado marido.

—Se morirán de envidia.

—Ellos mismos.

Le

embestí

con

más

fuerza

buscando el placer que me hacía

perder el norte y así fue, nuestros

movimientos rápidos y certeros

buscaban un fin, y no tardó en

llegar,

ambos

terminamos

tumbados sobre la mesa, entre

jadeos e intentando recobrar el

aliento para poder regresar con los

invitados una vez más.

Aparecimos en la sala, Hanna con

un vestido de fiesta. Estaba igual

de radiante que con el anterior y

bailamos el primer baile de la

noche como marido y mujer.

La

boda

fue

sensacional

terminamos

a

unas

hora

intempestivas, pero todo el mundo

se despidió diciendo que había sido

fantástica. Durante los meses

posteriores cumplí la promesa que

le había hecho a mi abuelo, la  
empresa de Mike construyó la casa  
con la que siempre había soñado,  
en la que nuestros hijos disfrutarían  
en familia, de momento solo venía  
uno  
en  
camino  
pero  
ambos  
teníamos claro que no queríamos  
solamente uno.

Nuestra  
vida  
familiar  
la  
combinábamos a la perfección con  
nuestra manera de creer en el sexo,  
continuábamos acudiendo al local  
de  
intercambio.

Sin  
normas  
simplemente  
decidíamos  
que  
queríamos hacer en el instante.

—Cariño sabes que te quiero —le  
dije cuando terminamos uno de los  
intercambios

y  
ambos  
permanecimos en la cama redonda  
del reservado.

—A mi manera mi amor, ahora me  
toca elegir a mí— sonrei y afirmé  
entregado a la petición de mi amor.

## **EPÍLOGO**

Sonrió al inclinar la hoja del plano.  
Es lo que quería, es perfecta para

Oli. Cuando la vea va a dar los saltitos que siempre da al ponerse nervioso. Es igual que su madre, no hay duda que es su hijo.

—Aún no has terminado, me lo prometiste.

—Ya está mira que bien va a quedar. —enciendo la luz de la mesa y me pongo de pie para explicarle en que consiste.

La sonrisa y el brillo de sus ojos me dicen que le encanta, es sin duda la mejor cabaña del árbol que he visto nunca, tiene todo lo que cualquier niño podría soñar.

—Papá, mamá quiero irme ya con el abuelo, se va a hacer de noche— una carcajada retumba entre las cuatro paredes de mi estudio. Lo cojo en brazos y se queda mirando el papel que su madre está mirando. No sabe que es, pero ya lo descubrirá en unos meses, va a ser su lugar preferido de la casa.

—¿Campeón tienes todo preparado?

—asiente con su característica sonrisa en los labios —.Pijama, cepillo de dientes, osito... me olvido de algo y no sé qué es...

—Gorra papá, la gorra es lo que necesito para que no me queme la nariz.

—Pero cuántos años

tienes

pequeñajo...

—Cinco papá

—No me mientas, ¿Mamá ya ha cumplido cinco? —Hanna asiente

divertida —.Pues no se hable más,  
ponte las deportivas y al coche.  
Lo dejo en el suelo y Hanna me  
besa los labios mientras recojo la  
mesa de mi estudio y salgo a  
nuestra habitación para coger mi  
americana.

Le pregunto si vamos a regresar  
para  
coger  
algo  
o  
iremos  
directamente,  
ella  
me  
mira  
sonriente y niega, sé que nos  
vamos directos mi mujer desea  
llegar al local. Hace unas semanas  
que no podemos ir por el trabajo.  
Cojo las llaves del coche y tras subir  
a mis hombros a Oli lo monto en su  
silla, le abrocho cerciorándome que  
está perfectamente sujeto y me  
siento al volante esperando que  
ella se monte.

Cuando abre la puerta, deja una  
pequeña maleta en el maletero y  
no puedo evitar mirarla por el  
retrovisor. Lleva un vestido rojo que  
sirve para parar la circulación, vaya  
si la pararía, está increíble.

—¿Vamos a casa del abuelo? —  
gritan los dos un sí alegre.

Arranco el coche y conduzco hasta  
llegar a casa de mis padres, dónde  
va a pasar el fin de semana en el  
lago pescando con mi padre. Al  
pequeñajo le encanta pescar, más

bien descubrir los peces que van saliendo del agua, una afición que mi padre ha comenzado a practicar una vez jubilado.

Pocos minutos después llegamos a la cabaña de mis padres. Salí rápidamente y lo bajé del coche para que pudiera salir corriendo hacia la puerta. Me quedé unos instantes parado apoyado en el coche mirándole, me sentía feliz de la familia que había creado, jamás pensé que sería compatible con mi forma de amar, pero he aprendido que el sexo es sexo y es independiente del amor. Este puede existir si las dos personas amamos de la misma forma.

—Quieres caminar.

—¿Estás deseando llegar?

—Estoy deseando que arranques el coche para comenzar.

—¿Comenzar a qué?

—Quieres darte prisa.

Niego con la cabeza sin saber qué es lo que trama, pero algo bueno, seguro que demasiado bueno.

Camino hasta la puerta donde Oli está dando saltitos para alcanzar el timbre de la puerta y llamar sin éxito.

Pulso, bajo su atenta mirada y sus saltitos de alegría, y salen mis padres. Nos saludamos pero mi madre nos obliga a marchar muy sonriente, se miran entre ellas, y mi padre encoje los hombros

resignado. No cabe duda que se han puesto de acuerdo para que este fin de semana lo pasáramos solos, así que sin más preámbulos nos metimos en el coche y continué la marcha para regresar.

—Eres libre de usarlo como quieras.

—la miro y cojo un mando que mantiene en su mano, y no puedo evitar reírme a carcajadas. A mi mujer le encanta jugar y no sabéis cómo.

Pulso el botón y un pequeño zumbido llega a mis oídos, pero no es otra cosa que su cara, como se muerde el labio inferior y cierra las piernas para sentirlo más. Joder como me está poniendo, no sé si voy aguantar hasta volver a la ciudad. Subo un nivel la intensidad del aparato que está en su sexo vibrando, y un gemido tras un resoplido se escapa entre sus dientes.

Su mano se dirige a mi muslo y lo aprieta con fuerza, acaricia mi erección mientras yo intento

mantener la mirada a la carretera, he de conducir y no distraerme pero me lo está poniendo muy difícil.

Cambio el nivel y esta vez no puede estar quieta en el asiento, me encanta sentir que se excita y no sabe lo que está haciendo, acelero, necesito llegar cuanto antes.

Entramos en el local y mi mujer está más bella que nunca, su

cuerpo pide a gritos placer y ahí  
estoy yo para dárselo no pienso  
esperar más. Pido una copa  
mientras observo al resto de  
parejas, no sé cuál será la  
adecuada para esta noche. Hoy es  
diferente mi mujer necesita un nivel  
de  
placer  
superior,  
uno  
que  
cualquiera no puede ofrecerle.

—Quiero el último reservado —la  
miro atónito eso sí que es una  
sorpresa, pocas veces utilizamos  
ese; es uno muy especial, es una  
cama redonda enorme en la que  
deriva a siete privados, los cuales  
te pueden ver en todo momento y  
si lo decides pueden participar.

—Te he dicho que casarme contigo  
es lo mejor que podría haber hecho  
jamás.

—No lo sabes bien... vamos tengo  
más sorpresas hoy.

Entramos en la sala y una luz tenue  
junto a una música de fondo nos  
invita a comenzar. Mi querida mujer  
se para en medio de la sala y ante  
todas las personas que están en los  
reservados comienza a bajarse la  
cremallera y me pide ayuda.  
Es consciente de lo que está  
excitando a todos los presentes y  
yo no me puedo sentir más  
orgulloso de mi mujer. El vestido  
cae sobre sus zapatos de tacón y le  
ayudo para que con una patada lo  
aparte de nosotros y no nos

moleste.

Pero mis ojos se quedan fijos en su

ropa

interior,

un

pequeño

y

diminuto

tanga

me

deja

boquiabierto, es diferente, no lo

había visto hasta ahora.

Unas bolas se mueven contra su

sexo, sonrió lascivamente sé que es

y lo bien que lo voy a pasar con el

puesto.

Se deja caer sobre la cama y abre

sus muslos para comenzar nuestro

juego, el que todos esperan ver y

ser los afortunados de participar.

—No me siento el cuerpo, estoy

agotada.

—Apenas has dormido y ayer lo

pasamos increíble.

Está apoyada bajo mi brazo y no

puedo más que apretarla contra mi

cuerpo, necesito tenerla bien cerca

de mí y saber que nunca se

separará de mi lado.

—Mi amor

—Dime

—Si te dijera que has diseñado la

casita de Oli para un niño y

deberías haber pensado en dos...

—Me estás diciendo que...

—Aja

No podía creerlo, vamos a ser

padres de nuevo y me siento

pletórico no le puedo pedir más a la

vida; que continúe siendo igual que

hasta ahora.

## **AGRADECIMIENTOS**

No quiero enrollarme más de lo necesario, pero obviamente no puedo terminar este libro sin darle las gracias a todas las personas que lo han hecho posible.

Marta de Diego, gracias por contar conmigo, por pedirme un día que escribiera esta historia, porque las dos sabíamos que tenía muchas ganas de hacerlo.

A cada uno de los lectores de Acepté por ti, a los que me escribieron pidiendo que escribiera la historia de Jason.

A mi familia, la que sigue a mi lado apoyándome, aunque en algún momento me tengan que pedir que pare y descanse un poco. Y sé que lo hacen por mi bien.

A mis lectoras cero, Marta de Diego, Yasnaia, Maria, Esther, sin vosotras las historias no serían lo mismo. Porque sois las que realmente me avisáis de los errores, de lo que esperabais y sobretodo me animáis a continuar día a día.

Ramón, Françs gracias por ser un equipo fantástico, no cambiéis nunca.

Gracias a ti, sí a ti mismo, que estás leyendo estas últimas páginas. Si no lo estuvieras haciendo mi trabajo y el esfuerzo

empleado

no

tendría

su

recompensa. Y tú eres el que has conseguido que ahora mismo me sienta la más feliz del mundo.

# Document Outline

- [IRIS PORTADETA 00](#)
- [IRIS CREDITOS 001](#)
- [IRIS DEDICATORIA 002](#)
- [IRIS PROLEG 003](#)
- [IRIS CAP 1](#)
- [IRIS CAP 2](#)
- [IRIS CAP 3](#)
- [IRIS CAP 4](#)
- [IRIS CAP 5](#)
- [IRIS CAP 6](#)
- [IRIS CAP 7](#)
- [IRIS CAP 8](#)
- [IRIS CAP 9](#)
- [IRIS CAP 10](#)
- [IRIS EPILOGO 11](#)
- [IRIS AGRADECIMIENTOS 12](#)